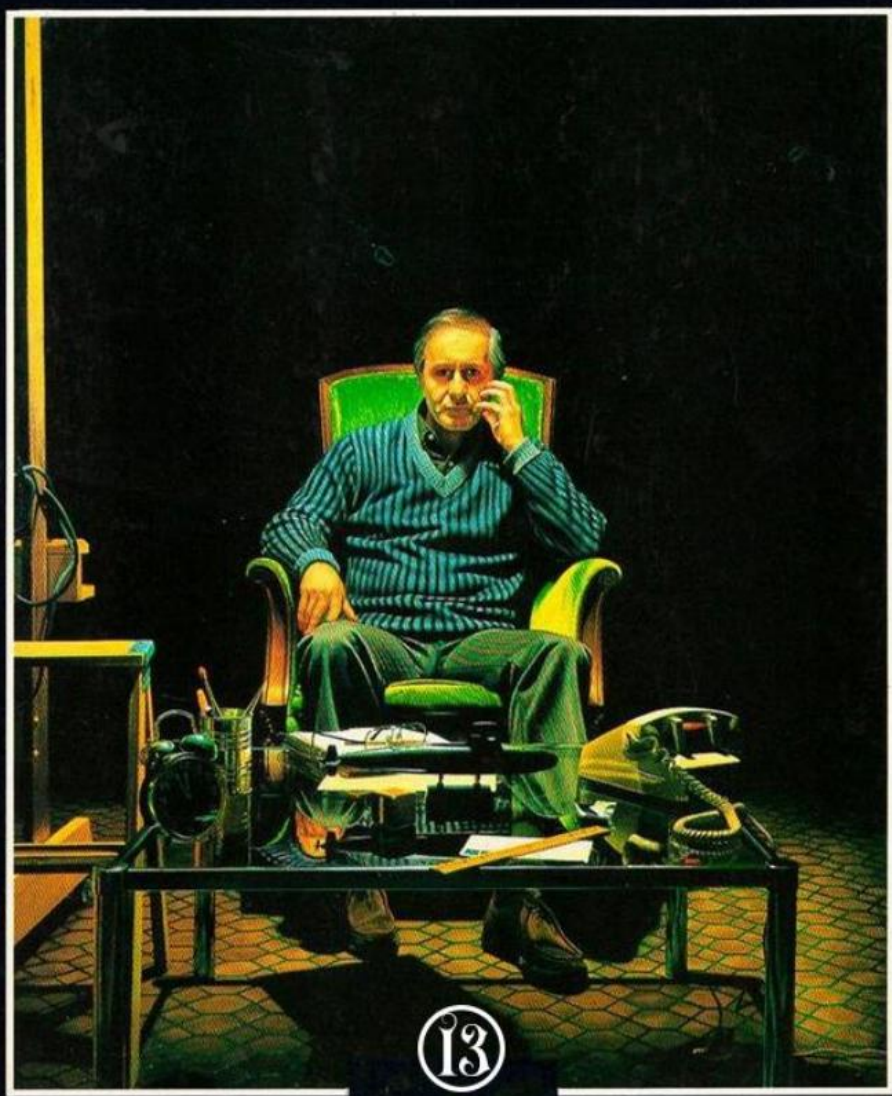
Françoise Sagan

UN DISGUSTO PASAJERO



Françoise Sagan sitúa ante la muerte a un hombre de unos cuarenta años, Matthieu Cazavel, sin más señas destacables que las de estar casado con una mujer que le aburre, tener una amante por quien siente un afecto que la distingue de las demás y llevar una vida más bien fácil y superficial, o sea, un hombre cualquiera. Su medico acaba de comunicarle que tiene un cáncer de pulmón y que le quedan pocos meses de vida. El desconcierto, la indignación, los recuerdos vanos, las inquietudes abandonadas, los amores olvidados, esa existencia sin relieve, empiezan a apoderarse en tropel de los pensamientos y los actos de este arquitecto aún joven, pero ya sentenciado a muerte, dividido entre la frágil voluntad de enfrentarse a ella con dignidad y la tentación de dejarse mimar como un niño desvalido. Sagan sondea en el alma anodina de este ser anónimo, que sólo puede vivir su muerte de la misma manera que ha vivido su vida: con entrañable y patética torpeza, como lo haría cualquiera.

Françoise Sagan

Un disgusto pasajero

Título original: *Un chagrin de passage*
Françoise Sagan, 1994
Traducción: Julia Escobar, 1995

-

Revisión: 1.0
07.02.2024

A Félix e Ingrid Mechoulam

Capítulo primero

—¿Y fumaba usted desde hace mucho?

—*Fumo* desde siempre —corrigió Matthieu, negándose a desmentir con un penoso cambio de tiempo una costumbre tan permanente y deliciosa para él como la del tabaco, aunque le resultara fatal. Que ese medicucho antipático le anunciara que iba a morir dentro de poco ya era bastante desagradable como para que encima le hablara en pretérito imperfecto.

Además de su turbación, Matthieu tuvo que controlar primero su irritación, la que experimentaba ante los portadores de malas noticias. Pero, poco a poco, la proximidad de su muerte iba pareciéndole plausible… Algo en la atonía de la atmósfera y en el anonimato de ese gabinete médico, así como en el ruido amortiguado de la calle, algo en la continuidad y la trivialidad de esa escena presagiaba posiblemente más la catástrofe que aquella palabra, cáncer, recién pronunciada.

—Por supuesto, tendrá usted que contrastarlo con especialistas —dijo el medicucho que era a la vez el sustituto de su estimado doctor Jouffroy y, lo que en otra ocasión le habría resultado regocijante, el doble de un hámster; ese medicucho a quien había tenido la imprudencia de confiar su chequeo anual.

—Por supuesto —prosiguió—, es el tipo de noticia que exige una confirmación. Aunque, desgraciadamente, en su caso…

El médico esgrimía, sopesaba las radiografías de los pulmones de Matthieu —esas fotos misiles, esos tarots de muerte— con una especie de consideración, incluso de estima, por el vigor, la eficacia, la evidencia de *nuestro* carcinoma, como decía. No…, francamente: su sombría admiración no era compartida por su paciente, ¡tendría que haberlo comprendido! ¿Por qué habría ido a parar Matthieu a un degenerado como éste para que le diera la noticia más importante de su existencia? «¡Porque voy a morir! Dentro de seis

meses estaré muerto, ya no estaré aquí», repetía insistentemente. Se asombraba de no sentir nada y repetía esa frase en su cabeza con una mezcla de incredulidad y de miedo, como quien se palpa el entorno indoloro de una herida abierta. «¡Dentro de seis meses, nada! ¡Ya no sentiré nada! ¡Ya no estaré aquí, yo, Matthieu!…»

Y de pronto, la realidad de su muerte le golpeó como un impacto y le dobló en dos sobre su silla, con la fuerza de un recuerdo muy preciso. Tenía dos o tres años, era por la tarde, estaba en el pesaje, en Evry, y tan absorto en su programa que los caballos pasaban delante de él sin que los mirara, cuando algo aterrador le reventó el programa, le rozó la frente y le obligó a echar la cabeza hacia atrás. Fue la coz de un caballo que le pasó a pocos milímetros. Matthieu vio aquel objeto mortífero, hecho de hierro, queratina y pelos, saltar a la altura de sus ojos y caer nuevamente al suelo. Matthieu, para su vergüenza, tardó un minuto largo en recuperarse, en dejar de temblar. Y *eso* era precisamente lo que suscitaba en él la comprensión del diagnóstico: retrocedió, echó la cabeza hacia atrás en su asiento, como para evitar una vez más la mortal embestida. Pero esta vez no lo consiguió. No lo conseguiría.

Matthieu debió de palidecer porque el hámster —decididamente era a un hámster a lo que se parecía—, el hámster se inclinó hacia él con una especie de satisfacción sádica en la mirada. El corazón de Matthieu volvió a latir, pudo respirar de nuevo. El horror del segundo que acababa de pasar disminuía, pero había rozado muy de cerca lo espantoso del asunto, lo insoportable de la idea.

Y estaba anonadado. Ahora comprendía aquellas mentiras, aquellos rechazos de la verdad que había podido observar a su alrededor. Esos moribundos confiados. Esos condenados llenos de proyectos… La idea le resultaba insoportable, eso es todo.

Y mañana, sin duda, pasado mañana, muy pronto, Matthieu lo sabía, encontraría un medio de eludir, de negar la evidencia de su muerte, tal como acababa de experimentarla.

—¿No se encuentra usted bien? ¿O piensa quizá que soy brusco? Pero es que formo parte de la escuela que dice la verdad a sus pacientes…, bueno, a los adultos.

¡Porque encima este médico le consideraba un adulto! Le tomaba por un adulto, a él, a Matthieu, cuyo único deseo hubiera sido tener once años, precipitarse a la casa de sus padres, muertos

desgraciadamente hacía tiempo, y pedirles ayuda. Ellos, sólo ellos, habrían podido reír con él, demostrarle la tontería, la locura de aquel veredicto, calmarlo. Sólo ellos habrían podido devolverle la confianza y enviarlo a dormir, tranquilo, a su habitación de adolescente inmortal. Más tarde, Matthieu se arrepentiría de haber pensado antes en sus padres desaparecidos que en sus mujeres todavía presentes. Aunque sin asombrarse demasiado. Siempre había reconocido la fuerza de los vínculos de su infancia, que no podían compararse con los del hombre en el que, al parecer, se había convertido.

Y una vez más había tenido la prueba: sólo sus padres habrían encontrado escandaloso que su hijo muriera a los cuarenta años de un cáncer. El mundo entero lo encontraría normal, o casi normal. Sus conocidos, o sus amigos, iban a encontrarlo triste, incluso muy triste, penoso, lamentable o estúpido. Pero nadie encontraría su muerte como lo haría él mismo o sus padres: impensable.

—Mis colegas discreparán sobre las fechas. Le he dicho seis meses, hubiera podido decir tres, o uno, o nueve, o doce…

—No tiene excesiva importancia —dijo automáticamente Matthieu.

Fue interrumpido por su interlocutor:

—¡No diga usted eso! Hoy esto no le parece importante, no es para mañana mismo, pero, créame, justo dentro de seis meses me considerará responsable de cada día que pase. ¡Cómo me odiará si le falta algún día en esos seis meses! Ya verá, ya verá…

Y, efectivamente, Matthieu vio una fila de buenas personas intentando hacerse las valientes delante de ese imbécil y que, seis meses después, suplicaban al cielo que se les concedieran tres días más, tres días de tortura, sin duda, tal como les habían prometido. Cierto tono de triunfo, de desprecio, en las palabras del médico le hizo saltar de la silla: le horrorizaba ese tipo. Pero volvió a sentarse: aquel hombre era el único que sabía la verdad, el único que no se había convertido súbitamente en un extraño, el único hombre que conocía a Matthieu tal como era en aquel momento: un superviviente, un hombre con la sentencia aplazada. Otro hombre, diría Matthieu algo más tarde. ¿A quién decirle la verdad? ¿A quién ocultársela? Él no lo sabía. Sólo sabía que era importante mostrarse frío, pudoroso, ante ese tipo a quien despreciaba. Se trataba en su

caso de simple decencia, un estúpido reflejo burgués, que se reprochaba tener…, pero que le obligaba a ser valiente o a simularlo.

Aquel tarado pareció sentirse aliviado, primero, de que Matthieu se levantara, y luego decepcionado de que volviera a sentarse. Matthieu decidió continuar ahí, molestarle durante el mayor tiempo posible, obligarle incluso a ser mundano.

—¿Tiene intención de viajar?

—¿Cómo? No, no se me ocurre…

Matthieu se asombró: ¡qué idea!, viajar. Tanto antaño como aquella misma mañana quedaban todos esos lugares por visitar, todos esos paisajes, esas ciudades con las que había soñado. Y que seguían existiendo. Oriente, Asia, playas, montañas, que, en su imaginación, le habían satisfecho hace no mucho. Ahora tan sólo serían lugares a los que no volvería jamás. Lo sabía: ya no eran más que lugares para echar de menos. No eran mares donde bañarse, sino mares en los que ya no se bañaría, que no volvería a ver, que no volvería a oír. Todo lo que estaba por descubrir sería algo por abandonar. Todos los proyectos, todos los encantos ya no se llamarían descubrimientos sino separaciones, como regalos que hubiera que devolver algún día… ¡Demasiado deprisa! Ya nada pertenecía a Matthieu en aquella tierra que sin embargo había sido suya con tanta evidencia, tanta vivacidad y placer. ¡Había tantas personas a quienes no les gustaba la vida, que no habían amado este planeta! ¿Por qué tenía que ser él, él, que lo quería tanto, quien se viera privado? ¡Ni siquiera tenía cuarenta años! No habría tenido ni cuarenta años para disfrutarlo… Era demasiado injusto (si dejamos de lado los niños, las mujeres, las catástrofes, las atrocidades a las que sucumbía diariamente esta vieja y querida tierra).

—Le adjunto una carta para el profesor Lingres —decía el hámster, desde muy lejos—. Él u otro, por supuesto. Pero le aconsejo Lingres con entera tranquilidad. Mi secretaria le escribirá la carta inmediatamente. ¡Ah, no!, hoy no está aquí —corrigió precipitadamente—. Pero se la haré llegar mañana mismo.

La secretaria, la amable persona a quien se debía la reciente aunque tenaz asiduidad de Matthieu, no estaba ahí, en efecto. Matthieu había notado su ausencia nada más llegar. Había iniciado,

hacía muy poco, un coqueteo bastante intenso con aquella hermosa planta sin misterio y sin pudor a quien el hámster debía sin duda parte de su clientela, la suya al menos. Estaban citados para el próximo martes, al final de la tarde, y ese «té» que tenían que tomar juntos era inequívoco. Ante el aspecto molesto del médico, Matthieu comprendió todo. La secretaria no estaba ahí por él, porque estaba enfermo. Ella lo sabía. No era contagioso, pero eso no cambiaba nada. No era tan simple. Incluso el deseo «puramente impuro», necesitaba un futuro para existir. Un hombre sin futuro, un moribundo ya no es deseable. Matthieu habría tenido la misma reacción, por muy estúpida que fuese, frente a una mujer en un caso parecido. Su deseo se habría convertido en compasión. Lo que equivale a decir que habría desaparecido. Tenía que ocultar su estado durante el mayor tiempo posible a todas las mujeres a las que podía desear y seducir. No soportaría ese reflejo de piedad en la mirada de las mujeres ni las preguntas que vería en lugar de las respuestas simples que siempre había conocido: sí o no.

¿Pero seis meses? ¿Qué quería decir seis meses? ¿Un fulgor o una eternidad? La idea de que esa sangre, ese cuerpo tan fiel, tan resistente, tan repleto de deseos, de vigor, iba a escapársele, a fallarle y a convertirse sin avisar, sin señales de traición, en su enemigo —o más bien en la guarida de su enemigo—, esta idea le parecía aún más deprimente que todo lo demás. Matthieu miró su mano rápidamente, imaginándola como objeto de disgusto o de piedad, cosa que tal vez ya era para esa enfermera algo rellenita. Y experimentó un sentimiento físico de náusea. Era la trivialidad de todo aquello lo que le excedía. ¡Claro que sabía que iba a morir algún día! ¡Claro que sabía que un tanto por ciento de hombres de su edad moría de cáncer cada año en Francia! Pues bien, ahora también sabía que formaba parte de ese porcentaje: ¡eso es todo! No era nada extravagante, ni sorprendente, ni notable. Sólo era algo trivial. Y él, Matthieu, que hubiera preferido diez veces más morir en un coche, formar parte del porcentaje igual o aún peor de los accidentes de carretera, él, Matthieu, no tenía nada que decir ante aquello; pero este último *aquello*, precisamente, le resultaba insoportable. Su muerte sólo le escandalizaría a él, repetía. Sorprendería, apenaría a quienes le amaban, pero no escandalizaría a nadie tanto como a él. Escarnecido, ridiculizado, envilecido. Sí, sí,

envilecido.

Porque era lo único que pedía al instante: que el casco de un caballo no volviera a robarle su programa, haciendo que la vida, el futuro, las pocas semanas siguientes se le aparecieran nuevamente como un horror; en una palabra, que no volviera a repetirse el instante abominable que acababa de pasar. «En el fondo quiero morir, pero sin pensar en ello», se dijo. «Como todas esas personas condenadas que he podido conocer y cuya ceguera me había asombrado tanto y a veces hasta decepcionado.» Matthieu, que en aquella época se juzgaba de lo más tolerante —o de lo más indulgente, en cualquier caso— ante las cobardías humanas, muchas veces había quedado decepcionado por la forma de combatir y de morir de sus amigos. Sin embargo, dentro de ocho días llegaría a creer otra cosa distinta de la verdad, pues esta verdad sería insostenible. Elegiría la tuberculosis o Dios sabe qué. Todo el mundo hacía lo mismo para soportar la idea de su muerte. Él haría como todo el mundo.

El hámster cerró la puerta detrás de él y Matthieu sólo llegó a ver de la guapa enfermera su pañuelo rojo, olvidado en la entrada. Matthieu estaba a oscuras, de pie sobre el descansillo, inmóvil, con la mano sobre la barandilla. Tomó su ritmo habitual para las bajadas, el pequeño galope de caza que mantenía del colegio. Un paso de colegial. Uno dos tres… un dos tres… un dos tres…, y en los descansillos cuatro pasos, un dos tres… Ruidoso y fogoso. La escalera estaba cubierta por la misma moqueta que solía haber en todos los edificios de la época, rameada en gris, rojo y negro. Poco antes había subido por esta escalera, había caminado sobre esta misma moqueta, en sentido inverso. Ahora la bajaba como si fuese el mismo. Sólo que llevaba bajo el brazo unas radiografías que anunciaban su muerte o, para ser exactos, la fechaban con precisión. Inconscientemente, pasó al galope tendido del gamberro que huye. Era mejor que aprovechase: dentro de tres meses tendría que «cuidarse» y tomar el ascensor de turno, como los viejos o los enfermos. En el entresuelo se detuvo y se sentó sobre un escalón. Su mano colgaba delante de él, al final de su brazo, y la miró: sus venas latían y sus músculos y tendones sobresalían… Entraba un poco de luz por el ventanal de la escalera, típico de aquellos edificios de 1930, cuya iluminación era casi tan lúgubre como la del

interruptor. Matthieu volvió la mano y dirigió una mirada desconfiada a la línea de la vida: mentía, era más larga que lo previsto por el hámster. Sacó un cigarrillo de su bolsillo, se lo puso en la boca y se detuvo un instante antes de encenderlo; luego aspiró una calada larga y deliberada. No porque tuviese ganas de desafiar el destino o a los medicastros, pero algo le atenazaba la garganta, invadía sus ojos y su nariz, deformaba su boca. No debía de haber llorado desde hacía ocho años: en realidad, desde la muerte de su madre. Y experimentó una breve y furtiva vergüenza al pensar que era por sí mismo por lo que cedía al fin a las lágrimas después de haber pasado ocho años con los ojos secos.

Capítulo segundo

Finalizaba septiembre y la temperatura en París era suave, una especie de veranillo con un viento ligero, agitado, pero todavía templado. Un viento que empujaba las nubes, allá arriba, y transformaba una calle estrecha y sombría en dos aceras soleadas y lo contrario, con una velocidad desconcertante que parecía mantener París «a la sombra de una cebra».

De pie en el umbral de la entrada de carruajes, Matthieu miraba la ciudad, su ciudad, entregada a los caprichos del otoño, y por primera vez su encanto le irritaba. Su coche no estaba lejos pero corrió hacia él con los ojos bajos, como si los transeúntes pudieran adivinar, bajo la chaqueta deportiva y el mechón cayéndole sobre la frente, el rostro de un condenado a muerte. El rostro indecente, molesto y lastimoso de un semi-vivo. Matthieu tenía que librarse de ese sentimiento de culpabilidad tan nuevo que le asfixiaba y que le hizo buscar en vano, durante diez largos segundos, el contacto de su coche. Arrancó, aceleró bruscamente y su automóvil, poco acostumbrado a este trato, rugió, hipó y se caló. Matthieu echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. Era preciso que le desapareciera ese asco. Esa impresión de vacío, de fragilidad interior, la idea de que sus huesos eran desmenuzables e iban a ceder bajo su peso, ese cambio en su cuerpo y en su espíritu (por una vez sincronizados bajo el pánico y la nostalgia) eran insoportables. ¡Cómo añoraba ya su hermoso París!…, no sin cierto rencor enfurruñado, como si alguien se lo hubiera arrebatado… ¿Pero quién? Hacía tiempo que Matthieu ya no creía en Dios y solamente lo lamentaba realmente en un caso de apuro, como ahora. No, no era ningún dios, católico o griego, ni la fatalidad, ni algo o alguien todopoderoso lo que le desposeía de todos sus bienes. Matthieu nunca había tenido otra seguridad que la de esta alianza natural entre él mismo y su existencia. Y siempre había habido algo

contagioso en sus alegrías, en sus enfados y en sus movimientos hacia sus semejantes. Sí, había tenido más armas, más recursos que otros: todo lo que hoy se le caía de las manos, de una sola vez, y le dejaba solo, desnudo y enfermo ante sus semejantes. Pero lo veía muy claro, los que le habían seguido hasta aquí, durante treinta años, ya fuesen sus amigos, sus amantes o sus caprichos, los que se habían dejado llevar, además con gratitud, por el surco de su vitalidad y de su velocidad adquirida, esos mismos, si supieran que estaba enfermo se alejarían de él como si los hubiera engañado. Le llorarían, por supuesto, pero lo abandonarían. ¿Y cómo podría ahora cambiar todo y plantear su vida de otro modo que no fuera el largo regalo que había sido? Por supuesto, el sentimiento, la sensación de la vida, de *su* vida, nunca le había abandonado por mucho tiempo, pero no había sabido, nunca había podido saber lo que, con su suntuosa precariedad, quería decir «vivir» y «esperar de la vida». Nadie lo había sabido a tiempo y nadie lo sabría.

Matthieu conducía a lo largo de los muelles vacíos de turistas que llevan al puerto de París por las puertas de Asnières y de Gennevilliers. Había gabarras algo sucias, barcas medio hundidas, cabañas, barullo, en esas islas generalmente abandonadas; estaba el lado «Nueva Orleans» de aquella orilla del Sena; y había unos tipos pescando, sin demasiadas esperanzas, otros leyendo el periódico, tirados sobre una hierba rala, bajo el sol de septiembre. No le sorprendió que los envidiara: el otoño siguiente estarían ahí para ver aquel nuevo otoño y aquellas nuevas hojas rojas; él, no. Pero esta idea le parecía enteramente incomprensible. Por el contrario, su automóvil funcionaba bien. Tenía un sólido y ronroneante motor y el vendedor le dijo, riendo, que viviría más que él, ahora lo recordaba. Rieron ambos, divertidos e incrédulos ante esta idea, como, despreocupadamente, nos sucede con tantas bromas.

Era más de mediodía y si seguía remoloneando así, Robert se habría marchado. Robert le diría lo que tenía que hacer. Era un hombre, un amigo. Alguien que iba a ayudarlo, de una forma u otra. Contrariamente a Hélène, que le juzgaba egoísta, y a Sonia, que le encontraba vulgar, Matthieu consideraba desde hacía tiempo que Gaubert era su único y mejor amigo. No estaba en la naturaleza

de Matthieu extasiarse ante sus amistades masculinas, pero en este caso tenía que contar con la fuerza y el apoyo de un Robert.

Las oficinas de Gaubert daban sobre el Sena, justo antes del puerto de París. Casi nunca se veían en sus lugares de trabajo, y la llegada de Matthieu, más que agradarle, pareció molestar a Robert.

—Lleva toda la mañana hablando por teléfono con Hamburgo y Londres —le apuntó la secretaria con una mezcla de vanidad y aprensión, como si ella fuera responsable de la proeza del servicio telefónico y también de sus tarifas.

Cuando entró, Robert le hizo señas desde el otro lado de la mesa para que se sentara. Se parecía a Matthieu en la anchura de hombros y la manera de andar, pero nunca había sido seleccionado para jugar al rugby, y, en general, gustaba mucho menos a las mujeres. Las bromas halagadoras de Matthieu sobre sus éxitos femeninos no le hacían reír demasiado. Hélène le consideraba malintencionado y envidioso bajo su apariencia amistosa, pero Hélène pensaba mal de todos los amigos de su marido y Gaubert era uno de los pocos que le quedaban.

Matthieu se sentó frente a Robert y observó, como en cada una de sus escasas visitas, la moderna pretensión del despacho. ¡Vaya un momento para consideraciones estéticas!

—¡Tú por aquí! —Gaubert sonreía—. ¿Qué te ocurre? ¿Necesitas una coartada?

—No —dijo Matthieu—. Me pasa algo desagradable.

—¿Estás enamorado? ¡Perdona!…

Sonó el teléfono y Gaubert lo descolgó, puso la mano sobre el micro y dijo: «¡Londres!», antes de lanzarse a hablar en un inglés bastante fluido. Progresaba este Gaubert; progresaba en todos los sentidos. Había aprendido inglés con los discos de Assimil, por supuesto —cosa que hacía que a Hélène se le saltaran las lágrimas de risa—, pero ahora lo hablaba bien, con fluidez, mientras que él, Matthieu, lo chapurreaba. Tuvo razón, dicho sea de paso, al no perder sus tardes con aquellos discos y aquel método, por muy eficaces que fuesen: ¿de qué le serviría hoy el inglés? *To be or not to be, that is the question*… Así era, por una vez…

Gaubert colgó.

—Perdóname —se disculpó—, estoy a punto de quedarme con el contrato de exclusividad para Europa de la CBS. ¡Ni más ni menos!

¿Te das cuenta? ¡No es moco de pavo!

—Bravo —dijo Matthieu suspirando.

Gaubert se inclinó hacia adelante, muy en plan de hombre de negocios.

—¡Qué poco entusiasmo! ¿Qué te pasa?

—Esta mañana he ido a ver a un médico. Tengo algo en los pulmones. Me quedan seis meses, más o menos.

Gaubert se echó hacia atrás sobre su silla, con el rostro repentinamente serio e, incluso —pensó Matthieu—, «marmóreo». Exactamente el rostro del romano heroico que recibe un golpe pero que domina su angustia. «En este caso, la mía», volvió a pensar Matthieu, interesado pero distraído por su propio diálogo.

—¿Cómo? ¿Pero qué dices? ¿Te han hecho radiografías? ¿Escáners? ¿Tu médico es de fiar? ¿Quién es?

—Es el sustituto de mi médico habitual, el doctor Jouffroy, que se ha jubilado. Es tonto pero serio, sí.

Sonó el teléfono y Gaubert lo agarró, con el rostro todavía impasible. «Perdona otra vez», lanzó: sus excusas eran ahora imperativas. Y volvió a su inglés fluido, echando de vez en cuando una ojeada severa a Matthieu, antes de irritarse ante el aparato y volverse seco, desagradable, y colgar sin más fórmula de cortesía.

—¡Estos ingleses nos toman el pelo! ¡Creen que Europa es suya!… ¡Pero volvamos a lo tuyo! ¿Cómo puedes fiarte de un médico desconocido, de un… un sustituto? ¡Bromeas! ¡Nos vas a enterrara todos, Matthieu! ¡Pero vamos! ¿Qué quieres que apueste?

«Una apuesta poco arriesgada», pensó Matthieu, pero no profundizó demasiado.

—Pero ese escáner del que hablas me lo han hecho ya. Está muy avanzado.

Se oía quejarse y sentía asco de sí mismo. Asco y vergüenza.

Volvió a sonar el teléfono y Gaubert lo descolgó con un taco. «¡Joder! ¿Es que no van a dejarme en paz?», preguntó antes de lanzarse, con los ojos cerrados por la ira:

—Diga… *Yes… Yes! Ah, I prefer that!… Yes, I say: I prefer that!… But what price?… OK! OK… What?… Then, 1 listen to you! Oh, I should be at Roissy Friday… OK… OK… Thank you…*

Levantó los ojos, los fijó en la pared un segundo, por detrás de Matthieu y luego le dirigió un gesto victorioso con el puño antes de

terminar:

—*That's reasonable! OK! See you Friday*. Colgó.

—¡Es que, no!… —murmuró—. No tienen que creer que… Escucha… ¡Perdón! Voy a decir que si vuelve a llamar lo manden al infierno.

Y descolgó, ordenando a la telefonista que no le pasaran ninguna llamada, que lo dejaran en paz. «¡Aunque sea el Papa!», añadió con una sonrisa firme, demostrando que en nombre de su vieja amistad estaba dispuesto a incurrir en la blasfemia y la excomunión.

—Volvamos a lo nuestro, ¿quieres? Estás trastornado, es normal: ¡Tienes por qué! Pero no puedo creerte. Cuando hayas visto a Lingres, o a Barreau, o alguno de los grandes, entonces me asustaré…, si confirma esos rumores, claro. Hoy has visto a un cretino, ¡te lo aseguro! Pero ¿adónde vas?

Matthieu estaba de pie. Tenía ganas de marcharse sin razón alguna. Aquel despacho le gustaba cada vez menos, estéticamente.

—Tengo que largarme —dijo.

—Sobre todo no digas nada a tu familia —sugirió Gaubert—. ¡Si no te van a armar una de órdago, pobre!

Le sonreía, algo colorado. Le dio unas violentas palmadas en la espalda, como para comprobar la solidez de su osamenta, y por ende de sus palabras, mientras lo acompañaba hasta la puerta:

—¡Ya verás! Verás cómo tengo razón. ¿Tú, enfermo? Nunca te he visto enfermo. Si quieres ver a Lingres lo antes posible, dímelo: ¡mi cuñada y su mujer están…, así! —dijo uniendo el índice y el corazón, y desmintiendo su ferviente optimismo al golpearlos contra la madera. Y su «¡Llámame inmediatamente, eh! ¡Llámame en cuanto sepas algo!» siguió resonando durante algún tiempo a la espalda de Matthieu que huía, huía no sabía muy bien de qué.

Matthieu conducía, incapaz de reaccionar y de formarse un juicio sobre la actitud de Gaubert. Encendió un cigarrillo con lentitud pero sin provocación. ¡Este Robert!… La verdad, su cáncer no parecía muy oportuno, ¡y no sólo para él!

Debió de haberse dejado la radio encendida antes. Se inclinó para apagarla, demasiado despacio, sin duda, porque el claxon pareció explotar en su cabeza. A su derecha, un camión acababa de salir de un almacén y se metía en la calzada. Vio cómo Matthieu se

le venía encima, un poco deprisa, al parecer, un poco demasiado deprisa para evitarlo. Matthieu dio un frenazo, luego hizo girar el volante a la izquierda subiéndose a la acera, después a la derecha, cayendo, algo menos deprisa, detrás del camión, sobre un terraplén milagrosamente vacío, y por último volvió a estar en el bulevar, circulando en el mismo sentido. Había rozado el accidente, el accidente grave, y por su retrovisor vio que el camión se paraba y que la gente se movía y miraba hacia él. No había aplastado a nadie, huyó. Pero fue por un pelo. Sus piernas temblaban, como siempre después de un accidente, evitado o no, y, por unos momentos, se sintió satisfecho de sus reflejos, antes de dar un violento puñetazo al volante. ¡Qué imbécil! ¿Pero qué clase de imbécil era?… Había tenido la solución, ahí, ofrecida como un regalo supremo…, la solución a todos los días, las noches de angustia y de sufrimiento que le esperaban. ¡Había tenido, sin ni siquiera haberla escogido ni llamado, la verdadera solución! Y tuvo que hacerse el listillo, el habilidoso, tuvo que escapar de la única cosa que podía salvarle sin hacer daño a quienes le rodeaban, es decir, una muerte limpia, rápida y accidental. ¡Era demasiado tonto! ¡Sí, demasiado tonto! Y con las piernas todavía temblorosas, lleno de rabia contra sí mismo, Matthieu aceleró como si los milagros pudieran sucederse así de deprisa y servirle en bandeja, de nuevo, una bella y fulgurante muerte.

La ira le duró hasta el puente de Saint-Cloud, hasta el parque por donde circuló durante unos minutos, solo, recorriendo las avenidas aún no enrojecidas por el otoño. Luego se paró, quitó el contacto, bajó y, apoyando la espalda contra la puerta, respiró a fondo, se estiró contemplando en torno a él, sin la menor satisfacción, aquel paisaje sereno. Ahí estaba el *quid*: durante algunas semanas podría hacer todos los gestos de la vida, y de la vida feliz, pero siempre habría algún momento en el que le faltaría algún detalle y estropearía todos los demás. Se alejó de su automóvil, caminó cinco minutos y se tendió sobre el césped junto a un árbol (ningún paseante, ningún quepis se perfilaba en el horizonte). Puso la cabeza al pie del árbol y extendió las piernas hacia delante. Miró cómo se movían las hojas ahí arriba, muy

arriba, en lo alto de aquel árbol que debía de ser un castaño, o un haya, o un olmo, o Dios sabe qué. Aquel año los olmos también morían a miles en Francia. Sucumbían a la famosa enfermedad de los olmos que los exterminaba, un poco como un cáncer. Una caterva de olmos desaparecería al mismo tiempo que él, Matthieu.

«Y atacados por la misma enfermedad, los olmos y los hombres olvidaban los bailes y se volvían filiformes…»

Era lo que se llaman aleluyas de pregonero. La palabra «pregonero» le conmovió tanto como algunas canciones de la radio, como un recuerdo inesperado: lo que era. Matthieu había clasificado sus recuerdos más o menos entre: los que le desgarraban, los que le divertían y los que le culpaban o le hacían huir. Creía conocerlos todos. ¿De dónde le venía entonces aquel recuerdo de una ventana abierta a la plaza del Ayuntamiento, la mano de su abuela sobre la suya, y su voz pidiendo siempre a la orquesta del pueblo la misma alborada llena de chinchines que le encantaba? ¿Y aquel chiquillo arrebolado que le recitaba aleluyas, aleluyas de pregonero, como decía su padre? El propio Matthieu, antes de querer ser bombero, piloto de avión de reacción, electricista, actor, etcétera, había deseado apasionadamente ser pregonero. «Mi pequeño pregonero», decía su abuela estrechándole contra ella, en invierno, cuando sus padres le mandaban como rehén a la vieja casa. Cinco años después se avergonzó de ella y de él. A los quince años se avergonzó de ellos. La vida era tan rápida, las ancianas tan frágiles y los niñitos tan ingratos.

Ya no veía las hojas verdes y mermadas allá arriba, en lo alto del árbol, sino una gran mancha borrosa y verde. Sin sacudidas y sin hipidos, Matthieu dejó que un agua continua, templada, un agua dulce, se deslizara sobre sus mejillas en aquel parque desierto. Lágrimas de pregonero, sin duda.

Capítulo tercero

El café era uno de esos bares donde se vende tabaco y se hacen quinielas hípicas. Grande, anticuado, como le gustaban a Matthieu y que cada vez eran más raros en París, con sus parroquianos procedentes de alguna oficina cercana y algunos parados, la nariz pegada a la ventana. El propietario, de pie junto a su barra, su caja y sus cigarrillos, parecía tiránico y celoso como un hermano jesuita y le lanzó una mirada desconfiada que, por un instante, casi le desconcertó. No obstante, Matthieu se apoyó en el mostrador, pidió un vino blanco y, llevado por su entusiasmo, ofreció una ronda. Llevaba mucho tiempo sin entrar en una taberna de ese tipo y toda una atmósfera, toda una vida, a base de máquinas, consumiciones, colegas, peleas inciertas y apuestas idiotas, le vino a la memoria como un verdadero cuento de hadas: irreal, irreal y placentero.

—¿Para cuándo esa ronda? —repitió apoyándose deliberadamente en el mostrador, frente al dueño, que seguía mirándole con desconfianza.

Hay que decir que era una época en la que ya no se pagaban rondas. Uno no pagaba la bebida a sus hermanos del género humano sin una razón de peso. No era una época de regalos. Los regalos no eran ni aceptados, ni estaban exentos, ni admitidos en los impuestos (esta avaricia legal había sostenido la conversación durante una cena reciente). Y Matthieu recordó su nostálgica disertación sobre los caballeros de 1900, arruinados por las mujeres pero con menos salvajismo y más atractivos que los desplegados hoy en día por el fisco. A propósito, ¿qué iba a dejarle a su mujer? ¿A *sus* mujeres? Su estudio de arquitecto ya estaba dividido en tres partes y últimamente, por culpa de la crisis, estaba ligeramente tocado del ala. Y a aquel famoso proyecto, el proyecto de Poissy, que tanto había anhelado, ese proyecto en el que la estética y la moral se unían al fin y por el que se había peleado durante dos

años, de pronto no le encontró, para sorpresa suya, ningún aliciente. ¡Habiéndole apasionado tanto este asunto, se había desinteresado de él en una hora! ¿Pero quién podía tolerar su muerte próxima? ¿Quién? ¿Qué? ¿Un gran amor, tal vez?… Un amor que no sentía. Que ya no volvería a sentir.

Mientras tanto, el dueño había representado su papel y los vasos, al tiempo que las miradas curiosas se alzaban hacia Matthieu. Y una vez más volvió a experimentar esa vergüenza, esa molestia de no ser ya como los demás, de haberse convertido en un hombre sin proyectos, sin futuro, un hombre sin deseos. ¡Con cuántos pobres diablos se había cruzado por las calles, destruidos por dentro como él, y como él avergonzados por estarlo! ¡La verdad es que no había nada novelesco en aquella ausencia de futuro! Todos los encantos de la vida reposaban en el tiempo, con la T mayúscula subrayada por Proust. ¡Mira, Proust!, se había propuesto volver a leerlo antes de morir o, mejor dicho, leerlo del todo. Ya no le daría tiempo, admitiendo que tuviese ganas de hacerlo, por supuesto. Como si todavía pudiese tener ganas de hacer algo que no fuera decirle a otro lo que le ocurría. Que no fuera compartir, partir el pan de lo peor, como *antes* el de lo mejor, con cualquier ser humano que se preocupara por él. No habían faltado. A muchos no les había hecho caso. Le habían querido por su salud, su equilibrio, su gusto por la vida, por su curiosidad y su indulgencia. ¿Qué quedaría de él dentro de tres meses? Nada.

Matthieu miró la hora por encima del mostrador. La una. Cuando llegó a casa del hámster eran las once: allí habría estado una hora más o menos. ¿Sólo una hora, o hace una hora *ya*? Tanto lo uno como lo otro se podía decir y sentir a propósito de la peor, la más larga, la más grave y, por último, la más insignificante de las horas de su existencia. Señaló al dueño la botella de vino blanco, y su expresión le hizo sacar un billete del bolsillo y tendérselo por encima del mostrador.

—¡Otra ronda, otra ronda! —gritaron el camarero y el propietario que ahora se mostraban muy solícitos. Nuevamente se alzaron los vasos hacia él y se oían expresiones como: «¡Gracias!», «¡Gracias, señor!» «¡A su salud!» «¡Otro vino blanco!», etcétera. Hay que decir que Matthieu tenía una cabeza agradable, incluso para los hombres. Tenía un rostro simpático, típicamente francés, que iba

muy bien con el jugador de rugby que había sido (a las mujeres, les parecía algo menos tranquilizador), pero por el momento sólo su anonimato incomodaba un poco en el Mostrador del Puerto, como se llamaba su nuevo refugio.

—¿Y por qué bebemos ahora? —preguntó su vecino, quien previamente había vaciado su vaso por si se diera la corneliana situación de tener que beber por un facha o por un comunista. Así su honor quedaba a salvo al estar su vaso vacío.

—Pues…, ¡a su salud! —dijo Matthieu—. ¡A mi salud, a la de ustedes, a todo, a la vida!

Se oyeron voces aprobatorias junto al ruido de los vasos, ya vacíos, sobre el mostrador. Algunos consumidores se vieron obligados a devolver la cortesía al generoso extranjero. El dueño acabó sintiendo un gran afecto por ese desconocido que promocionaba su negocio. Por contagio, las botellas fueron sucediéndose.

Era un lugar marchoso; y, en definitiva, aquel vinito, que sustituía poco a poco a la sangre en las venas de Matthieu, era bastante traidor. Un caballero no podía rechazar un vino, y aunque algunos consumidores no llegaron a la ronda general, se vieron obligados a invitar «al nuevo».

Era la una y media, las dos. Al parecer todos habían olvidado la hora sagrada del almuerzo, ya más que mediada. Los compañeros de barra de Matthieu resultaron ser, con el trato, tipos agradables, dejando de lado a un obseso que le contaba por tercera vez una magnífica apuesta quíntuple jugada, por turnos, por todos los amantes de su mujer y que, al final, falló, como era de esperar; y otro más, supuestamente agente de los servicios secretos, que sabía todo sobre las malversaciones políticas del siglo, de las que hablaba sin querer decir nada.

—¡Cuidado! ¡Ni una palabra! ¡Silencio! Créanme: ¡la boca cerrada! —vociferaba llevándose el dedo a la boca a un ritmo desenfrenado en el que rivalizaban su índice y su vaso.

Sin seguirlo, Matthieu bebía sin descanso vino tras vino y fumaba cigarrillo tras cigarrillo, y a medida que iba absorbiendo aquel vino —que siempre había tenido por agradable—, Matthieu ponía en su sitio las cosas de la vida. Había llegado a aquel café como un invitado inoportuno e iba sintiéndose poco a poco como el

invitado bienamado (aunque el amor por el invitado se incrementara con el pago). Se sentía el amigo, el prójimo, el semejante de todos esos tipos que también le consideraban su amigo, su prójimo y su semejante. La enfermedad y la muerte retrocedían ante él con mil excusas. Sí, iba a morir, y aun así sólo lo afirmaba el hámster. Sí, es posible que sólo le quedaran seis meses de vida en esta tierra, pero los pasaría como un príncipe. Se enfrentaría a esos microbios desconocidos, tenía —gracias a Dios— el valor y la naturaleza para hacerlo. Moriría, pero sería para partir hacia otra vida o hacia otro planeta; porque algo dentro de él, Matthieu, su alma, por ejemplo, era inmortal. No en la acepción grandilocuente o católica del término, sino en la «aceptación» feliz, viva y libre. Su sangre roja era demasiado roja, aunque antaño hubiera sido azul, como pretendía Hélène, quien sentía una secreta pasión por la aristocracia. Su sangre —probablemente en aquel momento ya tricolor, a fuerza de vino blanco—, pues bien, esa sangre tricolor le sostendría durante bastante tiempo. ¡Cuántas veces había oído hablar de casos incomprensibles y siempre incomprendidos —incomprendidos por los especialistas de la medicina—, casos en que los supervivientes desafiaban durante veinte, treinta años los pronósticos más sombríos! ¿Y por qué no él? En definitiva, le enfurecía tanto pensar que iba a morirse como pensar que iba a sobrevivir. O bien iría a Lourdes con Hélène de un brazo y Sonia del otro. Se imaginaba a los tres de pie ante la gruta, lo cual ya sería un primer milagro, cada una deseando su curación y la agonía de la otra. Imaginaba sus tres siluetas ante aquella gruta, más cercana en su espíritu a la de Luis II de Baviera que a la auténtica: era porque había visto a Visconti y no conocía Lourdes. Se echó a reír, cosa que no venía a cuento, con el relato de la triple gemela fallida del jugador, quien se ofendió y se alejó de su lado. El tipo de los servicios secretos, «Bocacerrada», aprovechó para ocupar su lugar.

—Bromas aparte, dígame, ¿qué celebramos? No se lo diré a nadie, cuente conmigo, ni una palabra, ¡mantendré la boca cerrada! ¡Pero me gustaría saberlo! ¿Se ha muerto su suegra?

Y se partía de risa.

—¡Pues no! ¡Todavía no! Pero no estaría mal —dijo Matthieu que realmente no podía soportar a la madre de su mujer.

¡Era lógico! Detestaba a su suegra, engañaba a su mujer con una amante más joven, era verdaderamente el prototipo del francés mediocre. Sólo una cosa le hacía sobresalir del montón: iba a morir más pronto que la mayoría de sus semejantes y, sobre todo, sobre todo, lo sabía. ¡Eso había que mojarlo! Eso había que mojarlo, pero no había que decirlo.

Así era. Era absurdo, tanto la muerte como la vida, y que no contaran con él para dedicar sus últimos meses a investigar el porqué. Como las tres cuartas partes de sus conocidos, Matthieu se había pasado su vida, desde que estuvo en edad de ganársela, respondiendo a una serie de cómos. Los por qués estaban reservados a los adolescentes o a los pensadores profesionales. Nada probaba que estuvieran reservados a los moribundos, en fin, a los futuros muertos; porque él se sentía vivo como nunca lo había estado, gracias al vino blanco, sin duda, gracias al alcohol del que se decían injustamente tantas cosas malas en este siglo, cuando el alcohol era el amigo del hombre, la panacea de su alma, el cómplice de su cuerpo. ¿Cómo no reconocer sus virtudes: el efecto tan radical, tan poderoso, tan cómplice, tan eficaz del alcohol, la bondad del vino, su habilidad para aligerar el peso de la vida, para dilatar el placer y poetizar sus impresiones, el apoyo que daba a los tímidos, el impulso que daba a los tristes, la alegría que daba a los sosos? ¿Y la desmesura que introduce en la mediocridad general? ¿Cómo no dar las gracias a esta admirable muleta, tan adecuada para aliviar lo que cojea en el espíritu humano? ¿Por qué nadie prestaba más atención a las relaciones entre la inteligencia y el alcohol, su afinidad profunda, el origen de su encuentro? Ahora él, Matthieu, dirigía a la brevedad de su porvenir y a la importancia de su muerte una mirada resignada, lúcida y serena, tan serena como horrorizado y paralizado había estado una hora antes (cuando sólo llevaba encima un té con limón). Ahora él, Matthieu, pensaba con calma que le quedaba la posibilidad de acabar consigo mismo, dentro de seis meses o dentro de dos días, ya que tenía una escopeta de caza para ello, una solución que tan pertinente, tan cómoda como imposible, terrorífica y dramática le había parecido dos horas antes. El alcohol le devolvía a sí mismo, a Matthieu Cazavel, y le reintegraba su valor y su orgullo.

Volvería, claro que sí, y muy pronto, al Mostrador del Puerto, y

si iba un domingo, le invitarían a comer junto a otros clientes privilegiados, y probaría la col rellena de la jefa, que era del sudoeste. Ahora el dueño estaba definitivamente encantado con Matthieu. También los clientes. Y Matthieu juró, sin reparos, volver. Si durante esos seis meses no encontraba un domingo para probar esa col rellena, es porque, en efecto, no merecía vivir mucho tiempo.

Capítulo cuarto

El sol había ganado su dura batalla sin que pudiera felicitársele realmente, porque sus enemigos habían desaparecido, huido del cielo, a diferencia de la lluvia que despliega sus negros batallones y exhibe todas sus nubes para señalar sus victorias. La hora del almuerzo había pasado y Matthieu ya no recordaba si había quedado para comer con alguien. Se tambaleó ligeramente, luego se detuvo ante Les Invalides. El puente Alejandro III, dorado como la luz oblicua, ya palpable del otoño, estaba frente a él. En un día como éste, en aquel mismo sitio, conoció a Mathilde, es decir, el amor, puesto que ella le amó tanto como él a ella, pero ella solamente durante un año.

Mathilde, en quien se había prohibido pensar desde hacía ya tantos años. Mathilde… ¿Iba a morir sin volver a verla? ¿Como una de esas cosas incomprensibles, inconcebibles de la existencia? Pero después de todo, la idea de morir sin haber vuelto a ver a Mathilde no era más extravagante que la de haber vivido sin ella, en cierto momento… En cualquier caso, algo de lo que estaba seguro respecto al periodo que le esperaba era su rechazo del pasado. En modo alguno debía de zambullirse en lo que había sido su vida, porque era la vida de otro hombre. De un hombre que no pensaba en absoluto en su muerte y menos en la fecha de su muerte. Otro hombre. Tenía que vivir sin pasado, porque no sería exacto, y sin futuro, porque ya no lo tenía. Tenía que vivir en el presente. ¡Y todavía estaba por llegar! Sin embargo siempre se había jactado de ello y se lo habían reprochado bastante: «¡Matthieu, que vive en el presente!». Para él, aquello correspondía a una suerte de epicureismo, de gusto por la vida, de aptitud para convertirla en algo propio, que satisfacía tanto su orgullo como su placer. Pero en el umbral de lo que le esperaba ya no había palabra ni teoría que se apoyase únicamente en el disfrute y que se mantuviese. Los

términos sensualidad, paganismo, presente, placer de vivir, felicidad, así como masoquismo, perversión, heroísmo y narcisismo, le parecían palabras perfectamente secas y confusas reinventadas por el hombre para explicarse sus titubeos debidos tanto a una comida demasiado copiosa como a una auténtica tristeza de amor. No había nada, no había nada de lo que estuviera seguro. Sí: estaba seguro de haber sido desgraciado o feliz y de haber tenido que combatir sus sentimientos de una manera u otra. Estaba seguro de haber sido ambicioso a los veinte años, de haber soñado con construir palacios y casas soberbias, poblados de aire, de viento y de personas felices de vivir en ellos, que habían tenido que ser sustituidos rápidamente por casas lo más sólidas posibles, donde los cuartos de baño no se desplomaran a la primera inundación, ni los tejados al primer vendaval, lo que era el primer deber de un arquitecto, pero un deber difícil de realizar, en particular para un arquitecto contratado por el Estado.

Matthieu no sabía muy bien dónde estaba; le habría gustado hablar con alguien, un amigo. Un amigo era alguien como Michel, con quien fue a la Sorbona, y después a las clases llenas de humo de la Politécnica y luego a las de Arquitectura. Michel, con quien había compartido la adolescencia, las chicas y París durante cuatro, cinco años, y con quien había compartido la existencia tal y como se la ve a los veinte años, es decir, la verdadera existencia: dramática, lírica, excesiva, cómica. Juntos habían recitado a Apollinaire, Eluard, René Char y Baudelaire durante noches enteras, en los muelles, en los bancos, en las discotecas. Juntos habían divagado y, con melancolía o cinismo, habían hecho el amor con chicas que se lo tomaban a risa. Michel le habría hecho caso, no habría simulado no comprenderle o no creerle y, sobre todo, no le habría dejado por asuntos de teléfono y otras chorradas.

¿Pero qué sabía él? A lo mejor Michel se había convertido en uno de esos hombres enflaquecidos y petrificados por el éxito, o, por el contrario, gordezuelos y arropados por el fracaso, dos términos que podían ser sustituidos, más modestamente, por los de carrera o periplo. A lo mejor Michel se había convertido en uno de esos hombres coloradotes, torpes, indiferentes a los demás y a la compasión natural: un hombre apasionado por chorradas, como los demás, como tantos otros. Y, por primera vez desde que lo viera

hace dos horas, experimentó un sentimiento de desprecio hacia Robert. Matthieu nunca había sido buen observador, según Hélène, que le consideraba moralmente muy permisivo, mientras que él se sabía más bien tardo y lento en juzgar, en juzgar equivocadamente. No, Michel seguiría siendo el mismo: le hablaría de la vida, de la muerte y de la muerte de Matthieu como de una peripecia normal pero fascinante, lírica, interesante en cualquier caso. Habría convertido esa enfermedad trivial en materia de reflexión, de discusión, y no en esa incongruencia que le había parecido repugnante en boca de Robert, tan repugnante como su rechazo a admitirla.

Esos seis meses por venir no solamente iban a ser crueles, sino también aburridos. Lo serían, en todo caso, para el Matthieu irónico y lúcido que había visto surgir aquella mañana de improviso, una vez más, cuando todo iba mal. Un Matthieu ágil a quien irritaría tanto ese Matthieu enfermo, doliente y quejoso, como el Matthieu estoico y heroico. O el Matthieu forzosamente primario que desvelaría la enfermedad y que le avergonzaría. O el joven arquitecto simpático y canceroso, juerguista y mentiroso, tolerante y cobarde, sentimental y egoísta. ¿Quién hubiera querido ser, después de todo? ¿Picasso? ¿Talleyrand? Nadie. Nadie, sino él. Esto podía parecer el colmo de la pretensión, pero sólo se refería a un Matthieu amado siempre por Mathilde, es decir, un Matthieu mejor, más dotado, más feliz.

¿Se habría cansado de Mathilde? No, sin duda. Cada instante de su relación le pareció en su momento, y le parecía todavía, una explosión de diversión o de placer; en cualquier caso, un instante compartido… Ni la inteligencia de Mathilde, ni su carácter (que, por fortuna se correspondían), ni su gusto por el exceso hubieran podido cansarlo. ¡La habría amado siempre! Lo que más impresionaba a Matthieu no era el hecho de que después de todo ese tiempo estuviera tan seguro, sino que pudiera y quisiera creerlo aun cuando, por ansia de felicidad, por necesidad de amor y por rechazo de la nostalgia, se hubiera prohibido sistemáticamente después de su ruptura volver a ver a Mathilde, evocarla, ni tan siquiera soñar con ella. Aun cuando hubiera necesitado el anuncio de su propia muerte para volver hacia ella, hacia él con ella, hacia los dos juntos…

Parado ante un semáforo en rojo que duraba eternamente, Matthieu se repetía todo esto con una convicción lo suficientemente expresiva como para que el conductor del coche de al lado lo mirara con asombro. Fingiendo dirigirse a un personaje invisible del asiento trasero, Matthieu volvió a arrancar de mal humor. ¿Cuándo iba a dejar de comportarse como un hombre normal, un hombre formal, un hombre adulto? ¡Encima ahora! Tenía que dejar de ocultar su estado, tenía que dejar de jugar a los vivos ¡sobre todo a los vivillos! De pronto vio su gasolinera habitual, se paró ante ella, pidió diez litros y, en el momento de arrancar, se inclinó hacia el sonriente empleado —sonriente ahora por la sonriente propina—, al que conocía desde hacía cinco años.

—¡Buen tiempo, verdad! —dijo el empleado, para quien los billetes de banco, desde hacía tiempo, desde siempre, despejaban el cielo.

—Buen tiempo —contestó Matthieu—, pero dentro de seis meses estaré muerto. Me lo han dicho esta mañana.

—¡Venga! ¡Venga! ¡Qué dice usted!…

Seguía sonriendo como si no hubiera dicho nada, incluso más. Debía de tener un montón de buenos clientes bromistas.

—¡Cáncer de pulmón! —insistió Matthieu secamente, intentando mirarle a los ojos.

—Si es verdad, ¡tenga cuidado!, ¿vale? Mi hermana tuvo algo en los pulmones, ¡no fue poca cosa! ¡Venga, siga! ¡Circule!…

Y con paso regio, el encargado del negociado de la gasolina se dirigió a la calzada, sonriendo todavía pero sin entusiasmo y, con el gesto augusto del sembrador, hizo volver a Matthieu y a sus pulmones a la marea de coches. ¡Que le aplastaran no le convencería! Tampoco le enternecería. Matthieu arrancó haciendo rechinar sus neumáticos, menos furioso contra el empleado de la gasolinera que contra sí mismo. ¿Qué había esperado? ¿Que ese vertedor de gasolina vertiera también lágrimas? ¿Que empapara su mono con su llanto? No era un cliente tan asiduo ni tan íntimo como para que ese empleado se conmoviera por la desaparición de un cliente que hacía visitas bimensuales. Además, ¿qué comerciante iba a echarle de menos? Vivía como un nómada, se vestía aquí y allá, frecuentaba diez bares diferentes, conseguía sus cigarrillos en cualquier parte. Sus bienes de consumo se los compraban en su

casa. No, ¡ni siquiera era un buen cliente!

Eran las dos. ¿Qué iba a hacer a esa hora? Sonia no estaba en casa, lo sabía. Tampoco Hélène. Tendría que haberse quedado en el despacho y haber hablado con Paul, su segundo, rebosante de amabilidad y de tacto pero también de problemas, en plural y en singular. Además se había jurado a sí mismo guardar el secreto, al menos allí. No, estaba solo. Estaba solo, tenía hambre e iba a darse una comida gastronómica de hombre solo. Matthieu no era *gourmet* por naturaleza, pero, por una vez, lo sería. Tenía que descubrir antes de su muerte todos los placeres que había descuidado: los de la mesa, por ejemplo, a la espera del de los chicos… Pero después de haber dudado entre tres o cuatro lugares de moda, se dirigió a uno de sus restaurantes habituales en Montparnasse. No comería a la perfección pero tendría la simpatía indolente, la afectuosa acogida del *maître*. Este sí que a lo mejor le echaba de menos… André, devoto jefe del restaurante Le Globe: ¡A eso había llegado! A buscar por todo París unos ojos que le lloraran. Matthieu se sentía humillado y culpable, los dos sentimientos que menos conocía y cultivaba.

Tenía ganas de hacer una cosa ridícula y no podía quitársela de la cabeza. Así pues, bajó la escalera que llevaba a los lavabos y al teléfono. Una escalera de losetas oscuras, húmeda, mal iluminada, como todas las escaleras de las tascas parisienses. ¡Cuántas veces había bajado silbando aquellas escaleras! ¡Cuántas veces se había encerrado en una cabina telefónica para hablar o intentar hablar con alguien a quien amaba, o con quien quería trabajar, o divertirse! Cuántas veces… ¡Oh, no!, tenía que dejar, de una vez por todas, de transformar su vida o los recuerdos de su vida en un balance largo y repetitivo. Entró en los lavabos que estaban separados del pasillo por una puerta principal, sin cerrojo. Para que no le molestaran, agarró una silla y bloqueó con ella el picaporte. Se desnudó el busto rápidamente y colocó su chaqueta, su camisa, su corbata, sobre la silla. Cuando alguien llamó a la puerta, dos, tres veces, respondió: «¡Ocupado!», con una voz violenta que resultó eficaz.

Encima del lavabo había un gran espejo iluminado con neón y

Matthieu se miró. Vio a un personaje verdoso, poco seductor. Primero su mirada se deslizó rápidamente por el rostro y, después del cuello, se detuvo en el pecho. Matthieu se contempló. Se encontró feo. Matthieu encontraba feos a todos los hombres desnudos, y su sexo ridículo (incluso encontraba casi perversa la admiración, el onirismo y el respeto que algunas mujeres mostraban hacia aquel objeto poco dócil y sin gracia). Miró la superficie que se suponía recubría su corazón, intentando ver los latidos bajo la piel, y acabó por detenerse en un lugar preciso, es decir, entre las primeras costillas, bajo la tenue línea de vello dorado que se deslizaba hasta su ombligo. En aquel preciso momento, una bestia, un pulpo, un insecto cruel, vivía, crecía, desarrollaba solapadamente sus garras, su mandíbula. En aquel preciso momento, en la negrura de los órganos, en el oscuro y sangriento magma de su cuerpo, aquella cosa infecta, obstinada, invencible, estaba destruyéndole, arrebatándole el sol, el viento, la belleza, el placer, su futuro y también su pasado. Su pasado que ya era ignorado por todos sus allegados, aparte de una tía de provincias a quien no quería, su pasado que iba a desaparecer con él y la conciencia que tenía de él. Todos los Matthieu, ya se tratara del niño pequeño, del adolescente granujiento o, más tarde, del joven ávido, del adulto seductor y del arquitecto entusiasta, todos aquellos Matthieu iban a morir. Ahí. Era ahí. Y Matthieu alargó su mano vacilante, colocó su índice contra su corazón, el lugar donde se suponía que estaba su corazón, y le hizo describir un círculo en torno a ese punto estratégico. En aquel momento pasaba sobre la bestia, tal vez estaba haciéndole sombra, la presionaba un poco, quizá la asustaba y, con una especie de exclamación furiosa, Matthieu se dio un golpe tan violento en los costados que se le cortó la respiración.

Tosía, temblaba, transpiraba como si llevara dos asaltos boxeando. Se volvió a vestir lentamente, muy lentamente, sin escuchar los golpes que daba a la puerta el mismo cliente, en el colmo de la urgencia y de la rabia. Y, sin verlo, abrió la puerta y pasó delante de él. Al pasar, se empapó, se dio unos cachetes con un gesto automático y volvió a subir la escalera, todavía sofocado. Sólo cuando llegó a su mesa, al reunirse con su *maître* favorito, su espíritu recuperó cierta vivacidad.

—¿Está usted solo, señor Cazavel?

—Siempre estamos solos —contestó Matthieu sonriendo. Y se sentó en una mesa para cuatro no sin cierta satisfacción.

La mesa daba sobre la avenida y el sol la golpeaba al bies a través del espejo. Estaba solo, en efecto, pero porque quería estarlo. No tenía más que haber telefoneado a su casa o a casa de Sonia al salir del médico, o a cualquier otro sitio, y en aquel momento estaría rodeado de mujeres enternecidas, emocionadas y solícitas. Desgraciadamente había tenido la idea funesta de ir a ver a su gran amigo Robert…, y el sarcasmo le deformó la boca. En cualquier caso, había dado un precioso paseo por las orillas del Sena, del otro Sena sin monumentos ni recuerdos, y en sus muelles un camión estuvo a punto de acelerar, incluso de detener su futuro martirio. Salía de un ataque de narcisismo *que le avergonzaba*. Tal vez era un reflejo normal en su situación, pero se negaba a admitirlo. Lo rechazaba. Rechazaba perder el control. Pelearía contra ese horror, aunque fuese con engaños. ¡Qué más daba! Sólo tenía seis meses de vida. No iba a perderlos en el espanto, en esta horrorosa certidumbre de su desaparición. Se dedicaría ahora, como siempre, a las alegrías, aunque fuesen menores, que le había otorgado su propia alianza con este planeta. Se prohibiría este terror a la muerte, así como, con mayor o menor éxito, se había prohibido echar de menos a Mathilde. No iba a arruinarse *la vida*.

El *maître* le sirvió a Matthieu su vino favorito, un muscadet ligero, suave, inodoro, y éste vació su vaso lentamente, a sorbitos, con los ojos semicerrados. Una mujer situada frente a él lo miraba con ojos llenos de envidia y de placer, como se mira a un animal feliz; como quien mira a otro ser feliz.

Después de haber bebido dos cafés bajo un sol envasado, y de haber intercambiado algunas frases acertadas con el servicial André (era demasiado afable para que Matthieu le abrumara con sus problemas), decidió marcharse. Sonia no volvería a su casa hasta dentro de una hora; la casa de modas no la soltaría hasta que hubieran terminado sus pases, a veces repetidos para algunos clientes. Después de haber desfilado, hierática y altiva, con su porte y su expresión de emperatriz de vuelta de todo, Sonia volvería para jugar a las niñas pequeñas, hacerse una bola en el sofá y gimotear con voz infantiloide (Matthieu tuvo que enfadarse seriamente para

no cohabitar con animales de peluche). Dentro de seis meses podría volver a comprarlos, eso quizá la consolaría de la muerte de su «Gran Osezno» (actual nombre de batalla de Matthieu).

¿Qué hacer mientras tanto? El cine le parecía imposible; si veía un drama no era conveniente que se interesara por las desgracias de los personajes; y si daba con una comedia, había pocas posibilidades de que se desternillase de risa ni con las mejores bromas. Sobre todo, era imposible, impensable, que confiara a ningún director de cine un tiempo tan precioso. Como tampoco se trataba de ver películas policiacas, o de la serie B, o de los años cincuenta. ¿Quería eso decir que iba a precipitarse sobre Proust, los museos o a enzarzarse en inconcebibles bacarás? Tampoco. Rechazaba las cosas pequeñas, pero no se interesaba por las grandes. Iba a ser divertido, seis meses de esta vida intermedia. En realidad lo que necesitaba, pensó Matthieu, una vez que hubiera contado todo a sus dos mujeres, lo que necesitaba, sobre todo, era hablarse. Hacía mucho tiempo que no había pasado tanto tiempo consigo mismo, y tenía que confesarse que experimentaba un curioso placer, curioso en esas condiciones, un placer modesto y frágil, pero más bien reconfortante. Esa era la palabra: «reconfortante». Se aguantaba bastante bien a sí mismo; se soportaba sin demasiada condescendencia y apreciaba incluso sus desvíos, sus rodeos ante la verdad. Como si de repente hubiera habido una tregua o un acuerdo entre su yo vulnerable y ese eco burlón que oía por detrás, como si alguien se hubiera instalado detrás de la serie de simulacros llamados Matthieu Cazavel y le devolviera cierta coherencia y alguna vida. «¡Como si la muerte me reviviera!», se dijo en voz alta y se puso a reír por lo ridículo, lo melodramático de aquella frase. Y a pesar de que rió y habló completamente solo en medio de los transeúntes, nadie se volvió a mirarlo con los ojos abiertos. «Por lo menos no han reparado en mí», se dijo, ¿era acaso que por fin empezaba a reírse del qué dirán? ¡Ya era hora!

Pues bien, si podía convertirse en alguien coherente, también era posible que se convirtiera en alguien consciente, por ejemplo, de su futuro próximo. ¿Cómo iba a ocurrir? ¿En qué condiciones? Ni hablar de sufrir. Tanto el Matthieu sentimental y tierno como el Matthieu cínico y juerguista, cuyo dúo alternativo él mismo seguía

en su propio personaje —tal vez para darle un toque mordaz—, eran igual de blandos. Además le parecía que de vez en cuando aquellos dos Matthieu, aquellas estampas de libro, estaban un poco diluidos por la fuerza de los acontecimientos y eran sustituidos por una silueta, un esbozo de Matthieu, un perfil en torno al cual las balas silbaban sin alcanzarlo. Un individuo bastante agraciado y bastante flexible, ya que hasta ese momento desconocía las bravuconadas y los alaridos asociados generalmente a esos combates. Era como si una réplica de sí mismo se hubiera instalado en su lugar, una réplica tal vez más justa o más acertada que su modelo inicial y, llegado el caso, más necesaria que las demás copias.

Pero este personaje ágil y discreto también sería de una gran cobardía ante las pruebas físicas, en particular las previstas. Matthieu formaba parte de esos individuos que andan tres kilómetros con una pierna rota y braman si una avispa se les pone encima. Esperar el dolor no era su fuerte. ¿Qué iba a hacer? ¿Y quién iba a ayudarle? Matarse, por supuesto, ¿pero solo, tan solo?

Matthieu recordó que, en su juventud, él y dos o tres amigos de su edad juraron de la manera más seria y formal hacer lo necesario en caso de enfermedad o impotencia. Se trataba de los Dambiez y de él mismo, a los diecinueve años: el hermano y la hermana Dambiez, de quienes fue inseparable durante casi dos años. Después, Claude murió precisamente de un cáncer. Murió, como decían entonces los periódicos, tras una «larga y penosa enfermedad». Ya habían pasado cinco años. Pero en la primavera de aquel año, Claude pesaba veintinueve kilos, se le había caído el pelo y estaba hundida en la cama, temblando sin cesar. Ni su hermano ni él la ayudaron a morir porque incluso cuando hablaban a solas, ella seguía haciendo proyectos para el invierno siguiente: alquilar un chalet, entrar a trabajar en una empresa… En una palabra, vivía. Vivía un porvenir ilusorio, por supuesto, que aliviaba o desgarraba a sus allegados, desamparados y perplejos. Claude sufrió sobre todo durante los cuatro últimos meses y, más de diez veces, Matthieu estuvo a punto de preguntarle si su juramento seguía en pie. Pero no pudo porque habría sido confesarle que estaba moribunda, y ella no quería saberlo. O ya no quería saberlo. Uno ya no se quiere morir al cabo de unos días de pensar en ello. En realidad no hay

mucho tiempo para matarse. El valor y la lucidez dan paso, muy, muy deprisa, al parecer, a la ilusión y a la esperanza. En cualquier caso, al rechazo de esta simpleza lamentable, de esta trivial negligencia que le hace a uno morir tan deprisa, incluso antes de habérselo pensado.

Es porque después de ese primer día desnudo, tajante y extraño que estaba viviendo hoy, no debía de ser fácil darse de narices con la propia muerte. Tal vez los primeros ataques del sufrimiento te ilustren sobre lo que sigue con la suficiente precisión como para rechazarlo. Ese día hay que controlarlo todo y no gastar tu determinación en intentar convencer a un médico o a un farmacéutico, incluso a un armero, para que te saque del apuro. En el peor de los casos, se repetía Matthieu, tenía su vieja escopeta de caza…, pero se la había prestado a su cuñado —vaya imbécil, también ése—, que se pasaba el tiempo pidiéndole todo prestado. Tendría que recuperarla. Era coherente, estaban en septiembre y se levantaba la veda.

Pero no debía de ser muy cómodo lo de la escopeta de caza. Recordó haber leído que había que disparar con el dedo gordo del pie, pero si ya era torpe con las manos, con sus pies podría destruir el maravilloso mobiliario de Hélène… También se puede atar al gatillo un hilo que vaya de la puerta al asiento… ¡Dios sabe qué…! Lo principal consiste en que el cañón apunte a donde hay que apuntar. Era curioso que sólo concibiese la perspectiva de su suicidio, toda esa porquería que originaría, en casa de su mujer. Era su propia casa, por supuesto, pero moralmente era la casa de su mujer. Exclusivamente. Como una especie de deber conyugal, uno más, «*the last, but not the least*», hubiera dicho Gaubert, el bilingüe. Matarse en casa de Sonia habría sido la más flagrante y odiosa de las infidelidades, la última prueba de una preferencia a la que, en definitiva, Sonia renunciaría con gusto. (Y Hélène también, porque ambas mujeres tenían en común un gran respeto, una fuerte estima por su «interior»). Hélène tenía razón al reprocharle que a ella le tenía reservado, desde siempre, ese «peor». Lo peor. ¿Era eso lo peor? Un hombre que se mata donde ha vivido… En cualquier caso, se habría encontrado a disgusto en cualquier otro sitio… La clásica habitación de hotel le parecía espantosa por su soledad y su convencionalismo; el lugar de suicidio reservado a los huérfanos…,

pensó Matthieu. Siempre había aplicado una precisión extrema a sus proyectos más insensatos y tratado de forma difusa los asuntos más serios. Evidentemente, éste era un proyecto insensato porque, incluso en un caso como el suyo, el suicidio tenía algo de provocador ante la sociedad. Era un delito de fuga, un desafío, un rechazo de los demás, un último gesto de independencia y, por ello, era narcisista, luego, en último extremo, pretencioso. Pero a Matthieu le importaba un bledo, francamente. Se mataría si pudiera hacerlo, si quisiera hacerlo; si fuese lo suficientemente valiente como para superar su miedo a morir o, con más exactitud, si le diera suficiente miedo lo que iba a tener que vivir. Mañana buscaría morfina, una jeringuilla, ampollas. Pero esta vez no podría evitar el pinchazo, y sospechaba que la escopeta, demoledora o no, acabaría por imponerse.

«*Maintenant tu marches dans Parts, tout seul parmi la Joule*…»[1]

¿De quién era ese verso? Sí, de Apollinaire. Era ese fragmento de «Zona» que precedía a la «La canción del mal amado», menos conocido pero que a él era lo que más le gustaba de *Alcoholes*:

«*Des troupeaux d'autobús mugissants prés de toi roulent*…

»… *L'angoisse de Vamour te serre le gosier comme si tu ne devais jamais plus être aimé*…»[2]

… No volver a ser amado… Nunca más volvería a ser amado… En aquel momento había una joven algo tonta que creía amarlo… Y que le amaba, ¡después de todo daba igual! También era amado y odiado, por la fuerza de la costumbre, por una mujer de su edad a la que había hecho sufrir sin querer; pero tampoco sin querer que no sufriera. Su vida sentimental era así. Un juego inútil, más o menos alegre. «Por mucho que recurras a Apollinaire, no es más que eso.» «Además», pensó, «¿cuántas personas citan a Apollinaire para adornar u ocultar una existencia desprovista de cualquier sentimiento?» Al menos él había amado y había sido correspondido durante algunos meses. Ya era algo. ¿Ya era eso? ¿Diez, doce meses?… Era muchísimo si pensaba en la vida de algunos hombres, según sabía. Por ejemplo, no había más que ver cómo reaccionaban los hombres de su edad ante una mujer muy bella: reían, intercambiaban miradas de arrobo y de complicidad, señales de satisfacción, ¡incluso de felicitación! Cuando la vista de aquella mujer, de su belleza, para ellos inaccesible, tendría que haberles

hecho palidecer de envidia y de nostalgia, como le pasaba a Matthieu. Por otra parte, en ningún sitio, ni en un museo ni en un salón, la belleza le había hecho reír, ni llorar, ni reflexionar. La belleza siempre le había detenido, inmovilizado. Y después, lleno de deseos y de furor reprimidos, se apartaba de ese cuadro o de esa mujer, a los que un destino imbécil mantenía alejados de él.

Capítulo quinto

Así como antes le había sido vital telefonear a Mathilde, ahora, que estaba justificado, esta urgencia había desaparecido. Se había convertido en una esperanza como cualquier otra, una especie de deber hacia el Matthieu sentimental y nostálgico, hacia el sensible, soñador y vulnerable Matthieu supuestamente oculto tras del juerguista y cínico Matthieu, ese escudo, esa máscara.

Mientras tanto, deambulaba por París sin saber muy bien adónde ir. Sabía que Mathilde había cambiado de dirección hacía diez años. Se había mudado de la Rue de Vemeuil a la de Tournon; había abandonado la orilla baja del Sena por las laderas de los Jardines de Luxemburgo: en una palabra, había cruzado el Boulevard Saint-Germain. Y Matthieu se la imaginaba con su amplia bata ribeteada de piel, los pies desnudos en sus chinelas, sus chales en torno al cuello, cruzando el Boulevard Saint-Germain, seguida de una cohorte de amantes —los que conocía, los que no había conocido y los que todavía no conocía— doblados bajo el peso de las maletas, y la marea de automóviles deteniéndose ante ellos en el bulevar como el mar Rojo ante los hebreos. Y Matthieu se asombró, algo más tarde, de encontrarse en la Rue de Toumon —donde había un sitio, como por casualidad— ante un portal, posiblemente el de Mathilde: un nuevo portal hasta el que él no había decidido ni intentado llegar. Estaba estacionado ante aquella entrada de carruajes, al descubierto, y se asustó: ¿y si fuese ahí, y si saliera y le viera, de qué iba a tener aspecto, cómo podría llamarla después? Porque era más tarde cuando quería reunirse con ella. Más tarde: después de Sonia y después de Hélène. Después de sus otras mujeres: esas segundas mujeres, esas comparsas, esas copias de la feminidad a las que había desposado, a las que había intentado amar o querer después de ella… Estaba volviéndose zafio, pensó. Estaba volviéndose falso y brutal, infecto. Lo exageraba todo. Puso

en marcha el coche y se dirigió a la casa de Sonia. Se pararía y la llamaría desde la calle, porque Matthieu nunca había ido a casa de una mujer, aunque fuese su amante oficial, sin telefonearla. Primero por cortesía y, después, por miedo a las escenas. El papel de hombre engañado era el papel que más le aburría en el mundo y prefería desempeñarlo sin saberlo a tener que descubrirlo. «En una palabra, soy un cobarde», se dijo, «un cobarde y un vanidoso.»

Hacía mucho tiempo que, salvo alguna urgencia, Sonia sólo trabajaba por la mañana en la casa de modas y salía regularmente hacia la una de la tarde. Esto permitía a Matthieu unas siestas voluptuosas, calificadas de comidas de trabajo en la oficina, de donde salía a la una para volver justo antes de las cuatro, sonriente y distraído. Adoraba aquellas primeras horas de la tarde robadas al deber, robadas al trabajo, robadas al tiempo habitual de los demás humanos. O, al menos, las había adorado. Porque se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no pasaba por casa de Sonia a primera hora de la tarde, que ni tan siquiera pensaba en ello y que ya no le satisfacía especialmente. Ahora, esas primeras horas de la tarde le parecerían toscas, premeditadas. Precisamente porque las noches están hechas para los amantes, aquellas estancias parecían de vodevil. Ya no le apetecían. Por supuesto, cuando salían juntos por la noche, se quedaba con Sonia, pero sus necesidades amorosas se limitaban a eso. ¿Quería esto decir que estaba envejeciendo? ¿O que Sonia le gustaba menos que antes? Ambas hipótesis, que el día anterior aún le habrían preocupado, le parecían ahora bastante fútiles. Era el primer aspecto positivo, el primer distanciamiento afortunado que podía atribuir a su nuevo estado. Seguramente habría más.

Pero, cuando llegó ante la casa de Sonia, se preguntó cómo iba a darle la noticia. Había una floristería en los bajos de su casa, de la que Sonia había disfrutado durante todos aquellos años, y Matthieu pensó confusamente en comprarle unos crisantemos; incluso en abrirle, por anticipado, una gran cuenta de crisantemos para que no se arruinara por él y por su tumba. Desgraciadamente, Sonia era totalmente capaz de poner los crisantemos en un florero y extasiarse ante ellos como si fueran rosas. «La alusión tiene que ser muy

clara», se dijo, riéndose de sí mismo y de sus ideas ingeniosas. ¿Por qué no regalarle mejor un pequeño itinerario marcado que la condujera desde su apartamento de Saint-Augustin hasta el cementerio de Montparnasse, donde, según él creía, su familia todavía tenía una concesión? También sería ligero y de buen gusto. Matthieu no había leído demasiados manuales de urbanidad, pero dudaba de que hubiera algún capítulo titulado: «Cómo anunciar a su amante que va a quedarse sin amante —o al menos el mismo— dentro de seis meses». Mientras tanto, mañana mismo tendría que ocuparse de su situación material y decirle hoy que ya lo había hecho. Las mujeres son temerosas en este aspecto aunque sean muy jóvenes y aunque representen *Su vida íntima* entre diez pretendientes.

Matthieu acabó comprando una veintena de rosas, como de costumbre, esas rosas de color rosa pálido que le gustaban a Sonia, intentó telefonearla tres veces y como estaba siempre comunicando, subió a su casa y llamó. Sonia abrió la puerta; Matthieu vio a un joven sentado en una butaca, vestido con unos vaqueros y una de esas parkas incoloras que a Matthieu le horrorizaban. Intercambiaron una sonrisa idiota, molesta, que por un instante alivió a Matthieu. Algunos reproches, incluso inmerecidos, le descargarían de su culpabilidad. En efecto, y aunque esto le pareciera extravagante, se sentía culpable de tener que anunciarle su propia muerte. La privaba así de un componente de su vida con el que ella contaba y al que estaba acostumbrada. Y ser al mismo tiempo heraldo y héroe de su desgracia representaba para Matthieu un papel aplastante, desagradable y muy poco acorde con su gusto por lo liviano.

Sonia estaba rosa de placer ¿o de confusión? ¿Cómo saberlo? En cualquier caso, hacía arrumacos y ronroneaba visiblemente. Siempre le habían gustado los papeles convencionales. Incluso con locura. Y este papel equívoco —o que podía serlo, o que lo era— la complacía en extremo. Por su parte el joven tenía un aspecto distraído, casi aburrido, nada proclive a posibles voluptuosidades. Para colmo —pensó Matthieu— llevaba una ropa tan ajustada, debía de necesitar tanto tiempo para quitársela, en particular para arrancarse esos vaqueros, que antes de lanzarse a cualquier escarceo amoroso o deportivo tendría que pensárselo dos veces.

Así pues, Matthieu se sentó en un sillón panzudo y extendió sus piernas mirando al chico con aire benevolente. Decían que esta generación se quejaba amargamente de que la generación anterior no quería cederles el sitio. Pues bien, estos muchachos tendrían que llevarle en hombros a él, Matthieu, porque despejaba el terreno con apenas cuarenta años.

Se oyó a sí mismo deplorando por unos instantes la locura furiosa de la moda, las inconsecuencias de la prensa especializada y, de pie, para estrechar la mano del joven, diciéndole expresivamente: «¡Hasta la vista!». Cuando Sonia volvió, también se vio estrechándola en sus brazos y acogiendo aquel cuerpo flexible y cálido contra su propio cuerpo, sus cabellos finos contra su mejilla, la cadera derecha de la mujer y el resto de su cuerpo contra su cadera y su pierna izquierdas, apoyándolas como el bailarín inmóvil y salaz que a veces se sentía ser, de pie, contra una mujer consentidora. Sonia reía. Reía y Matthieu se decía con un sentimiento de vergüenza que dentro de poco ya no reiría, que incluso sufriría y que lo único que podía esperar era que sufriera muy poco. De todos modos, él sería responsable de la débil intensidad de su pena: ya fuese por no haber hecho nada para que ella lo amara realmente, ya fuese porque no era digno de ello. Si deseaba que estuviera algo desesperada por su muerte, era puro egoísmo por su parte. Matthieu se lo reprochaba, porque si había algo de lo que pudiera jactarse, en esa comedia más o menos inteligente que había sido su vida sentimental, era de haber detestado siempre, contrariamente a muchos hombres, hacer sufrir a una mujer aunque fuese la suya.

¿Pero iba Sonia a reprocharle algún día el que no la hubiera hecho sufrir lo suficiente? ¿Que no hubiera compartido con ella el pequeño infierno de la convivencia? Sonia sólo habría conocido de él lo mejor (¡si podía decir *lo mejor*!). Lo que él le había dado era lo más ligero, lo más agradable de su vida corriente.

¿O sería Hélène quien más sufriría? Hélène, a quien también había dado lo peor. Hélène, que ya sólo recordaba ese peor. Pero estaba equivocada. Matthieu no le había dado ni lo uno ni lo otro. Porque en realidad en él no existía lo peor. No había nada que fuera peor. No había sino lo menos bueno, o lo más desagradable. Además, de todos modos, habían tenido el uno del otro una buena

ración de lo mejor, aunque ella lo negara en la actualidad.

¿Debería callar quizá? Por una vez, mentirlas por el bien de ellas y no por el suyo. Callarse. Pero Matthieu ya sabía que reventaría dentro de seis meses. Además, algún día se enterarían de todo y entonces pensarían que él las había mentido desde el principio, incluso sobre ese tema. Pensarían que no las había necesitado, que no había confiado en ellas para consolarle aunque ellas no quisieran hacerlo. ¿Cuántas personas se ofenden porque no les has pedido un favor que te habrían negado de todos modos? No, eso no serviría de nada. En cualquier caso —le sopló, siempre alerta, el juerguista metepatas llamado Matthieu—, en cualquier caso hay que decírselo a las dos el mismo día, eso sobre todo. Y pensó con melancolía que sería mucho menos intenso y menos placentero tener que repetir, en el mismo día, una escena de este estilo. ¡Sería una chapuza! En fin, al menos estaría demasiado confundido por la avalancha de emociones (porque estaría espantosamente emocionado, de eso estaba seguro) como para compararlas.

Además, no valía la pena contarse historias o imaginarse cualquier tipo de alternativa: no la había. Desde esta mañana sabía que iba a morir pronto y se precipitaba hacia sus mujeres para que lo consolaran y le ayudaran a pensar en otra cosa que no fuera en su miedo. No iba a intentar, a su edad, modificarlo todo, invertirlo todo. Existía un código, unos usos, les sería fiel.

Era verdad que lo horroroso no consistía en morir dentro de seis meses, lo horroroso consistía en saberlo. Era verdad que la pena de muerte era efectivamente un atroz e injustificable castigo. Era verdad que su médico era un gilipollas.

«¡Vaya gilipollas!», musitó. De pronto, se echó a reír.

—¿Hablas solo?

Efectivamente. Estaba empezando a chochear. Había llegado el momento de salir de escena.

—Tengo que hablarte —dijo atropelladamente.

¡Ya está! Había cumplido con su deber. Ella compartía su vida desde hacía dos años, la vida y la cama, con un placer y una alegría siempre renovados, aparentemente. No se atrevía a alejarse de ella.

—¡Pobrecita mía! —exclamó.

Y de repente se le llenaron los ojos de lágrimas y escondió su nariz entre los cabellos de Sonia, con los ojos cerrados.

—¡Pobrecita mía!

Con incrédula desolación se veía llorar sobre ella, llorar sobre sí mismo. El chiquillo confiado, el joven vulnerable y abierto que había sido, todos esos Matthieu sólo conducían a esto: este castigo, este dolor y este salvajismo. ¡Qué maldad! ¡Qué crueldad! ¡Qué estupidez! Una especie de espasmo sentimental lo ahogó, lo desgarró, se desgarró en él, de él, como se desgarra algo pegado a la piel. La sangre se retiró de su garganta que se le agarrotó y le impidió ver, oír. Algo que estaba íntimamente vinculado a él, como nada lo había estado antes, sufría terriblemente y se revolvía contra él. Todo su cuerpo se había rebelado, enfermo y ebrio de terror. Era un dolor solitario, explosivo y justificado que se retiraba a sus miembros, a sus manos. La luz iba apagándose. Y con este espasmo, con este largo y odioso sollozo, con esta separación íntima e incompartible consigo mismo, Matthieu se confesó que cedía al dolor. Que este dolor nunca sería borrado. Aunque viviese cien años. Que a partir de ahora habría en su vida el periodo de «antes» de este instante, y «después» de este instante.

El instante en que se doblegó ante la verdad y la fuerza de su muerte con furor, con desagrado y odio, con la rabia impotente y la desesperación de padecer *eso*; ese instante en que cedió a la oleada de sensaciones hostiles que él ignoraba, que detestaba, que nunca había dejado que se desarrollaran en él. Pero que de repente se le habían agarrado a la garganta de verdad, se habían proclamado suyas y serían sus peores enemigas durante los seis meses que le quedaban por vivir. Sintiendo náuseas, Matthieu gimió: «¡Oh, no!», con la impresión de entregar el alma. Y soltando el cuerpo de Sonia y no sabiendo dónde sujetarse, se rodeó el cuerpo con sus brazos.

—Estás enfermo —dijo Sonia, siempre tan perspicaz.

No era en modo alguno una pregunta: empujó a Matthieu al sofá donde ella también se echó, pero inclinada sobre él, por encima de él, escrutándole con una mirada ya asustada.

—Estás enfermo, Matthieu. ¿Qué te pasa? ¡Matthieu, sé que estás enfermo!

Matthieu la miraba desde abajo. Miraba ese hermoso rostro, esos bonitos ojos, esa bella nariz, esa encantadora boca, esos dientes tan blancos. La miraba diciéndose que era una lástima que no estuviese loco de amor por ella. Una lástima y muy injusto. Y también muy

cómodo. Porque, ¿cómo habría podido resignarse, si encima hubiera estado loco por ella, a dejar ese rostro? En su confusión, Matthieu sonreía a Sonia, intentaba calmarla, tranquilizarla, no tanto sobre su salud como sobre los sentimientos que experimentaba hacia ella.

—¡Contéstame! —dijo—. ¡Matthieu, por favor, contéstame!

Y de pronto se echó sobre su hombro y se puso a llorar. «¡Aún no le he dicho nada y ya me está llorando!», pensó Matthieu, o más bien se lo reprochó. «¡Debo de tener un aspecto muy lúgubre con tanto misterio!» Por supuesto, sus lágrimas le conmovían, pero le habría gustado, antes de que las derramara, que hubiera demostrado una curiosidad más meticulosa, incluso más incrédula. Se sentía obligado moralmente a justificar aquellas lágrimas incondicionales.

—Es un feo tumor en el pulmón —dijo.

Sonia recuperó el aliento, se enderezó, se sentó sobre el sofá junto a él, doblando las piernas sobre sí misma.

—Habría tenido que huir de ti, —soltó por fin con una voz temblorosa—. ¡Doy mala suerte! Mira, acuérdate: hace dos años… ¡mi madre! El invierno pasado: ¡Anne-Marie! Y hoy… ¡tú! ¡Ah, no! ¡No lo soportaré! ¡Es demasiado, demasiado!

Y volvió a llorar. Aparte de lo desagradable de saberse miembro de una asociación de la que hubiera huido tanto con buena salud como moribundo, Matthieu se veía ahora como uno de los factores pasivos de la pena de Sonia y no ya como su único sujeto. «¡No, si voy a tener que compadecerme de ella!», pensó y se molestó:

—Te juro que nunca he soñado con reunirme con el alma de tu madre y de tu mejor amiga —dijo arrastrando la voz.

¡No, si dentro de poco iba a acabar por sentirse culpable…!

—Pobrecito mío —dijo ella rápidamente—, ¡y yo que me quejo! Dime, ¿estás seguro de que no sufres?

—No, no, en absoluto. De todos modos, durante tres meses me encontraré muy bien.

—¡Y claro, los rayos X, las quimioterapias y todo eso no sirve para nada! —dijo Sonia amargamente, borrando de un plumazo los recientes descubrimientos de los cancerólogos junto a algunas victorias sobre la enfermedad, más o menos brillantes o perdurables, que comentaban con orgullo la televisión y los

periódicos. No, Sonia admitía en el acto que él tenía el más grave e incurable, el más definitivo de los cánceres. Lo que sabía del gusto por los extremos de su amante debía de corroborárselo.

—En efecto, los tratamientos no funcionarían muy bien —dijo él —. En fin, por el momento, no es posible.

—Escucha, la idea de verte calvo…, delgado y amarillento, es que…, es que… no, ¡no podría soportarlo! —gritó Sonia volviendo a derrumbarse sobre el sofá—. ¡Tú no!, ¡tú no! —seguía gritando, y Matthieu se sintió confuso, aunque halagado, porque su encanto físico no le permitiera, al menos en el plano estético, sobrevivir a sus cabellos y a la frescura de su tez.

—¡Yo te habría cuidado! ¡Lo sabes! —gimoteó Sonia.

Matthieu la miró, algo incómodo. Estaba abotargada, inundada de lágrimas, tenía los ojos perdidos de agua, la boca desencajada. En las grandes ocasiones no estaba muy guapa, no… ¿Pero quién lo estaba?

—¿Están seguros de que no puede hacerse nada? —volvió a preguntar Sonia, aunque más para descartar esa posibilidad que por una loca esperanza. A Sonia, en su tontería específica, siempre le habían gustado las soluciones contundentes, aunque muchas veces estas últimas hicieran que destacara más lo primero.

—¿Cuánto tiempo? —le susurró al oído, muy bajo, como una obscenidad o un secreto que algún dios malvado e impaciente, oculto bajo su sofá, estuviese dispuesto a rectificar o a desvelar.

—Seis meses, de los cuales tres sin problemas —respondió Matthieu, quien, para su sorpresa, después de la violenta sacudida de minutos antes, empezaba a aburrirse un poco y miraba con más interés que sensibilidad las reacciones de su amante.

—No nos separaremos durante esos meses —dijo ella—, ¡júramelo!, me darás todo tu tiempo, ¡júramelo!

—¡Por supuesto! Por supuesto que te veré. Yo mismo tendré más tiempo —dijo al azar, ignorando en realidad si mentía o no. Le parecía que lo más duro ya había pasado y que, después de esta escena, la vida iba a ser como antes, en aquel pisito tan femenino.

—Y podrás…, ¿podrás amarme como antes? —preguntó Sonia bajando los ojos.

Aunque tranquilizado, después del desplante de la enfermera, con respecto a la posible aversión de Sonia a la enfermedad,

Matthieu se sintió un poco como esas mazorcas que se comen grano a grano, hasta la raíz. Sin embargo, la conversación continuaba a tontas y a locas. Sonia empezó a gritar:

—¿Qué voy a hacer sin ti? —exclamó en un momento dado, agarrando a Matthieu por el cuello y mirándole fijamente. Y Matthieu vio alzarse en sus ojos las películas amarillentas no del pasado sino del futuro: las veladas que Sonia pasaría junto al fuego, sin hombre, las veladas en las que estaría sola en los cócteles, las veladas en las que se metería sola en su cama, etcétera. Veladas improbables, por otra parte, dado su físico, pero que, en ese corazón algo bobo, aparecían así y a él le enternecían con su melodrama. Fingió no entenderla para tranquilizarla.

—No te preocupes por tu futuro —dijo Matthieu—, ya me he ocupado de todo. No voy a dejarte perdida y desarmada sobre esta tierra, pequeña.

—¡Claro que me dejas perdida! ¡Claro que me dejas desarmada! —sollozó Sonia.

El interés no era realmente su principal motivación, pensó Matthieu con una especie de reconocimiento entristecido. No, ella lo amaba por él mismo. Ella lo amaba poco y mal, pero lo amaba por él mismo. Y sería realmente a él a quien Sonia añoraría, al principio, en su gran cama. Al principio… Hasta que la decencia, o las ganas, le permitieran sustituirle por otro hombre, sensual y sano y, como él, cautivado por sus encantos. No, aunque relativamente modesta y sin grandes pretensiones, Sonia sabía que su cuerpo era completamente capaz de alimentarla todavía durante mucho tiempo y, en este sentido, no necesitaba a Matthieu para nada.

—¡Tú eres el que te vas! ¡Yo soy la que se queda! ¡El sufrimiento será mío!

—También mío.

—¿Físicamente? ¡Sé lo que es eso de *físicol*! ¡No es nada en comparación! Además, tú mismo lo has dicho, no por mucho tiempo: tres meses… Es totalmente diferente.

—Tienes razón —dijo—. Pero a pesar de todo no estoy muy seguro de que sea tan agradable… Lo que yo quiero es que me digas corriendo…, en cuanto deje de gustarte…

—¡No es necesario que me digas eso!… —Sonia se irguió con una expresión admirablemente cercana al orgullo herido—. ¿Me

crees capaz de fingir, amor mío? ¡Que seas tú quien me diga eso! ¡A mí!… Por supuesto, no me obligaré… ¿Y qué pasa entonces con nuestros recuerdos?

Y lloró con ímpetu redoblado.

Matthieu estaba desconcertado por las reacciones de Sonia y sobre todo porque éstas le divirtieran. Sonia era más egoísta de lo que él imaginaba, y menos interesada. Era más firme y más optimista. En resumen, era menos sentimental, también es cierto, pero más vivaz. En una palabra, Sonia sólo se amaba a sí misma, y, desde hacía dos años, a Matthieu porque le convenía amarlo. No valía la pena complicárselo todo. Sobre todo porque sería perfecta hasta el final. Matthieu se dijo que estaba loco, que no controlaba sus ideas, que lo veía todo al revés y que ya no comprendía nada. En realidad, había empezado a aburrirse de ella muy pronto, pero no quería admitirlo: ¡no era el momento de aburrirse! ¡Lo sabía! ¡Y sin embargo! Sin embargo, tras la reciente sacudida, cuyo retomo temía más que nada, después de esa crisis y, sobre todo, desde que consiguió recuperarse, ser nuevamente dueño de sí mismo —un dueño cruel, pero más cercano a él que el animal enloquecido de hace unos instantes—, desde que sintió ese desfallecimiento convulsivo y desconocido, Matthieu no pensaba más que en marcharse… Y en comprobar, una vez fuera, si ese individuo morboso, aterrorizado y masoquista, se había quedado ahí arriba, lloriqueando y mascullando con ella tiernas atrocidades. Si ese robot quejica sólo resucitaba en esa salita, entre los brazos de Sonia… En cuyo caso no volvería a verla jamás. Pero tal vez sólo se trataba de una de las incoherencias futuras… Tal vez Matthieu había encontrado una de sus siluetas, uno de sus dobles inconscientes y solitarios, molestos y doloridos, que nacerían de su enfermedad y le seguirían, paso a paso, durante los meses venideros.

¿Cuántos perfiles, cuántas imitaciones, cuántos calcos habría como éstos? ¿Cuántos restos de su persona se agitarían y lucharían entre sí en esos enfrentamientos lúgubres y ridículos: muerte-vida, vida-muerte, que inconscientemente empezaba a oponer en sus propias reflexiones? «En fin, ¿para qué estos diálogos a una sola voz?», pensó, irritado. «Soy yo, Matthieu ¡Todavía estoy vivo! ¡Me siento más vivo que nunca! ¡Esta historia no me interesa! No le

encuentro —tampoco lo busco— el menor sentido. Todo lo que sé de ella me demuestra que es lo contrario de lo que a mí me gusta. Es lo contrario de la vida, de mi vida. No me importa sufrir, en su momento, pero no quiero sufrir al azar, bien sea por dolor físico o por una de esas crisis de terror propias de las jovencitas impúberes.» Y Matthieu tuvo ganas de abofetearse. Gimió, con el rostro contraído por el disgusto y la ira, aprovechando que Sonia había ido a buscar una aspirina.

Porque esta escena (como todas las escenas), a pesar de su excepcional gravedad, le había «provocado un fuerte dolor de cabeza». Pero Sonia llevaba ya más de diez minutos buscando sus pastillas y Matthieu llegó a preguntarse, en un ataque de ferocidad, cómo podía doler tan frecuentemente un órgano que se utilizaba tan poco. Era evidente que Sonia no tenía esos dolorosos y frecuentes espasmos por culpa de sus esfuerzos mentales. Matthieu, que hasta entonces había evitado este tema, encontró de pronto que estaba en su derecho:

—Pues no será el uso excesivo de tus neuronas cerebrales lo que las irrita —le aseguró con voz docta cuando ella estuvo de vuelta.

Una voz tan docta que Sonia dudó por unos instantes de la legitimidad de su reacción ofendida. Además, la situación le parecía demasiado grave como para la ironía, incluso procediendo de Matthieu.

—¿Quieres decir que no utilizo demasiado mi inteligencia? ¿Se trata de eso?

—¡En absoluto! Digamos que no intentas rebasar demasiado tus facultades… Conoces sus límites como, por otra parte, yo también, y no pretendes pulverizarlos.

—¿… Quieres decir que soy tonta y estoy satisfecha de serlo?

—¡Querida mía —exclamó Matthieu con los ojos abiertos—, vaya confusión! ¡Querida mía! —Matthieu olvidó al hámster, a Gaubert, el bar y su triste destino: la guasa, casi tanto como el vino blanco, le eximían de todo—… ¡Querida mía! ¡Al contrario! Lo que quiero decir es que utilizas tus facultades sin pretensiones. Lo que quiero decir es que, gracias a Dios, huyes de la abstracción. ¡Y que lo consigues notablemente bien!

Sonia estaba de pie ante Matthieu, con el rostro apaciguado pero con una mirada aún desconfiada, y vigilaba la disolución de sus

pastillas con la seriedad con la que trataba sus «asuntos personales», es decir, todas las pequeñas cosas que ella gestionaba sin su amante, aunque con su ayuda: sus enfermedades, sus seguros, su alquiler, sus impuestos. Una multitud de detalles que ella no había querido cargar sobre él, o más bien sobre su secretaria, a pesar de las ofertas que él le había hecho; asuntos molestos, en realidad, que ella solucionaba por sí misma, celosamente, como un tesoro de detalles privados, de posesiones desconocidas para Matthieu, cosa que ella creía que a él le molestaba, cuando en realidad éste se frotaba las manos, a escondidas, claro.

En ese mismo momento, con su hermoso cuello inclinado sobre el vaso, Sonia seguía mirando sus aspirinas desaparecidas desde hacía un siglo, con más atención quizá de la que dedicaría a la disolución del propio Matthieu, dentro de seis meses. Porque su agradable tren de vida, los cheques de su salario para asegurarla —aunque Matthieu pagara discretamente una buena parte—, todo eso formaba parte de su dignidad, de su libertad, de su personalidad, en una palabra, de la existencia de Sonia B…, de la seriedad de dicha existencia y, por lo tanto, de su salud y, por lo tanto, de sus aspirinas y sus burbujas…

Por desgracia, a Matthieu las mujeres nunca le parecían más serias que cuando estaban desnudas. Aunque sabía que Sonia ponía su seriedad en otra parte, y que sólo se sentía un personaje libre y responsable cuando estaba vestida y actuaba en el ámbito de los actos sociales y profesionales de moda. Por supuesto, Matthieu no se imaginaba a sí mismo, para definirse, sentado en una cama, pero le hubiera gustado que una mujer lo hiciera en su lugar. Habría adoptado esta descripción como una de las más acertadas que hubiera conocido.

—¿Va mejor tu jaqueca?

—¡Qué va! Según mi médico, es de origen psicológico. Una emoción, un trauma…, y ya está…

—¡Pobrecita mía! ¡No te he ayudado mucho! —dijo Matthieu suavemente, con una sonrisa de santo, humilde y sacrificado que habría tenido que alarmar a su amante.

Por desgracia, Sonia, distraída, levantó los hombros e incluso murmuró: «¡No es culpa tuya!», con una voz indulgente. Una ira fresca y cortante se apoderó de Matthieu. «¡Esto es demasiado!

¡Pero demasiado!», se dijo de pronto: no sólo había hecho que Sonia dudara de su aura, no sólo se permitía añadir su nombre a una lúgubre lista de fallecimientos, además, le provocaba dolor de cabeza… ¡A lo mejor hasta tendría que pedirle perdón y al mismo tiempo excusarse de su propia muerte!

—¿A tu médico no se le ha ocurrido que el vacío en el corazón, añadido al del cerebro es lo que podría causarte esos espantosos dolores? ¿La falta de preocupaciones, la ausencia de pensamientos reales, incluso la ausencia de sentimientos?

—Ya me lo has dicho. Vivo como una oca egoísta y dura.

—Sí, pero ya no me refiero a una oca. Admite, Sonia, que verte ahora quejándote de tu jaqueca, cuando yo dentro de seis meses estaré bajo tierra, admite que eso pueda…, eso pueda…, ¿asombrarme?

Se sentía mezquino, ridículo, trivial, con este desigual asalto de enfermedades y dolores comparados. Aunque tuviese mil veces razón, ¡qué importaba! Sonia no estaba desesperada por su muerte, o, más bien, su desesperación cedía ante la jaqueca… ¿Y qué? No valía la pena pensar en ello. Lo que tenía que hacer era olvidarlo lo antes posible.

—Después de todo, tienes razón —dijo Matthieu riendo—. Enfrentémonos a lo más urgente: en este momento, yo no sufro, eres tú quien sufre: ocupémonos de ti. ¡Dentro de seis meses, ya veremos!

Una expresión de inquietud, casi de rencor y de miedo se deslizó en el rostro de Sonia y le quitó de golpe toda su belleza. Además de una expresión nueva le dio esa edad equívoca —que iba de la suya a la de su madre— que la agresividad suele infligir a cualquier mujer. Sonia lo recordó todo, se golpeó la frente —como la heroína de una serie B particularmente explícita— y se lanzó contra Matthieu sin tan siquiera beber sus aspirinas. La nube se disipó y volvió a ser la guapísima y agradable persona que tenía la bondad de ceder cuerpo y alma a los deseos de Matthieu.

—¡Querido mío! —dijo ella—, amor mío, ¡tienes razón! ¡Cómo he podido… No sé… Estoy tan confusa, no sé qué hay que hacer ni decir en estos casos! ¡Tengo miedo de hacerte aún más daño! ¡Dímelo! Matthieu, tú me has enseñado a ser feliz, enséñame a…

Sonia se detuvo.

—No te enseñaré a ser desgraciada —dijo Matthieu con ternura —. Al menos no voluntariamente. Al contrario, intentaré que no lo seas.

Tal vez Sonia estaba tan desamparada ante esta situación como lo había estado él mismo. Era posible que su papel le pareciera tan falso y aplastante a ella como a él el suyo. ¿Con qué derecho exigía él tanta intuición, profundidad y calor frente a la desdicha de los demás cuando se exigía tan poco a sí mismo? ¿Era tan admirable no aullar a la luna y no rodar por tierra? ¿Se comportaba él de manera extraordinaria? ¡Pobre Sonia! ¡Guapa Sonia! ¡Exquisita Sonia! ¡Que posiblemente se refugiaba en el egoísmo por desconocimiento de la ternura! Era una época dura para sus pasajeros en la que, a fuerza de verlo todo y de oírlo todo —incluso lo que no era necesario—, nadie sabía ya expresar nada, excepto a veces, un apetito desenfrenado y cargante por el dinero, o un gusto linfático y a veces mortal por la evasión —pues el propio placer se había convertido en un peligro diabólico.

«Pobre pequeña Sonia», pensó Matthieu tomándola en sus brazos. Porque ella era vulnerable como todas las niñitas, aunque crezcan, aunque se hagan más avispadas, más adultas. Pobre Sonia, cuya tontería —ahora llegaba a comprenderlo— era lo que le excitaba a él, a Matthieu, al simpático Matthieu. O más bien el efecto que producía su tontería sobre sus amigos más brillantes. Sus miradas, comprensivas y lúbricas al mismo tiempo, cuando Sonia se metía en la conversación, esas miradas destinadas a molestarle, aumentaban por el contrario su deseo. Su fastidio por lo que le oía decir excitaba sus ganas de lo que ella iba a hacer. Esa pimienta vulgar y despreciable, típicamente burguesa, esa afinidad entre el desprecio y el deseo, Matthieu las había descubierto, antaño, en los peores libros de la biblioteca familiar. No se lo creyó, incluso se rebeló. ¿Cómo podía amarse a una mujer sin estimarla, adorarla sin creer en ella, enloquecer por ella sin admirarla? Pues bien, ¡se podía! Incluso era más cómodo, todo iba mejor. Matthieu había necesitado cuarenta años para descubrir esa simpleza carnal. Con todo, siempre llevaba a Sonia a esas cenas donde su estupidez estallaba en un momento u otro, obligatoriamente notada por inteligencias más despiertas, y donde las miradas de ironía provocaban su propio deseo.

Tal vez se trataba, en él, de una instintiva descalificación de Hélène, o quizá se trataba de esa tendencia natural en los hombres a subestimar a las mujeres. Nunca había pensado en ello; se había resignado y para Matthieu había menos diferencia entre la inteligencia de Sonia y la del más brillante hombre de negocios que entre esta última y la de un estudiante preuniversitario algo dotado. La verdadera jerarquía residía en esto: al cabo de diez años, es la materia con la que uno alimenta su inteligencia lo que la diferencia y no el grado de dicha inteligencia.

—¿Para ti, en qué consiste ser inteligente? —gimió Sonia con la voz infantiloide que tienen algunas mujeres que han cumplido los treinta años.

—No sé —contestó Matthieu—, tal vez tener sobre un asunto el mayor número de puntos de vista posible…, y cambiar…, y aprender…

—¡Entonces aprendemos constantemente porque se cambia de punto de vista constantemente!

—¡No, no! Conforme más pasa el tiempo, más adoptamos los puntos de vista más cercanos a nuestros intereses, o a nuestra pereza, o a nuestros amigos, o a la vida corriente. Se hace uno más estrecho de miras. Poco a poco, se convierte uno en un verdadero idiota, un viejo idiota. ¡Al menos me habré librado de eso! Sólo habré sido un joven idiota, y después un idiota algo menos joven.

—¡Cállate, Matthieu! ¡Cállate, te lo suplico!

Y Sonia, por fin, hizo lo que tenía que haber hecho desde el principio: lo llevó hacia ella y cubrió su rostro de besos, después su cuello, luego sus hombros, sus manos, rindiendo homenaje a la vida que todavía sentía latir en él, esa vida temeraria y todavía sensual, esa vida que no parecía ni por un segundo conciliable con lo que su cerebro le ordenaba creer desde hacía casi seis horas.

Una hora después, tendido junto a una Sonia somnolienta, Matthieu miraba sobre la alfombra un rayo de sol escapado a los tupidos cortinajes, a las gruesas cortinas interpuestas entre la tarde y el amor. Se sentía ahí donde tenía que estar, para su placer, para su ánimo. Estaba en la cumbre de su deber y de sus derechos. Estaba relajado, bien, distraído, recuperaba el fiel refugio de toda su

vida. Simplemente, se preguntaba, por primera vez, qué le obligaba a contar los latidos de su corazón, los latidos de su reloj y a establecer entre ambas cifras una relación… ilógica, puesto que su sentido no era la fiebre.

Y se preguntaba por qué se aburría tanto.

Sonia se despidió de él desgarradoramente: ¡Tenía que volver esa misma noche! ¿Mañana?… «¡Oh, no! Mañana no, te lo suplico: ¡esta noche! ¡Falta mucho para mañana! ¡Una hora de tu velada!» Como si desconfiara de él, como si fuera capaz de morir antes de volver, como si, para su amante, la muerte fuera una posibilidad más y dependiera solamente de él.

«¡Venga, que todavía me quedan seis meses!», estuvo a punto de decir Matthieu, pero Sonia se aferraba de tal modo a una separación dolorosa y desconfiada que no tuvo el valor de negársela. Retrocediendo, atravesó el rellano, arriesgándose a caer por la escalera y herirse, cosa que no habría sido grave, por supuesto, sino más bien ridículo. Ahora cualquier caída, cualquier catarro parecería, ante todo, redundante. Tampoco tendría que olvidar esto.

Capítulo sexto

Matthieu salió contento de la casa de Sonia. Al fin y al cabo, era mejor para ella, y también para él, que no estuviera hundido en un gran amor. Por ejemplo, le habría resultado atroz haberse tenido que separar de Mathilde —cuando ella le amaba— por algo tan estúpido como una enfermedad. Porque entonces el cáncer habría perdido su lado trivial, miserable, y se habría convertido en el colmo de lo cruel, de lo inoportuno: un obstáculo y no una fatalidad. Con Sonia, caminaba resignado a la muerte, mientras que con Mathilde habría querido caminar hacia el amor y la muerte habría sido una desviación atroz. Por el contrario, si Mathilde estuviera muerta, habría sido peor…, y a pesar de su abatimiento se sintió como aliviado: al menos no estaba padeciendo lo peor.

Eran casi las cinco y tenía cita a las cinco y media: una cita de negocios, pero hasta entonces… Necesitaría documentarse sobre su enfermedad y no tenía la menor intención de volver a la Casandra de esta mañana. Tampoco consultaría, al azar, a ningún otro médico, que le mandaría los mismos análisis y quien, por «razones deontológicas», como ellos decían, le remitiría al médico que estuviera tratándole. No, se compraría un libro sobre el tema. Matthieu recordó que cerca de allí había una librería médica. En ella encontró una obra titulada *El Carcinoma bajo sus formas múltiples*, y después de que el librero le confirmara que «carcinoma» era efectivamente el nombre distinguido pero exacto del cáncer, subió nuevamente a su automóvil y fue a sentarse a los Jardines de Luxemburgo, entre dos ancianas que acababan de regañar y que al verlo se unieron en la sospecha (su pelo enmarañado, su aire enloquecido, quizás) y huyeron cotilleando.

Matthieu empezó a hojear apaciblemente su libro, que rechazó de inmediato pues las láminas no eran muy alentadoras. Consultó el índice, buscó el capítulo «Pulmones» y fue a él directamente. «El

cáncer de pulmón es invariablemente fatal», leyó con una mirada indulgente, como si estuviera informándose sobre las mitomanías de otra persona. «La imposibilidad de operar sin estropear automáticamente los órganos vecinos… etcétera, disuade generalmente a los cirujanos más audaces de la intervención…» Y tras este despegue medicinal, su libro se despegó a su vez de sus manos bajo el impacto de un balón de fútbol. Matthieu depositó ambos sobre el banco y, al levantar los ojos, vio cómo llegaba al galope un chico entre los nueve y los diez años, con aspecto enfadado e incluso hostil.

—¡Mi balón! —dijo secamente.

«Además de feo, maleducado», pensó Matthieu.

—Te lo daré si me pides perdón —contestó Matthieu con el rostro opaco.

—¿Perdón por qué?

—Por haberme tirado el libro.

Hubo un silencio. El niño parecía completamente solo e independiente. Ninguna voz, de su madre o de algún compañero, le llamaba.

—¿Qué lees? —inquirió.

—*El Carcinoma bajo sus formas múltiples*.

El chico se puso a dar vueltas en torno a Matthieu, repitiendo con voz nasal: «bajo sus formas múltiples…, bajo sus formas múltiples…, bajo sus formas múltiples…», y saltando a la pata coja, como un tarado. Matthieu lo miraba con desprecio y cansancio.

—¿Qué son las formas múltiples?

—Tú no, tenlo por seguro. Tú eres la forma única de un haba —dijo Matthieu riendo, con la misma voz que el chico. Eso es, ¡sería implacable con este cabrito en ciernes!

Y volvió a hundirse en su libro, con el balón bien sujeto entre sus brazos. Pero no comprendía lo que leía porque la presencia de su adversario se lo impedía.

—¡Quiero mi balón!

—Pídelo educadamente.

—¡No sé hacerlo!

Era evidente que mentía. Se hacía el lobezno abandonado para enternecer a Matthieu. Pero no funcionaría.

—Inténtalo.

Matthieu trataba de mantener su serenidad.

—¡Para empezar, usted no tiene derecho! ¡Ese balón no es suyo! Es de mi padre, ¡es mi padre quien lo ha pagado!

—¡Me importa un bledo!

—¡Voy a buscar a mi padre!

—Hazlo, le partiré la cara —dijo Matthieu con firmeza.

Hubo un silencio lleno de horror, incredulidad, que por unos instantes le llenó de alegría.

—Es él quien le romperá a usted la…

—¿Estás seguro?

Y Matthieu se levantó, desplegando su metro noventa y dos y cuadrando sus hombros de jugador de rugby ante el monstruito, que no sólo era posesivo, sino también cobarde.

—¡Caray, mierda! ¡Es verdad! ¡Mi padre no da la talla!

Este momento de sinceridad calmó a Matthieu.

—Escucha… no tienes más que decir «perdón», y te devuelvo tu pelota.

Hubo un silencio.

—¡Perdón! —gritó el chaval.

Matthieu dejó el balón en el suelo, le dio una patada y, afortunadamente, lo envió al infierno bajo la respetuosa mirada de su adversario. La verdad es que si sus reflexiones sobre la vida y la muerte le llevaban a asustar a pobres chiquillos en las avenidas de los parques, aquello no era muy buena señal. También es cierto que aquel chiquillo no parecía en absoluto asustado; simplemente se había doblegado, por una vez, a los dictados de un adulto, y seguramente eso le había hecho un gran bien. Ya creía escuchar su versión, por la noche, durante la cena: «Sabes, papá, un señor en el parque ha querido quitarme la pelota. Entonces le he dicho que tú la habías pagado y que era tuya, y el señor ha dicho que le importaba un bledo. Entonces yo le he dicho que ibas a partirle la cara y él me ha dicho que él era el que te iba a partir la cara, y luego cuando se ha levantado he visto que era verdad. ¡No darías la talla, papá!».

Y al pensar en la cara del padre y en la de la madre, una risa nerviosa se apoderó de Matthieu. Era la primera vez que se valía de su estatura y de su fuerza física como argumento en la conversación. Generalmente se lo prohibía, incluso siempre contaba

historias en las que unos tipos esmirriados le daban unas palizas de muerte. Esto había divertido mucho a Hélène, antes de exasperarla. Matthieu le reprochaba haber cambiado, pero a lo mejor era él quien tenía que haber cambiado sus historias o, por lo menos, haber desarrollado otro sentido del humor. Era curioso que, desde esa mañana, hubiera estado quitando constantemente a Hélène la máscara híspida de mujer amargada, en la que desde hacía algunos meses la había confinado. Como tampoco había dejado de buscar alguna razón de peso para su oscura disputa. «Tal vez», pensó Matthieu con horror, «tal vez es porque voy a necesitarla y no soportaré necesitar a una mujer a la que no estime o no ame lo suficiente.» «Tal vez —y esto sería aún peor— estoy transformándola en una mujer sensible y herida porque tengo miedo de que no me ayude, y puede que el hecho de imaginármela nuevamente como una mujer tierna me tranquilice sobre su reacción y la ayuda que quiera aportarme. Tal vez también sea una amalgama confusa, punto final… ¿Por qué me miento tanto?», se dijo, olvidando que llevaba muy poco tiempo probando, o viéndose obligado, a hablarse un poco. Muy poco, y sin ningún otro adverbio.

Según su agenda tenía una cita a las cinco y media con un tipo que quería construir un «conjunto residencial» frente a un estanque en Sologne, lugar que casualmente Matthieu conocía bien. Había sido invitado gracias a un amigo de Mathilde que tenía un coto de caza y una cabaña. Matthieu pasó ahí varios fines de semana. Sin disparar un solo tiro porque Mathilde odiaba la caza, pero a ambos les gustaron aquellos fines de semana. Oculta entre los juncos y en vísperas del otoño, la cabaña se mantenía seca, casi caliente, gracias a una vieja estufa, y pasaron muchas horas leyendo, haciendo el amor y comiendo latas de conserva.

Matthieu recordaba todavía el chaquetón marrón de Mathilde forrado de piel rojiza y su rostro rosado por el invierno; tan vivo y tan helado que cuando lo cobijaba en su cuello le hacía gemir de placer y de frío.

Su «cliente» había comprado esas hectáreas de tierra, ese lago y esas cabañas; seguramente quería darle un tono «salvaje», como se decía, a aquel «entorno». Deporte, pero con clase… Con un restaurante en el centro, por supuesto, y caminos asfaltados para que se pudiera llegar en coche hasta el pie de las cabañas. Cada

cabaña tendría un cuarto de baño, en vez de la vieja ducha que, entonces, pasaba sin avisar del agua fría a la caliente. Diez días antes, Matthieu había aceptado ese proyecto para controlar los desperfectos, pero hoy le importaba un bledo.

Aunque Matthieu empezaba a sentirse incapaz de cualquier proyecto, nadie le privaría nunca de aquellas imágenes de entonces que desfilaban desde hacía años bajo sus párpados, sin necesidad de evocarlas: desde los árboles enrojecidos al anochecer, el estanque tan liso, tan gris, tan negro, el estanque de antracita, hasta el rostro de Mathilde, encendido por las brasas de la estufa… «Mientras que» —expresión corriente—, «mientras que esperaba la muerte» —expresión rara vez enunciada— no iba a privarse de toda distracción durante seis meses… Matthieu quería mirar cómo pasaba el tiempo, ponerle buena cara, y no sería anulando todas sus citas como lo conseguiría mejor. Si hubiera sido un gran arquitecto, un genio, la idea de su muerte quizá le habría sobreexcitado y, tal vez, habría querido legar a este planeta todo lo que iba a arrebatarle la muerte. Tal vez habría dibujado a toda prisa hospitales, palacios, casas suntuosas o intimistas; tal vez habría inventado una nueva arquitectura, nuevas formas, algo que sustituyera las actuales madrigueras de los pobres o las estrafalarias construcciones de estuco de los más prósperos. Y tal vez habría podido, gracias a sus facultades de «creación», olvidar la destrucción de su cuerpo. Pero tampoco era un genio en su profesión. En todo caso, era menos pretencioso que esos *cordons-bleus* o esos fígaros cuyas memorias y pensamientos proliferaban en las editoriales y atestaban las librerías. Era un arquitecto capaz, bastante dotado, le dijeron antaño, cuando le parecía que la arquitectura también era un arte, un arte cuya ambición principal no era el provecho. Hacía ya siglos que la palabra genio había desaparecido de su vocabulario… Desaparecido además sin sentirlo: a medida que Matthieu tenía que resolver los cornos en sus empresas y ya no le quedaba tiempo para pensar en los porqués. ¿Por qué creemos que si a un escritor se le notificara su muerte inminente se lanzaría sobre su pluma y un pintor sobre su pincel, y que se sentirían libres de provocar el escándalo o de alcanzar el triunfo que hasta entonces se habían negado? ¿Pero por qué no lo habían intentado hasta ese momento? ¿Qué puede chocar en esta

época liberada? ¿Les resultaba tan violento desvelar sus pequeños desvaríos? ¿Les había hecho la vida mayor número de revelaciones fulgurantes que a otros menos charlatanes? ¿Consideraban el discordante entramado de su existencia como un soberbio ejemplo que lanzarían, cual maná precioso, a un público apasionado por su honestidad y desamparado por su muerte? Y aunque el artista se dijera: «¡Cuidado! ¡Tengo que darme prisa si todavía me creo capaz, como cuando tenía catorce años, de realizar una obra de arte!», el miedo a su mediocridad, el escepticismo sobre su talento le impedirían crear lo que fuese. Su lucidez más aguda y alerta que nunca se reiría viendo el trabajo, los lápices, las plumas, esos míseros pertrechos, esa panoplia fatigada atribuida al genio, que hasta entonces había estado durmiendo sin demasiados remordimientos. ¡Pues no! Nada de discursos compasivos y pastosos. ¡Sólo toleraría que le juzgaran (y le consolaran) las mujeres! —las que le conocían y las que él conocía— las mujeres que…, aquellas que…, las que…, en fin, habían sido sus amantes. Por lo demás, ni un reproche, ni un remordimiento. ¡Ni siquiera para sus adentros! Él mismo había soportado demasiados, oído demasiados y, sin duda, proferido demasiados como para continuar con ellos. Los seis meses que le quedaban no los pasaría escuchando a los demás, ni siquiera oyéndolos. Además, era mejor admitirlo: hacía ya bastante tiempo que no escuchaba. Excepto las raras ocasiones en que escuchaba lo que leía. Y se había convertido en algo tan raro que generalmente solía culparse a sí mismo. Sin embargo, Matthieu había admirado a algunas personas en determinados momentos, personas que, precisamente, creaban, pero le parecía que la admiración es un músculo, como la inteligencia, y que si no se utiliza se atrofia. Y así, sin dificultad, empieza uno a desinteresarse de aquellos a quienes se ve menos, de aquellos a quienes ya sólo se escucha o se lee por casualidad. A Matthieu le parecía, además, que esa nivelación de sí mismo, esa adaptación, ese abandono sin dolor de sus ambiciones y placeres intelectuales, lejos de aportarle lógicamente una compañía diferente, menos brillante pero más cómoda, más cálida, le proyectaban por el contrario a la soledad. Una soledad tanto más siniestra cuanto que, al principio, había sido involuntaria y sin compensación. Cualquier pretensión de cualquier medio era preferible a este vacío, no más

consciente que aceptado.

¡Abajo todo eso! ¡Viva la vida! ¡Viva el vacío! Desgraciadamente, la vida, para un mortal demasiado conocedor de su final, era intolerable. ¿Y por qué? ¿Por qué, si la certidumbre de su muerte dentro de seis meses, caso de ser accidental, le resultaría indiferente, casi familiar, soportable? Además, había accidentes terroríficos de los que se salía sin un rasguño o totalmente muerto. Nunca se estaba seguro de que un accidente fuese mortal. Era simple: toda muerte anunciada, y anunciada para dentro de poco, se convierte en algo novelesco y soportable siempre que pueda introducirse un filtro, es decir, una alternativa, siempre que se pueda, en realidad, creer un poco menos en ella. «No es la duda, es la certidumbre lo que hace enloquecer», decía Nietzsche, o algún otro. Nietzsche tenía razón. ¿Cómo se llamaba de nombre? ¿Nietzsche?… ¿Nietzsche?… ¿Friedrich, Ludwig?… No. ¿Pero qué podía importar? La verdad es que el nombre de ese hombre no tenía nada de apasionante. Pero seguía buscándolo. Su espíritu idiotizado torturaba en vano su memoria estupidizada. No había nada que hacer.

Matthieu llegó a su despacho, se colocó en el paso de peatones, justo delante de dos escandalizadas cacatúas. ¡No sólo el conductor del vehículo lo aparcaba ilegalmente, sino que encima lo cerraba sin colocar detrás de su parabrisas el ticket correspondiente! Incluso se entretuvo en toquetear el parquímetro y buscar algunos francos, con el oído alerta y la sonrisa en los labios, antes de acariciar la parte superior del artefacto indefenso; pasó delante de ellas, que eran bien visibles, sin la menor explicación legal, excepto una frase incoherente que ellas, empujadas por el deber y la costumbre, escribieron en sus cuadernos: «Es un viejo amigo», les explicó el conductor desequilibrado, señalándoles el parquímetro, «nunca ha querido que le pague…, ¿qué le voy a hacer?», antes de desaparecer en el número 155 de la calle de…, sede de sus actividades profesionales, si es que las tenía.

El rechazo jocoso de sus deberes cívicos siempre había sido una fuente de alegría para Matthieu, en este caso centuplicada por su imparable réplica a cualquier castigo: nadie podía atraparle, ni

siquiera las aves aquellas del género femenino.

Con la mirada alegre y aspecto despejado, Matthieu recorrió los pasillos de sus oficinas. Lanzó una mirada en el espejo del ascensor al hombre grande, de cabello castaño, desgarbado y curioso que también le miraba. ¡Objetivamente nunca lo habría creído enfermo! El ascensor llegaba a su piso, desencadenando algo en la jungla de su memoria y recordándole el nombre huidizo: ¡Federico! ¡Federico Nietzsche! ¡Uff! ¡Era Federico! Y en su burla se mezclaba, de todos modos, una especie de alivio. Ante todo por no haber perdido una o dos horas buscando ese nombre (pues su cliente, que ya estaba sentado en su despacho, no parecía un hombre que le pudiera echar una mano en asuntos culturales). Matthieu dio un rodeo por su despacho para saludar a su secretaria, su enamorada, su vieja confidente, la señorita Périgny, de nombre de pila Irene.

—Llega usted tarde, ¡pero tiene muy buen aspecto! —exclamó detrás de su moño.

Matthieu dudó un instante. ¿Pero cómo iba a contar su vida o su muerte a la señorita Périgny? Era demasiado parecida a un personaje de Bourget o de Gide. Era la típica heroína de las novelas de 1920. Impensable lastimar a la señorita Périgny. Más impensable que a cualquier otra mujer. Era impensable. La sensación de pena fue tan fuerte que comprendió la necesidad creciente de hablar a alguien del diagnóstico del hámster. Y eso que se lo había contado todo primero a Gaubert y después a Sonia, pero en ambos casos había tenido la impresión de estar representando una escena de una comedia: en la primera porque falló en su entrada —él o Gaubert, daba lo mismo—, en la segunda, porque la comedia era demasiado grotesca, demasiado ridícula para cualquier público aunque se tratara de él mismo. No, nadie sabía todavía lo que él sabía, cosa que a lo mejor no le importaba a nadie, después de todo.

—¿Verdad que tengo buena pinta? —repitió automáticamente, contento sin saber por qué de la señorita Périgny. Matthieu le sonreía y ella bajaba la cabeza, adoptando su aire tierno y severo. Matthieu se inclinó hacia ella para que le pudiera arreglar su corbata, cepillar su chaqueta y estirarle las mangas: hacía doce o trece años que ella repetía esos mismos gestos, doce o trece años

que experimentaba el mismo placer al hacerlo. También él, pensó enderezándose. Aparte de estos cuidados materno-profesionales, era una buena secretaria con una mezcla de ignorancia y de intuición de lo más satisfactoria.

—¿Qué tal nuestro cliente? ¿Cómo se llama?

—Pierre Saltiéry. Es un pez gordo de los deportes, creo… Con aspecto de conocer las interioridades del deporte…

¿Qué significaba para ella «pez gordo» e «interioridades»? ¿Fabricante de gruesas bufandas, eminencia gris de las competiciones? ¿U organizador de lívidos ballets sobre hielo?

Matthieu se dirigió nuevamente a su despacho, estrechó al pasar la mano del así llamado Saltiéry y se sentó detrás de su mesa. Unas horas antes había estado sentado detrás de una mesa pero del lado malo.

—¿Cómo ha llegado usted aquí?

Esta era su primera pregunta. La respuesta siempre era instructiva, aunque rara vez exacta.

—Nos conocemos desde 1978 —dijo el hombre.

Era delgado y sanguíneo al mismo tiempo, lo cual le daba un aspecto extraño: el de un deportista a la vez ascético e hipertenso. Llevaba un traje de pana marrón que le sentaba muy mal. Este hombre todavía no había elegido en la vida —elegido a su personaje—, lo que le hacía más simpático a los ojos de Matthieu en relación con el hámster, por ejemplo, tan petrificado ya en su hermoso atavío: su bata blanca, su voz modulada, sus gestos de subjefe. Definitivamente, Matthieu detestaba a aquel tipo, independientemente de cualquier diagnóstico, pensó… ¿Pero le habría odiado tanto si ese mismo tipo le hubiera dicho: «Todo va muy bien, vuelva dentro de un año»? No, pero tampoco habría vuelto. En cambio, nunca habría podido odiar al excelente doctor Jouffroy, su médico de siempre quien, Matthieu lo sabía, habría dado infinidad de rodeos para anunciarle que no todo iba tan bien como siempre. Habría compartido su desgracia, mientras que esta mañana se había sentido, había estado, solo, muy solo con el hámster a quien le importaba un bledo (en el mejor de los casos), o estaba encantado (en el peor) de que un hombre feliz, de un metro noventa y dos muriera antes que un pretencioso gusarapo de su calaña, de un metro sesenta y dos. Eso era todo, y era vergonzoso:

la compasión del médico debería de ser obligatoria, sobre todo después de ciertos análisis. Sobre todo, después de algunas de sus implicaciones.

En el 78 Matthieu sólo tenía veintisiete años y ninguna fama, ninguna relación, ni, por lo tanto, el consiguiente bienestar. Por el contrario, en el 78 no era más que un joven de veintisiete años, casi un hombre, pero locamente enamorado de una mujer que todavía le amaba, o quizá ya menos, según el mes que fuera.

—Nos conocimos precisamente en Bligny —dijo Saltiéry—. Estaba usted con Mathilde. Les presté mi cabaña del lago.

Así que era él, el hombre de la cabaña, de quien Matthieu había estado durante mucho tiempo celoso en aquella época pero cuyo nombre ya no recordaba. La verdad es que entre Nietzsche y Saltiéry, últimamente Matthieu no era un prodigio de memoria.

—¡Pues claro! ¡Claro! —dijo levantándose y tendiendo ambas manos al cliente del pasado, como si dos antiguos hombres de Mathilde tuvieran que abrazarse, darse golpecitos en la espalda, estrecharse en los brazos uno del otro, agarrarse como dos supervivientes de un terrible naufragio. Y en efecto, eran y se sentían los dos supervivientes de un accidente terrible: la irreparable dicha vivida con Mathilde. Y Saltiéry debía de saberlo muy bien, porque se levantó y le estrechó ambos brazos también, antes de sentarse de nuevo. Había adoptado un aire jovial, melancólico y cómplice, la expresión exacta que deseaba adoptar Matthieu.

—El lugar era soberbio —prosiguió Matthieu inmediatamente—. Era realmente hermoso. ¿Y quiere usted… cambiarlo? Es triste, ¿no? Es una lástima.

—Es una lástima pero es necesario —dijo Saltiéry—. Compré esos terrenos hace poco. El resto estaba en ruinas y tengo que rehacerlo, convertirlo en un lugar para los cazadores esnobs de la ciudad. ¿Ve usted el estilo de los bungalows para patos? Con una glorieta entre cada dos y badenes para impedir a los cazadores que vayan demasiado deprisa… El dormitorio y la cocina integrados en el salón, a la americana. El hombre castrando el universo como ellos intentan…

—Parece tan entusiasmado por la arquitectura moderna como yo —dijo Matthieu riendo.

Y le tendió un cigarrillo por encima de la mesa en señal de amistad. Señal de amistad lo suficientemente establecida como para que sus colaboradores supieran, con tan sólo olfatear al entrar, si había que tratar con consideración o no al nuevo cliente de Matthieu.

—Se me han ocurrido algunas ideas a este respecto —dijo Matthieu a disgusto—. Podría incluso evitarse lo peor. Eso depende mucho de los materiales, después de la forma y, luego, del número de cabañas que quiera usted poner.

De pronto, Matthieu se encontró relajado, interesado, curioso. De pronto, tuvo ganas de convertir esas parcelas en un lugar soberbio, tan romántico y seductor como le pareció a él quince años atrás, cuando era un joven enamorado. ¿O diez años atrás? ¡Qué importaba! El tal Saltiéry tenía un aspecto muy agradable. Un amigo así es lo que hubiera necesitado, en vez de un Robert Gaubert.

—Incluso he hecho un croquis por adelantado. Mire, voy a enseñárselo.

Y abrió su escritorio, sacó los documentos para enseñárselos y los amontonó sobre la mesa, en contra de todos los reglamentos tácitos que obligan a un arquitecto a mostrar los frutos de su imaginación sólo esbozo por esbozo, meticulosa, lentamente, con todos los contratos prácticamente firmados, como se le mostraría a una mujer, para que lo identificara, el horrible cadáver de su marido. En cambio, ahí estaban, amontonados, expuestos todos los proyectos, todas las ideas, dictados por la estética y la psicología de Matthieu. Un trabajo que ese hombre, si tuviera mala fe, podría ya robarle visualmente y utilizar con posterioridad.

¿Pero qué importaba esto ahora? Todo se había hecho liviano, sin consecuencia, sin porvenir y, por lo tanto, sin continuidad. Saber que la vida era gratuita o, lo que es igual, que estaba a punto de terminarse, la hacía en cierto modo más agradable. Ya no había nada que explotar, ni conservar, ni utilizar. Nada era ya vendible, ni productivo ni positivo, palabras estas que durante toda su vida le habían reventado. Todo estaba, al fin, ofrecido, sin relación al esfuerzo que se había hecho ni al precio que podía sacársele. En realidad, su vida había recuperado una escala de valores que le habían faltado, a él y, según creía, a su generación y al mundo

entero.

—No sólo les pondremos televisión —dijo Saltiéry agitando sus manazas huesudas—, sino que, además, sólo podrán ver vídeos de caza, por ejemplo, a Gregory Peck justo antes de que le destroce un tigre, o a Robert Redford ayudando a huir a los elefantes —añadió muy deprisa, como para demostrar que tenía más bien cuarenta que sesenta años, a pesar de sus gustos cinematográficos—. Y pedirán que se les despierte a las tres para los patos, pero dormirán tanto que no podrán hacerlo, fatigados por su amante; entonces no verán patos, verán la televisión. Y estarán muy contentos, créame.

—Tampoco parece que le enloquezcan mucho sus clientes.

—Hace diez años que me ocupo de sus ocios —dijo Saltiéry alzando los hombros—. Me va muy bien, por cierto. Cuanto más vulgares, gregarios y ordinarios son mis proyectos, tanto mejor. Si están entre ellos, claro, es decir, si forman parte del mismo tramo de ingresos…

«No voy a terminar mi vida con este proyecto sadomasoquista», pensó Matthieu, aunque el tipo era simpático: amargo pero agradable.

—¿Cómo haría usted sus cabañas si le gustaran sus ocupantes? ¿Como antes?

—¡No! Claro que no. Yo detestaba aquel lugar. Le presté la llave a Mathilde sin condiciones, pero con la esperanza de que pasara algún fin de semana conmigo. Pero ella iba con un tipo alto, siempre el mismo: usted debe de saberlo… Después de la ruptura, esperé, lo admito, pero no por mucho tiempo.

—¿Por qué? Después de mí, ¿fue con algún otro?

—No. Me devolvió las llaves. Mathilde es… decidida pero delicada.

Que hablara de Mathilde en presente le molestó tanto a Matthieu como cuando unas horas antes el doctor-hámster le habló, refiriéndose a él, en pretérito imperfecto.

—¿Sabe cómo le va? Creo que cambió de casa, sé que…

—Sí. Ahora vive en la Rue de Toumon. Se ha casado con un inglés rico, pero se ha divorciado. Vive cerca del Senado, encima del café, arriba, ¿entiende? La veo de vez en cuando, cada tres meses comemos juntos.

—¿Cómo está?

—Sigue estando guapa. Sigue guapa, sí. En fin, para mí… Pero yo nunca fui su amante y una mujer con la que uno no se ha acostado sigue siendo más o menos deseable hasta el final, ¿verdad?

—No lo sé.

Matthieu rectificó.

—No quiero decir que me haya acostado con todas las mujeres que he querido, sino que siempre he escogido a aquellas a las que yo también gustaba desde el principio. Por amor a la facilidad, o por amor a la felicidad, o por… prudencia. No lo sé.

Lo cual era cierto aunque nunca hubiera pensado en ello hasta entonces. También era curioso. Como si sólo le excitaran los posibles éxitos. ¿Qué querría decir esto? Estuvo a punto de preguntárselo a Saltiéry, que parecía listo. Le hubiera gustado contárselo. Decirle: «Voy a morir. ¿Qué le parece? ¿Qué haría usted?». Pero no podía. Aquel pobre muchacho, fuera de su aburrido oficio, o cuyo oficio le aburría al menos lo suficiente como para decirlo, aquel pobre muchacho no tenía por qué soportar ese trago suplementario. No. Además, Matthieu tenía un camarada. Tenía al buen Robert Gaubert, un amigo alucinante, un amigo fiel y sentimental. Se echó a reír, a su pesar, y la mirada sorprendida de Saltiéry le detuvo.

—No voy a aceptar —dijo—. Usted me cae bien, pero preferiría un proyecto que le gustara a quien me lo encarga. ¿Comprende?

—Sí, lo comprendo muy bien. Sí. Yo también preferiría… La próxima vez, quizá, si es divertido, o interesante, o difícil… Me gustó mucho su motel en el bosque, en Barbizon.

Se separaron como buenos amigos, pero mientras lo acompañaba a la puerta, Matthieu pensó confusamente que jamás volverían a verse. Lo que añadía tristeza a esa despedida, como sin duda también había dado realce a su entrevista. Al menos lo suficiente como para que al volver a su despacho encontrara en su bloc de notas el número de teléfono de Mathilde escrito por Saltiéry. Entonces sonó el teléfono. Su secretaria le dijo que era Gaubert, que ya había llamado cinco veces, cosa que se le había olvidado decir —añadió sin remordimientos—, porque (él lo sabía) ella también odiaba a Gaubert: brutal y sin corazón, decía, mientras que Matthieu sólo le consideraba torpe y secreto. Sea como fuere tampoco se puso al teléfono esta sexta vez y la secretaria pareció

encantada.

Matthieu, ahora se daba cuenta, siempre había experimentado un ligero sentimiento de superioridad hacia Gaubert, pero su entrevista de esta mañana lo había disfrazado de indiferencia sarcástica o, mejor dicho, le había quitado cualquier clase de afecto, de estima. Sus relaciones, expuestas a la luz del día, sin velos y sin indulgencia, carecían del menor interés. «¡Admitiendo que alguna vez haya entrado en mi vida, Gaubert acaba de salir de ella esta misma mañana!», concluyó Matthieu para sus adentros, y venía muy a propósito, porque él mismo haría lo propio bastante deprisa y nadie echaría de menos a nadie en este falso culebrón titulado *Vida y muerte de Matthieu Cazavel*.

Mientras tanto, Matthieu se maravilló de la intuición de la señorita Périgny. Tenía hacia sus amigos la famosa intuición atribuida a las viejas secretarias (las que están enamoradas de su jefe, por supuesto). ¡Era asombroso comprobar al envejecer, mejor dicho, al hacerse adulto, la verdad de los tópicos y los refranes!

Toda una oleada de esos pequeños pensamientos, fríos y rápidos, circuló a sus anchas por su cerebro sin que él les prestara la menor atención, hasta tal punto estaba obsesionado con aquellas ocho cifras dejadas en su bloc que representaban a Mathilde hoy, concretamente visible, a Mathilde, que existía en la Rue de Toumon, encima de un café que él conocía de memoria; Mathilde, a la que desde hacía años él creía, si no desaparecida en el otro lado del mundo, al menos «en otra parte», viviendo «en otra parte»: porque Matthieu no habría podido soportar por mucho tiempo que ella viviera cerca de él y sin él. Porque le habría resultado insoportable el que ella fuese accesible, aunque sólo fuese a su mirada. Porque ya, en aquel rincón de la mesa, las cifras que conducían a ella eran cifras especialmente seductoras: un número con tres cuatros, dos ceros y tres ochos, bien orquestados, armoniosos, como todo lo que la rodeaba. Porque él ya se sabía ese número de memoria, 48.00.48.84, como el de su gran amor. Porque Matthieu recordaba el de antes, el de su época, el suyo, en realidad: 229.29.92, y qué placentero, de buen agüero, casi sensual, era el eco que despertaban esos números neutros, exóticos para él y semejantes entre sí. Porque la calle de Mathilde era la de Bellechasse la Forestiére, y su central telefónica la ensordecedora

Babylone… Ah, sí, a pesar de todo ya era hora de que él, Matthieu, abandonase a sus congéneres y la lenta y triste ejecución que infligían a su planeta y a algunos habitantes enfermos de imaginación que todavía quedaban sobre él.

Los nuevos dueños de las líneas telefónicas, con aquel tristísimo 4 por todo pésame, ya habían destruido suficientes impulsos poéticos, amorosos o heroicos.[3] Habían matado, una vez más, a Carnot, Danton, Mac-Mahon y Kléber no sin tragarse al mismo tiempo a Les Pyramides, Les Pyrénees, Wagram. ¿Acaso no era delicioso amar a alguien a quien la Telefónica había situado en Jasmin? ¡Qué horror! ¡Iban a privarle de todo eso! ¡De todo! Todo iba a continuar sin él… La gente intercambiará números de teléfono y palabras de amor, se inventarán nuevos objetos y sobre esta tierra se seguirá viviendo, riendo, telefoneando… ¿Sin él?

¿Sin mí? ¿Van a vivir sin él? La señorita Périgny vivirá sin él, ¿cruzará, con prisas porque llega tarde, los puentes de París que tanto le gustaban a él? Mientras que Matthieu estaría ahí abajo, completamente solo, en el fondo de una caja, dentro de la tierra. Solo, frío, destruido poco a poco por el tiempo. ¿Dentro de seis meses…? Era impensable… Insoportable…

Nuevamente el horror le hizo echar la cabeza hacia atrás y tensar su cuerpo en la butaca, con las manos apretadas una sobre la otra, como un viejo. ¡No! ¿No?… No. Era preciso que «aquello» se detuviera, que apartara esa idea o que le pusieran tranquilizantes hasta el final. No estaba permitido…, y Matthieu gimió mientras una reacción de rebeldía, de rechazo, le inundó y le arrolló con su trivialidad, su crueldad brutal, inquebrantable e insulsa…

¿Tomar tranquilizantes, él? ¿Como la amiga de Sonia, quizá? Muchas gracias. Prefería acabar de un pistoletazo. Además, Matthieu había visto a mucha gente agonizar por esta misma enfermedad y el miedo era la última de sus preocupaciones. Porque ellos ya no creían en su muerte. El espíritu desconectaba ante ella y se negaba a admitirla: la imaginación era demasiado vívida, la memoria estaba demasiado llena y el corazón era demasiado vulnerable, estaba demasiado expuesto como para mirar o desafiar esa negrura, ese agujero, esa nada…, la nada. Haría como ellos, seguramente: lo negaría. Y por muy humillantes que le parecieran el pánico de su inteligencia, sus subterfugios, Matthieu no los

despreciaba, ya no se despreciaba. Por supuesto, nunca había sido tan indulgente y tan benevolente consigo mismo, pero su vida tampoco había sido nunca tan dura. Ni tan precisa en su dureza. Ni tan poco femenina.

Ahora el horror había retrocedido y se ocultaba en algún lugar: a su espalda, delante de él, fuera, más lejos, en cualquier caso, dispuesto a volver. Y su espíritu dispuesto a huir… Cualquier cosa, cualquier persona, cualquier tranquilizante o alcaloide, un médico listo y caritativo, o listo y codicioso, los libros, la credulidad, la bondad, el interés, el sadismo, todo y todos serían bienvenidos: todo lo que le ayudara a escapar, a olvidar, a desear, a reír. Todo lo que le devolviera, por aquí o por allá, un minuto de su equilibrio inicial, de su gusto por la vida, de su pizca de valor. Matthieu se agarraría al menor deseo, al menor recuerdo, a la menor música de jazz, como a esos faros o ensenadas adonde intentan llegar, después de un ciclón o de un tifón, los pocos restos que todavía flotan.

Capítulo séptimo

Eran más de las seis y el viento del atardecer entraba por la ventana, cargado de un olor a tierra, a lluvia y a aire frío mezclado con un poco de gasolina y de humo, ese olor tan específico de París. Y Matthieu respiró profunda, intensamente, con la cabeza todavía hacia atrás, las piernas extendidas hacia delante, las manos colgando de su sillón. Ya debía de tener aspecto de muerto, pensó, y las venas extendidas sobre sus brazos todavía atezados por el verano, esas venas de un azul intenso —pruebas mendaces de su salud y de sus instintos vitales, pruebas palpitantes, estiradas y coloreadas como un dibujo infantil—, le asqueaban un poco.

Las tufaradas del viento y su perfume iban y venían, invadiéndole poco a poco de un sentimiento nuevo que no era ni horror ni vértigo ni rechazo, sino, por el contrario, una nostalgia precoz, una tristeza dolorosa por su planeta. Por esta tierra cuyas estaciones había conocido, la hierba tierna, rojiza o verde, las puestas de sol, el mar tan azul y espumeante…, esta tierra tan acogedora incluso en otoño, bajo sus lluvias templadas, o durante los fríos intensos, con la nieve y su frágil blancura. Todo lo que lentamente había descubierto, amado y poseído durante su infancia y su juventud, todo eso iba a serle arrebatado de un solo golpe. Aquel universo todavía radiante a pesar de lo que hubieran hecho los hombres… Aquel mundo vivo y desarmado donde los animales, ingenuos y fieles, os ayudan a soportar a vuestros semejantes o a no preocuparos por ellos. ¡Un perro! Llevaba seis meses con ganas de tener un perro y aún no se había decidido. Primero por las objeciones de Hélène, quien invocaba la fragilidad de sus muebles, por supuesto, y de sus moquetas. Aunque ahora tendría que renunciar: ¿para qué hacerse querer por un perro al que iba a abandonar tan deprisa y que se sentiría desolado por su ausencia? Un perro que padecería los sufrimientos de Matthieu, quien, a su

vez, sufriría como un perro. Habría tenido que decidirse antes, y ahora ya tendría una pelambrera caliente en la que ocultar su rostro y la seguridad de que después, le echaría de menos algún ser vivo, bípedo o cuadrúpedo, ¡qué más daba!…

No habían tenido niños. Por culpa de Hélène, quien lo ignoraba pues él había rechazado hacerse unos análisis que consideraba humillantes para una pareja, aunque solamente lo hubieran sido para ella. Matthieu lo sabía porque era padre de una niña que se le parecía como una gota de agua a otra, hasta el punto de que no podía verla. La esterilidad de la pareja provenía de Hélène, pero por nada del mundo se lo habría dicho. Y, naturalmente, ella se la atribuía a él y le reprochaba la soledad en que vivían.

—¿Qué ocurre?

La señorita Périgny, preparada para marcharse, esbozaba en la puerta una pantomima, al principio incomprensible, pero que a la larga Matthieu acabó por interpretar de la siguiente manera: «Estoy viéndole en una postura excepcional y tal vez creativamente fructífera y, sobre todo, no quisiera molestarle. Me marcho». Y su rostro, bajo su sombrero, expresaba el respeto, la comprensión y la confianza. Puso sus dedos sobre los labios y se marchó caminando exageradamente de puntillas.

El viento aumentaba y golpeaba las contraventanas. Matthieu se levantó, como si le hubieran llamado al orden, una orden cuya naturaleza conocía: iba a reunirse con Mathilde. Sólo Mathilde podía mantenerlo en pie, despierto, sonriente. Tenía miedo —se dijo— de que se negara a verlo, de que lo echara, cuando en realidad tenía miedo de que ya no fuese —o hubiera dejado de ser — Mathilde. De descubrir en ella a otra mujer, antaño invisible para él, a la que de todos modos habría amado, pero portadora de cierta vulgaridad, vanidad, tontería. En una palabra, tenía miedo de que su gran historia de amor no hubiera sido más que uno de esos impulsos ciegos de su egoísmo. Porque en definitiva, ¿a quién debía todas sus decepciones de hoy? Todos esos rostros, insatisfechos y crueles, vueltos hacia él o desviados de él, eran sin embargo los rostros de su vida, su entorno sensible, sus «seres queridos». No obstante, Matthieu había hecho sufrir a Hélène, había utilizado a Gaubert y había disfrutado de Sonia. No. No, definitivamente sólo Mathilde podía devolverle una imagen de él algo generosa, algo

gratuita. Una imagen con la que pudiera decorar su ataúd y su pasado para presentarse ante san Pedro, si es que éste le esperaba realmente. Lo que hacía falta ahora es que en esta última excursión también Mathilde estuviese presentable…

El hecho de que una mujer a la que se ama deje de amarle a uno, sin que se la desprecie o se la odie por sus mentiras, no es lo mejor que puede ocurrirle al abandonado. ¿No habría sido más bondadoso por parte de ella que, por el contrario, esa despedida hubiera sido vindicativa y detestable, impidiendo así que su víctima atesorara recuerdos agradables y nostálgicos que estropearían su porvenir amoroso mediante comparaciones exageradas?… Que Mathilde se hubiera comportado como una zorra o como un ángel no le interesaba ni ahora ni antes. Lo que le obsesionaba era que hubiese envejecido, que hubiese padecido algún tipo de deterioro y que lo que experimentase hacia ella ya no fuese confianza, deseo, admiración, sino piedad. No soportaría tener lástima de Mathilde. Sería demasiado: el fracaso de su matrimonio, la indiferencia de sus amigos, la tontería de su amante, la vanidad de su trabajo, sin olvidar la inminencia de una muerte dolorosa, sería demasiado. La destrucción con el tiempo de su gran amor haría que su muerte no sólo fuera natural, sino casi merecida, y en modo alguno prematura. La verdad es que este aviso de muerte tenía sobre él, *a posteriori*, un efecto lamentable, deplorable y tal vez injusto, ya que en pocas horas había conseguido convertir su vida entera en una serie de fracasos o de debilidades personales…, él, que todavía ayer habría podido dibujar su existencia como la trayectoria triunfante, porque deseada, de un hombre feliz, por no decir en la cumbre de la felicidad; de un hombre, al menos, lo suficientemente satisfecho como para prescindir de dichas cumbres.

¡Ay!, ¡cómo se había equivocado durante todo este tiempo! Pero en fin, ¿qué ser humano, poderoso o miserable, no se ha levantado al menos alguna vez en su vida con el corazón latiéndole, aterrado ante la precariedad de las cosas, la fragilidad de los suyos y su muerte ineludible? ¿Qué ser humano, nacido por azar como todo el mundo o, poniéndose en lo mejor, deseado por un padre y una madre, no se asustaría ante la idea de esta vida tan dependiente de sus pobres capacidades, físicas o mentales que, por supuesto, hubiera deseado diferentes? Distintas. Claro, todo esto se sabe, y

morir ahora mismo o más tarde no es ningún drama. Claro. Nuestro espíritu se ha acostumbrado a la muerte, pero para más adelante, siempre para más adelante, lo que da cierto sosiego a sus temores. Y el *quid*, lo doloroso, es morir enseguida. Esto, esto es intolerable. Matthieu no podía hacer nada contra ello. No era razón suficiente. Morir según un horario diferente al previsto no le autorizaba a montar esas comedias. Mientras había pensado que moriría más tarde, que se moriría como todo el mundo, había sido feliz. Un objeto feliz. Un objeto que aceptaba su condición de objeto. La mínima consideración que tenían por él. Y él había aceptado todo lo que venía con ímpetu, ardor, reconocimiento. A pesar de todo. Fuera de todo. A causa de todo. Matthieu tenía que volver a ser aquel objeto feliz o no habría comprendido nada de la vida. No habría tenido vida. Era una cuestión de honor, ¡una cuestión de vida o muerte!

Una vez en la calle se dio cuenta de que había ido a su despacho para hacer el inventario de sus proyectos, de sus planes, de su trabajo y para sugerir un colaborador que le sustituyera. Había querido actuar como un profesional y se había liado en una extraña conversación con un ex pretendiente de Mathilde. Extraña, pero cálida; aquel número de teléfono sobre su mesa había sido el único hecho positivo de la jornada.

Matthieu volvió a meterse en su coche que, después de ese vendaval, olía a tabaco, a papel —el de los planos que lo abarrotaban—, a su olor. Y Matthieu pensó de golpe que éste era el único lugar del mundo que le pertenecía. El piso era de Hélène que reinaba en él con sus flores, su perfume y aquel olor a sándalo que ponía en todas partes, incluso en las lámparas. Él ni tan siquiera tenía aquellas cuatro paredes entre las cuales puede arreglarse todo: su casa. Él sólo tenía aquel lugar extraño, hecho de acero y de ruido, atiborrado de colillas y de mapas, y ahora comprendía por qué algunos automovilistas llegaban a las manos cuando hacían una abolladura a su coche, su único refugio, su único abrigo.

Y repitió «El único refugio. ¡Mi refugio! El refugio de mis noches, el refugio de mi vida», con convicción, canturreándolo. Se había parado en un semáforo y, volviendo la cabeza, vio, fija en él,

la mirada del automovilista de al lado, una mirada interrogante, incluso inquieta. Y Matthieu —como si fuera uno de aquellos cuarentones aficionados al jazz que hay por París— empezó a dar golpecitos a su volante con ambas manos, con un ritmo inaudible desgraciadamente para el otro conductor, pero indudablemente endiablado. En realidad, Matthieu cantaba: «Mi refugio, es mi refugio, es el refugio de mis días», con la melodía de *Nigth and Day*. Debía de parecer todavía más tarado que antes, pero algo más normal. Cuando el semáforo se puso verde, Matthieu dejó que le adelantara su vecino y, lanzándole una mirada al pasar a su lado, observó su perfil tranquilizado. No, no estaba loco y estaba demostrándolo. ¿Pero a quién? ¿A qué? Aquel testigo, agarrado a su volante, parecía un perfecto idiota con la boca cerrada, ¡cómo sería con la boca abierta! ¿Iba a tener que seguir haciéndose la persona normal, con buena salud, cuando estuviera en público para engañar a un montón de imbéciles? Como esta mañana cuando presumió de presencia de ánimo, de virilidad, ante el gilipollas del hámster. ¿Iba a ir por todas partes, impasible y digno, con los ojos puestos a lo lejos, en medio de la admiración general? ¡En absoluto! Ya había sacrificado demasiadas cosas a la sociedad, a sus usos, costumbres y ritos, como para además tener que morir como un héroe… ¿Y para quién? Es verdad que uno acaba siendo lo que finge ser y que posiblemente se vuelve uno insensible, o invulnerable, a fuerza de pretenderlo. Intentaría estar contento, liviano y confiado. Haría lo que pudiera en este sentido: por los demás, por pudor y por él mismo, por precaución. Pero para los extraños, no. Lloraría en las terrazas de los cafés si le daba la gana. No estaba en deuda con la sociedad. No estaba en deuda con nadie. Esbozó una especie de rictus pensando en su recaudador. Este esperaría bastante, y en vano, a vaciarle los bolsillos este año. ¡Las mortajas no tienen bolsillos! ¡Eso por lo menos era «positivo»!

Y a propósito, ¿le pondrían un traje de tres piezas o una mortaja auténtica para enterrarle? ¿Como era lo legal? ¿Como eran los usos? ¿Tendría que encargar antes él mismo su ataúd? ¿Y también la música para el funeral? ¿El *Réquiem* de Verdi? ¿O la música de cámara de Schubert, que le conmovía profundamente? ¿O Schumann, que le gustaba tanto? Se paró en una tienda y compró el *Réquiem* que puso en la radio de su coche, en lugar de Tina Turner.

¡La verdad es que le costaba mucho trabajo verse como un muerto! ¿Por qué no un muerto de lujo? ¿Encargaría la mortaja en Sulka? ¿O mandaría que le incineraran? ¡No! La incineración era demasiado penosa para los testigos ya de por sí desconsolados, lo sabía: había sido uno de ellos. Además, puestos a hacer (¡a no hacer nada!), era mucho mejor ser útil y alimentar a su vez a esta tierra generosa, devolverle aunque sólo fuese uno de sus regalos. Era mejor que los insectos, las plantas y las raíces royeran alegremente su osamenta. Era más simple, más natural, más terrenal. A Matthieu le gustaba el lado campesino de las cosas y de las personas, a pesar de no tener ancestros ni de conocer a nadie en el campo.

Capítulo octavo

La Rue de Tournon se veía más desierta aún que de costumbre bajo aquel sol provisional. A Matthieu siempre le había parecido el decorado de una película de 1943, una calle a punto de ser invadida por la soldadesca y en la que sólo se aventuraban los machos avezados o los imprudentes. Una calle de provincias, también, con sus edificios del siglo XVIII, serios, hermosos y sabios, con idéntica perspectiva y donde los dorados del Senado aparecían como un anacronismo dudoso. Precisamente del Senado, o más bien de su garita, salía a veces un agente que dejaba entrar o salir a algún coche oficial negro, para después meterse cadenciosamente otra vez en ella, como un autómata. Este alineamiento perfecto de las casas sólo era interrumpido por el café de la esquina cuyas cuatro mesas y diez sillas florecían en la acera cada verano. Era una calle tranquila, quizá demasiado para la impulsiva Mathilde, a la que, no obstante, imaginó satisfecha ya que le gustaba tanto hablar con los comerciantes y salir en bata a comprar pan en verano, como leer junto al fuego en invierno. Pues, aunque a Mathilde a veces la seducía el furor, detestaba el ruido.

Matthieu bebió un botellín de agua mineral mirando al teléfono situado en la barra. No quería telefonear a Mathilde, sino encontrársela cara a cara, inmediatamente. La expresión de sus ojos al verlo, antes de que tuviera tiempo de controlarlos, le importaba más que las palabras.

Pero aparte de que nunca había ido a casa de nadie sin avisar y de que para él este principio era más inflexible que muchos otros aparentemente más importantes, además tenía que llamarla para saber el número de la calle. Su corazón palpitaba y, a pesar del agua mineral, tenía la garganta acartonada mientras marcaba, de pie, el número. Por la ventana, detrás de la cortina echada, vio en la calle un perro perdido no lejos de un viejo que también parecía

perdido. Por último, ambos cruzaron y se separaron, después de haber atravesado juntos, con cuidado, el paso de peatones. El teléfono sonaba sin resultado, pero Matthieu recordaba mil detalles de la vida con Mathilde y, en particular, su capacidad de resistir hasta el final a las llamadas telefónicas más obstinadas. Por lo tanto, Matthieu aguantó tenazmente y de pronto alguien descolgó.

—¿Sí?… —dijo una voz grave, joven e inquisitiva.

La voz de Mathilde.

—Soy yo —dijo con desesperación.

Porque, ¿qué hacía él ahí? ¿Por qué la molestaba? ¿Con qué derecho volvía a la vida de aquella mujer que le había dejado diez años antes? ¡Y además para anunciarle que iba a morirse dentro de poco! Petulante, pretencioso.

—¡Soy yo! —dijo—. Soy yo: Matthieu…

—Matthieu… —repitió ella—. ¡Matthieu! ¿Pero dónde estás?

—En el café de tu calle. Yo…, pues…, me gustaría hablar contigo…

—Vivo en el doce —dijo tranquilamente—. En el bajo, junto a la entrada. Dame diez minutos, por favor, y vente.

Mathilde colgó, dejando a Matthieu, alucinado, como si nunca hubiera creído que fuera a volver a verla de verdad. Tenía que trazar un plan. Ahora que iba a volver a verla no iba a contarle su siniestra aventura. A lo mejor estaba casada, o, en todo caso, vivía con alguien. A lo mejor ella le creía devorado por la pasión. No, no tenía que decirle nada. ¿Con qué derecho, después de diez años de distanciamiento, iba a infligirle su muerte? Ella no tenía nada que ver. Hacía mucho tiempo que sus vidas discurrían paralelas y alejadas. Lo único que se quedaría es perpleja, abrumada, al ver a ese papanatas, antaño divertido, que volvía de pronto blandiendo su muerte como un salvoconducto. ¿Con qué derecho?

Diez minutos. Sólo había transcurrido uno. El tiempo se arrastraba. Ese tiempo que, sin embargo, huía tan deprisa bajo sus pies desde esta mañana.

¡Flores! Tenía que haberle traído flores. Había una floristería más abajo, le dijo el dueño del café, donde sólo vendían rosas, ¡pero qué rosas! Salió corriendo calle abajo y volvió al trote cargado de rosas de iglesia, lánguidas y de color pastel, que olían a las rosas de las vacaciones.

Pero solamente habían pasado cinco minutos. Matthieu se sentía rojo y transparente a la vez, como un enamorado atolondrado, y rehuía instintivamente la mirada de los transeúntes, muy escasos, gracias a Dios. Tampoco se atrevía a regresar al café aunque su sed fuera inextinguible. Le daba mucho más miedo volver a ver a Mathilde, pensó, que morir de cáncer dentro de seis meses. Durante toda su vida, Matthieu había concedido más importancia a las urgencias estéticas, sentimentales, que a las materiales, cosa que por supuesto le había causado problemas; aunque solamente fuera con Hélène, quien no podía comprender que la urgencia de un deseo carnal fuera más imperativa que la perspectiva de una escena conyugal o que el entusiasmo por algún proyecto arquitectónico anulara completamente su experiencia con algunos contratistas deshonestos. Mientras compraba las rosas encontró el número doce, que era un hotel del siglo XVIII parecido a los demás y en el que entró a la hora convenida. Un patio encantador, con adoquines desiguales, se desplegaba en torno a un único árbol colocado cómicamente en medio. Lo atravesó impulsivamente, se detuvo ante la puerta del bajo y, también impulsivamente, llamó. La puerta se abrió hacia Mathilde, que no había cambiado, pensó con alivio, mientras la tomaba, o ella lo tomaba a él, en sus brazos.

«¡He vuelto!», se dijo a sí mismo, «¡he vuelto!» Y un inmenso alivio, el primero de aquel día infernal, le invadió haciéndole cerrar los ojos.

En medio segundo, Mathilde lo llevó adentro, le hizo dar media vuelta y le puso bajo la luz, mientras ella se mantenía a contraluz, según su estrategia, cuando juzgaba que no tenía buen aspecto. Matthieu lo sabía y la dejó actuar.

Mathilde llevaba uno de esos vestidos para estar por casa largos, rojo granate, con el cuello ruso, que acentuaba todavía más sus pómulos salientes, sus ojos alargados y luminosos, el contorno turgente de su boca; con aquella mezcla de mujer moderna y de mujer del pasado, de mujer romántica y de mujer liberada, dotada de un carácter también doble, Mathilde seducía a quien quería. Para Matthieu ya no se trataba ni de ayer ni de anteayer, ni de decirle la verdad a Mathilde: se trataba de gustarla, ante todo. Pero él sabía que al nuevo Matthieu, al Matthieu de hoy, al Matthieu condenado, iba a costarle mucho trabajo callarse, esconder a la única persona a

quien quería esa fecha tan próxima.

—¡Sigues igual de guapo!

Mathilde lo examinó sin pudor, sonriendo.

—He envejecido —dijo Matthieu—. Bueno, un poco.

—Sí, aquí. Aquí y aquí…

Mathilde le puso el dedo sobre la frente, las comisuras de los labios, las mejillas:

—¡Pero es la madurez! El encanto de la madurez, famoso entre los hombres, pero que no existe para las mujeres, te lo recuerdo…

—¡No has cambiado! —dijo Matthieu con sinceridad.

Ella rió y le tomó de la mano.

—Siéntate aquí. Aquí, delante de la ventana, porque yo sí que he envejecido. Te recuerdo que sigues teniendo siete años menos que yo. ¡Así que suma!

—Sigues igual de seductora. ¿Supongo que continúas aprovechándote de ello, no? —dijo Matthieu con un rencor antiguo que les hizo reír a ambos.

«¡Santo cielo! ¡Esta mujer era mi mujer, la compañera de mi vida!» Matthieu la reconocía como tal. Él se reconocía como el compañero de ella. ¡Nunca hubiera debido aceptar su separación! Incluso su muerte futura parecía algo secundario. Sí, Matthieu había tenido una razón para vivir. Había tenido una razón para vivir, *a pesar de todo*. Y fue presa, a la vez, de un gran alivio, de una felicidad antigua y de un ataque de sollozos secos, violentos, sofocados, que lo doblaron en dos ante una Mathilde sentada, horrorizada.

—¡Perdón! —hipó—. Perdón, pero es que yo…, yo he venido para decirte…, porque sólo puedo decírtelo a ti, ya que sólo te he querido a ti, como sabes… Imagínate que tengo algo en el pulmón que… Seis meses, en una palabra, me quedan seis meses… Y todas esas gilipolleces —añadió con un tono desolado, mostrando la calle tras la ventana, pero todavía agarrado a las rodillas de Mathilde, cuyo rostro, inclinado sobre el suyo, le besaba a través de sus dedos inundados de las lágrimas que precisamente él intentaba ocultarle.

—Pobrecito mío —susurró Mathilde—. ¡Qué desgraciado eres! ¿Tienes miedo? ¿Te duele?, dímelo, ¿te duele? ¿Estás seguro de que no te duele? ¡Pobre amor mío! ¿Hay alguien que te ayude, al menos? ¿A quién se lo has dicho? ¿Y desde cuándo lo sabes?

Tendrías que haber venido inmediatamente.

—Desde esta mañana —farfulló Matthieu—. ¡Qué día más infernal! Solamente se lo he dicho a…, ¡a un par de cretinos! —prosiguió negándose a confesarle que los dos cretinos en cuestión eran:

1. Su amante oficial, que no había tenido hacia él ni la tercera parte de atenciones, besos, ternura protectora que tenía Mathilde, y

2. Su mejor amigo, que no había mostrado ni por un segundo ningún tipo de amistad, y todo eso por una serie de «chorradas».

Lo que ninguno de los dos había sido para él después de diez años juntos, lo era Mathilde tras diez años de distanciamiento. ¡Claro que sí! Había hecho muy bien amando a Mathilde. ¡Claro que sí! Había sido una locura dejarla (en su exaltación olvidó completamente que era *ella* quien lo había abandonado a *él*). Había sido una locura vivir sin ella todos esos años, en esta tierra amarga y desierta. Matthieu se despreciaba por su estupidez. Le hacía gemir y se oía gemir con estupor. Sus gemidos, reprimidos durante todo el día, tanto los que fueron provocados por la imagen falsamente olvidada de la embestida de Evry, como los que ocultó al seco corazón de un empleado de gasolinera, todas sus quejas se le desbordaron. Matthieu escuchó esas variaciones, pueriles e indecentes, que alteraban el orden despreocupado de ese pequeño salón desconocido. Se sentía avergonzado, se había tranquilizado totalmente, pero se sentía avergonzado. Provisionalmente: Mathilde iba a tomar las riendas de todo. Mathilde iba a ocuparse de él. Mathilde iba a hacerlo todo, o a no hacer nada, daba igual, porque ella iba a encargarse de él y a esperar a la dama de la guadaña junto a él.

—¿Y tu mujer? —preguntó aquella voz por encima de él—. Porque estás casado, ¿verdad?

—Todavía no se lo he dicho. La verdad es que no la he visto en todo el día…

—¿No pudiste ponerte en contacto con ella? ¿No pudiste…?

Mathilde se calló. No sabía nada sobre las relaciones entre Matthieu y su mujer y no lo lamentaba.

—Suénate —le dijo, poniéndole, como a un niño, su pañuelo en torno a la nariz y sonándole con la suficiente autoridad como para que él siguiera haciéndolo ruidosamente y varias veces.

Matthieu estaba molesto porque notaba su rostro despavorido, rojo, abotargado por las lágrimas que había estado conteniendo…, aunque no tanto, después de todo, pues notó en la mano de Mathilde sus propias mejillas inundadas entre mechones de pelo empapados.

«¡Es un retorno delicioso», pensó, «para una mujer como Mathilde! Si todos sus amantes del pasado regresan lloriqueando, tiene que pasar unas veladas agradabilísimas.»

—¿Y tú qué haces? —le preguntó, levantando la cabeza. Ella retrocedió y se echó hacia atrás en el sofá, sujetándole todavía la mano pero separada de él por un buen metro, de nuevo, un metro que a Matthieu le pareció insoportable. Mathilde seguía conociéndole muy bien porque mientras repetía su pregunta con voz ensoñadora: «¿Que qué hago yo?», le hizo señas para que se acercara y puso su cabeza sobre su hombro.

—Ya lo sabes: escojo modelos para colecciones francesas y los vendo a casas de confección extranjeras, todos los años. Ya hacía esto hace diez años.

—¡Me parece que no hacías nada en absoluto! —dijo Matthieu con sinceridad.

Mathilde se echó a reír.

—¡No trabajaba demasiado, la verdad! Siempre había alguien para pagar mi alquiler o lo que faltaba. Y ahora, naturalmente, cuando se ha hecho indispensable, la competencia es terrible.

—¿Por qué indispensable? No me digas que no podrías encontrar a alguien que…

—Para empezar, me costaría mucho más trabajo de lo que tú, con tu miopía sentimental, crees, querido —dijo Mathilde riendo—. Además, estoy viviendo con alguien a quien no le gustaría que me buscara nada.

Hubo un silencio.

—¿Tu inglés? Es verdad, tienes un marido inglés. Creía que estaba en Inglaterra.

—Estuve algún tiempo en Inglaterra y luego nos divorciamos. Le dejé por uno de sus primos, mucho menos rico y mucho menos guapo, pero más… agradable. Es un hombre que primero quiere que yo sea feliz y, después, que lo sea con él. Es una jerarquía extremadamente difícil de encontrar, te lo aseguro, tanto en un

hombre como en una mujer, da lo mismo.

Matthieu desvió la cabeza como ante una crueldad inútil. La impresión de mal gusto que dejaba esta frase estaba fuera de lugar. ¿Con qué derecho la juzgaba fuera de lugar? ¿Qué lugar ocupaba él, después de diez años, para irritarse porque otro hombre la hiciera feliz? Era increíble. Pero, al mismo tiempo, había reconocido en el tono de Mathilde aquel cinismo que habían tenido uno y otro respecto a sus relaciones anteriores, de las que hablaban como de proezas de caza, con toda la alegría de los cazadores suertudos y muy poco arrepentimiento. Pero esta vez Mathilde había encontrado un hombre que estaba bien, un hombre bueno. Aunque Matthieu desconfiaba de los hombres bondadosos, de los idealistas, los absolutistas, los fanáticos y los empíricos. Como de todos aquellos que él no podía ser por naturaleza y que, por ello, le parecían artificiales. Sí, se podía amar a Mathilde, a pesar de Mathilde y de los sufrimientos que causaba. Por ejemplo, él, ¿habría podido encajar de ella otra cosa que no hubiese sido esa ruptura por ella ordenada? ¿Habría podido desarrollar algo más que ese miedo a perderla, a no estar a la altura, a dudar de ella? ¿La habría amado lo suficiente como para soportar algo más? ¿Pero habría sabido soportar mejor? se preguntó de repente. Había sido tan tonto y tan desgraciado desde hacía ocho horas, que se creía preparado para ser feliz, alérgico a cualquier destrucción, opuesto a los reflejos y a las contradicciones amorosas. Pero, en realidad, ¿habría aceptado que ella fuese algo más para él, que le correspondiera y que se lo dijera? ¿Habría apreciado de ella un amor más profundo, menos peligroso, más equilibrado? ¿No habría salido corriendo? ¿Qué podía saber él?

¿No había sido precisamente lo que todos llamaban «las cosas de Mathilde», sus caprichos, sus rabietas, su mala fe, sus desapariciones, en una palabra, todo lo que podía separarla de él, lo que había adorado en ella? ¿La habría amado si hubiera sido fiel, confiada, casera? No, claro que no. Como un imbécil, el imbécil que por otra parte seguía siendo, siempre le habían gustado las mujeres fatales, o las pequeñas arpías. Ignoraba que algún día —ahora— iba a desear, a suplicar al cielo, que esas mujeres fatales tuvieran para él un corazón de perro San Bernardo.

Dios santo, tal era —en cierto sentido y durante cierta época— el caso de Mathilde. Siempre había tenido detrás de ella un

lastimero rebaño de víctimas del amor. ¿Acaso él era solamente uno más entre otros muchos? De inmediato, le pareció que volvía a hundirse en su primera soledad, en el horror constante de su jornada. Como un vendaval, sintió el terror, la violencia, la objetiva realidad de esos seis meses que le esperaban, durante los cuales su cuerpo se disgregaría a pesar suyo, a pesar de la ciencia, a pesar de su gusto por la vida. Pero la famosa «coz» pasó de largo y le dio menos miedo. ¿Era tal vez la presencia de Mathilde la que lo atenuaba?

Porque uno sólo puede soportar la idea de su muerte, del caos negro, de la «nada» que le espera, imaginándose a ese uno —uno mismo— amado, lamentado, célebre y llorado. Alguien que ha sido estimado, alguien que contaba o que había contado a los ojos de otro. Pero si sólo se es un número en una lista anónima, si se es un desconocido, una sombra que nunca ha impresionado a nadie, que nunca ha hecho latir más deprisa el corazón de nadie, que no dejará a nadie un solo recuerdo tierno o desgarrador, y si este anonimato, ya insoportable en la vida, concluyera en una fosa común —la gran fosa común de la gente común, de los «olvidables», de los anodinos, de los insignificantes—, entonces, en este caso, la muerte sería algo más que insoportable, sería humillante. Sería la humillación suma… Su muerte le había parecido insoportable durante todo el día, no porque le hubieran devuelto una imagen de sí mismo así de plana, sino simplemente porque no le habían devuelto ninguna imagen tierna y necesaria. Sólo Mathilde, diez años después, le mostraba hasta qué punto había sido seductor, hasta qué punto seguía siéndolo y hasta qué punto ella le echaría de menos. Hasta qué punto, también, lo acompañaría durante sus últimos meses, paso a paso, se ocuparía de él, lo cuidaría, lo mimaría, le atribuiría siempre, cualquiera que fuera su estado, el cliché del «Amante», terso y luminoso, con la silueta victoriosa, varonil y todavía juvenil del Matthieu que ella había amado o cuyo amor había amado, durante algunos meses.

Era como si todas las exigencias de su adolescencia que habían sido poco a poco asfixiadas, amordazadas o, en cualquier caso, reducidas al mínimo por la vida cotidiana, hubieran regresado vocingleras y chillonas ante la proximidad de su muerte. Y eso que durante la vida había sido soportable, esa larga decepción de los

humanos demasiado sentimentales resultaba también haber sido su único grito real y prolongado desde su nacimiento hasta su muerte. A pesar de que, en el sentido literal y por fortuna, la gente gritara cada vez menos en el momento de morir en los hospitales, embrutecidos por los medicamentos. La prueba está en que ya no se pronunciaban aquellas últimas palabras, aquellas hermosas frases de los moribundos que antaño encandilaban o emocionaban a los supervivientes.

—¿Va a volver tu…, tu inglés? —Preguntó mansamente, seguro ahora de su postura.

Vio cómo una sonrisita ahuecaba la boca de Mathilde y, por primera vez durante el día, se notó algún encanto.

—Los lunes y los martes está en Londres.

—¿Crees que te dejará cuidarme, ocuparte de mí?

—Pienso que sí, por supuesto. Te he querido bastante, me has querido bastante, nos hemos querido bastante como para dejarnos ahora —dijo Mathilde, metiendo la mano en su pelo con un aire de confianza tanto más enternecedor, pensó Matthieu, cuanto que era él quien se entregaba a ella completamente, él quien confiaba en ella y tal vez destrozaba su vida.

¡Qué suerte había tenido recuperando a Mathilde! ¡Él, que estaba tan inquieto, que dudaba de ella, de ese amor inesperado en su vida de imbécil!… Tenía lágrimas en los ojos, una vez más, y esta vez intentaba realmente esconderlas. Pero, sin decir nada, Mathilde se las secó espontáneamente con la manga de su bata, con gran naturalidad, como si todos los días estuviera secando las lágrimas de agradecimiento de un hombre de cuarenta años, jugador de rugby, *macho*[4] y, dentro de seis meses, muerto.

Matthieu era demasiado grande para el sofá de Mathilde. Para colocar la cabeza sobre su hombro había tenido que doblar sus piernas y le había dado un calambre, o una falsa postura que, poco a poco se había transformado en un deseo físico muy preciso. Como quien no quiere la cosa, pasaron a la habitación de Mathilde.

Matthieu la siguió o la precedió en la habitación oscura donde brillaba una lámpara con una luz cálida sobre la moqueta, como unos años antes en la casa de ambos. Matthieu se desnudó, rápidamente, como lo hacía entonces, en el cuarto de baño de hoy, que era más funcional y a la vez menos refinado que el otro.

Toneladas de productos de belleza, flores secas, toallas mullidas colgadas por todas partes, láminas, batas rayadas que en su cabeza calificó de asexuadas. Salió tan deprisa de la ducha como había entrado, dándose un golpe, porque era más exigua que la de la Rue de Bellechasse. Todo era más exiguo en esta Rue de Toumon, más exiguo que en el apartamento de ambos. No es que fuera menos encantador ni menos seductor, pero todo era más estrecho. Buscó un albornoz en el armario de Mathilde, allí donde ella solía guardarlos, pero no encontró ninguno. Sólo había uno, colgado en la pared, con un rastro de maquillaje en el cuello. El inglés debía de viajar con el suyo, ésa era la explicación, y esto demostraba que Mathilde le decía la verdad: sólo vivía con aquel tipo. Ya no preparaba, cínica y atenta, batas y cepillos de dientes para sus amantes nuevos e imprevistos. Ese inglés les hacía a todos improbables, como antaño Matthieu, en el momento álgido de su relación, de su sensualidad, los había hecho inimaginables. Aquello había durado un año; un bendito año que se despertaba ahí, en el eco feliz de su memoria, en la sintonización de su ternura, en el cuello de Mathilde, siempre suave, siempre cálido, siempre acogedor para la frente de Matthieu, y en aquel albornoz algo manchado de maquillaje, como la vida de Mathilde lo estaba por el tiempo, como la suya propia lo había estado todo el día por la muerte y la ausencia de un grito, de cualquier grito, de un rechazo de su muerte por alguien que insultara a Dios, los médicos, y que se inclinara sobre mapas de Manila, o de cualquier otro sitio, a la búsqueda de algún fakir, de alguien que, simplemente, refutase su muerte. Nadie había gritado ante su muerte; pero ¿no fue él el primero que la aceptó, que la anunció como inevitable? ¿Quién se atrevería, quién podría (aparte de ese cabrón con prisas de Gaubert) decir lo contrario?

Estaba sentado en la bañera, con las manos entre las rodillas. Tenía ganas de llorar sobre Mathilde, que comprendería su pesar. Un pesar natural, animal, instintivo. Un pesar casi sensual, como en aquella película en la que un hombre y un mono, en fin, un chico…, o, mejor dicho, una cría de hombre y un mono estaban escondidos en alguna parte de la jungla, el mono, moribundo, y la cría de hombre sostenía al mono entre sus brazos y le demostraba que lo amaba y lanzaba gritos ridículos, gritos animales, mientras que el

mono lo miraba y le mostraba que se moría a través de sus ojos perdidos y de sus gemidos pueriles. Y el chico también lloraba. Demostraba a su amigo que también sufría por él, por ellos, por su ternura. El mono moría sujetándole la mano y, seguidamente, la cría de hombre dejaba ahí el cadáver y se precipitaba sobre el responsable para matarlo y se entregaba totalmente a su venganza como si hubiese olvidado al mono muerto, su amigo, su mentor. Había algo en aquella cría de hombre, algo tierno y feroz, que se parecía a Mathilde. Ella haría todo por él: sufriría, agonizaría con él, le cerraría los ojos. En cierto modo no moriría solo. Pero en cuanto le hubiera cerrado los párpados, Mathilde se volvería con su inglés, o contra algún médico que le hubiera hecho sufrir o que hubiera intentado dejarle sufrir. Mathilde lo amaba; ella le cuidaría atendiendo los detalles menos placenteros, más repugnantes. Permanecería a su lado hasta el fin. Pero tal vez se consolaría más pronto que Hélène, quien por su parte no soportaría verle «así», «por respeto hacia él» y por lo que ella debía a su orgullo, a su virilidad, etcétera. Hélène no soportaría ponerle la cuña, por ejemplo, y se estremeció ante esa idea (sí, tenía que buscar esa escopeta de caza cuanto antes). La misma hipocresía de Sonia, quien tampoco soportaría ver «¡a su amado, su gran amor, en ese estado!». No, ¡ella no podría! ¡No lo soportaría! Lo amaba demasiado, demasiado sensualmente. Cómo estropear aquello, aquellos recuerdos, él, que le había dado todo en ese aspecto. En todos los aspectos, la verdad. «Ya sabe usted, profesor…» Podía oírla en ese momento. Menos mal que existía Mathilde a la que tanto había amado, que le había hecho sufrir tanto y a cuyos pies cayó de rodillas. Se deslizó en aquel lecho desconocido —ese continente extranjero, excepto el perfume de antaño— en el cual el presente se deslizaba con él entre los brazos de Mathilde. Permaneció inmóvil, sin turbación, sin deseo, sin vergüenza de su tranquilidad que aparentemente también le convenía a ella, por la manera en que colocó sus brazos en torno a su cuello, a su busto, atándole casi, con las rodillas algo dobladas y plegadas contra las suyas, el rostro pegado al suyo por la mejilla y no por la boca, y esa mano tranquila en el cabello de él. Esa mano maternal que él sabía tan hábil y que ahora no intentaba despertarlo ni sacarlo de tan extraña parálisis. Extraña, porque llevaba diez años buscando este

momento… Y no era la cintura algo gruesa, ni los senos algo fláccidos, ni su garganta algo más pesada lo que le detenía. Al contrario, habría besado durante horas esa nuca menos erguida, esos ligeros michelines, esos senos indefensos y esas caderas de madre, la madre que nunca había sido, precisamente por culpa de los *hombres*, por ternura hacia esos niños que crecen tan deprisa, que son tan desgraciados por ello, por esos adolescentes vanidosos (que algunas veces había tenido que echar de su casa a pesar de su turbación), por esos curiosos y seductores personajes tan obnubilados por su sexo y tan nostálgicos de su madre, por esos niños tan poco resignados a envejecer, por su culpa, ella no había tenido tiempo de hacer padre a ninguno de los que le hacían el amor.

Todo esto lo comprendía Matthieu, confusamente, dejándose llevar en los brazos de Mathilde, en el abrazo protector de Mathilde, en la energía y el calor de Mathilde, y en su benevolencia hacia él. Esta noche de encuentros tan novelesca, tan violenta, sensual, con sus gritos, sus confesiones, sus explicaciones, sus llantos, todo lo que él había imaginado cien veces como la única coartada a su sufrimiento de entonces, a sus lamentos, toda esa novelesca relación acababa, pues, así. Ahí. En esta indestructible ternura de su ex amante hacia él —él, a quien ella había abandonado—, en esta indestructible confianza de él hacia ella —ella, que le había abandonado—. El balance, o la moraleja de su historia se confundía, como todo lo demás. Cedió y se durmió. Creyó soñar, incluso soñó, creyó encontrar placer. Creyó amar a una mujer desconocida. Creyó desvanecerse y morir en una cama de hospital. Creyó estar vivo y ser muy joven. Creyó que alguien a quien él quería le sacudía el hombro. Este último sueño era real: Mathilde, apoyada en sus codos, le besaba el cuello, la barbilla, la mejilla derecha, inmovilizando su rostro con su mano izquierda. Estaba oscuro. «Querido, son las nueve», susurró. «Puedes volver a dormirte si quieres, pero has dicho algo sobre una cena…» Matthieu sonrió, se levantó, besó su hombro, no dijo una palabra sobre la inocencia de su reencuentro. Todo se explicaba por sí solo. A no ser que se diera un golpe en la calle, o que lo llevaran aullando a un hospital, a no ser que se matara en el plazo de una hora, a no ser que se fuera a cualquier parte, sin Mathilde.

—Quisiera… Vendrás conmigo —le pidió él—. Al campo, o a cualquier otro sitio… A cualquier sitio. A donde tú quieras.

—Claro —dijo ella con ligereza—. Claro, ya está decidido. Dime simplemente con dos o tres días de antelación si será Helsinki o Dakar, para que me dé tiempo a vestirme.

—¿Y tu inglés? —preguntó sin mirarla.

Matthieu se ponía la corbata dándole la espalda, observando, sin verlos, algunos indicios de una vida poco desahogada. Poco desahogada, pero compartida. Por ejemplo, ¿de quién era aquel chándal grande, azul verdoso acidulado, del inglés o de Mathilde? ¿Y el marco rodeando una casa de campo desconocida, y ese impermeable arrugado y tan liviano? Todo era de los dos. Mientras que él… Él, que pagaba el alquiler de dos pisos, no había un solo objeto sobre el que pudiera preguntarse ni por unos instantes quién lo había comprado o a quién pertenecía. Ya se tratara de Hélène o de Sonia, sería inmediatamente identificado como de ellas, del gusto de ellas, por obra y gracia de la sociedad y de las costumbres, de la publicidad y de la soledad, enquistados, mezclados ahora los unos con los otros.

—¿Tu inglés va a comprenderlo? —preguntó Matthieu.

—No le va a gustar —contestó Mathilde lentamente—, pero me quiere y sabe que le quiero y, sobre todo, que te he querido. No… No. Además se lo esconderé mientras pueda —dijo ella con frialdad, volviéndose hacia él—. La verdad, la hermosa verdad, nunca ha sido nuestro ídolo ni tampoco lo es ahora. ¿O sí?

Mathilde se echó a reír. Y de golpe se le presentaron a Matthieu imágenes en blanco y negro; imágenes del principio de sus amores, cuando cada cual pugnaba por librarse de su compañero del momento para verse. Se juraron que romperían suavemente, en aquella Rue de Varenne donde el museo Rodin ocultaba sus citas y donde *El Beso*, la famosa estatua de *El Beso*, esculpía, centuplicaba sus ganas, su deseo contrariado del uno por el otro. Qué extraña idea: aquella escultura tan clásica, tan decente y por otra parte tan excitante… Además, ¿qué no les excitaba entonces, en el primer entusiasmo de su deseo? Ese deseo que cada uno de ellos veía ya transformarse en pasión y, también —con estupor, temor y felicidad —, en amor… Sí, *El Beso* de Rodin, tan formal, tan apasionado.

—¿Te acuerdas —dijo Matthieu— de nuestra estatua? Él está

sentado, ella también, ya no recuerdo dónde. Él está inclinado hacia ella, con la mano en su cadera. Ella tiene la cabeza echada hacia atrás y hacia él al mismo tiempo: ella ya está en otra parte. Mathilde…

Mathilde dejó una vez más que Rodin influyera en su vida privada. Miró encima de ella el rostro de Matthieu para quien ella lo era todo y para quien ella ya no era nada. Le dejó que la comparara con sus jóvenes amantes, le dejó mezclar presente y pasado, a expensas de ella o a sus expensas, con toda la tristeza y la tierna indiferencia que puede experimentarse por alguien que va a morir y a quien ya no se ama. En cuanto a Matthieu, éste se preguntaba, sin placer, si el de Mathilde había sido siempre tan ruidoso y tan lírico. Sin placer y sin diversión, aunque no sin ternura.

Capítulo noveno

En contra de sus costumbres de hombre que llega tarde o de adúltero, llamó a su propia puerta con la finalidad de asombrar a Hélène, de ponerle la «mosca detrás de la oreja» y de simplificar su propia tarea, la de instruir a su mujer sobre su futura viudez.

Curiosamente, experimentaba muchos escrúpulos, muchos remordimientos, por contárselo a esta mujer que ya no le quería y que se lo había dicho. Sea como fuere, su timbrazo era tan barroco e incomprensible como los crisantemos para Sonia.

Por otra parte, y desde un punto de vista más práctico, no haría más que devolverle las llaves de la casa de ella. Nada le pertenecía en aquel piso (como no fuesen las facturas), ni siquiera el despacho-fumadero inútil que Hélène encargó para él a uno de sus amigos pederastas, ni su habitación particular, separada de la de Hélène por dos cuartos de baño. Nunca se había encontrado «en su casa», en todo caso no mucho más que en cualquier habitación de hotel; cosa que, en realidad, carecía de importancia en la medida en que solamente se había sentido en su casa en la de los otros: unos otros bastante escasos, que lo querían mucho, o más, o de una manera diferente. Un número limitado: en casa de sus padres, en casa de su abuela, en su habitación de la Rue Colbert, cuando estudiaba arquitectura (la primera habitación que él había escogido y pagado). Y, por supuesto, en el piso de Mathilde donde, durante una época, había tenido la impresión de estar viviendo sobre un volcán, pero un volcán que no rugía para él. Error. Error… Era un error.

El caso es que no se sentía en su casa en aquella «superficie», pero no se lo diría jamás a Hélène. Además, tampoco diría nada esta noche a Hélène. Mañana, quizá, si es que podía. Mañana por la mañana o mañana por la noche. Hoy estaba todavía anonadado, aturdido por tantas emociones, tantas respuestas, sobre todo por

tantas reacciones, entre las cuales las suyas no eran las más comprensibles. El azar fue quien le impulsó a hablar. El azar y el cansancio. Al abrir, Hélène le mostró un rostro cerrado por encima de un escote abierto, lo que significaba que cenaban fuera y que llegaban tarde. Instintivamente, lanzó una ojeada a su reloj: eran más de las nueve, eran las diez menos cuarto.

—Llegas tarde —le confirmó Hélène, con la voz rezumando cansancio, insolencia, lamentos, reproches; todo lo que ella quería expresar para abrumarle, por lo general no sin cierto éxito.

«¡Ah no! ¡Hoy no!», pensó Matthieu, liberado de todo sentimiento de culpabilidad. «Tanto peor: se va a enterar de que es viuda, o de que está a punto de serlo, algo antes. Pero será culpa suya.» Lo más fastidioso, con Hélène, era que no admitía su mal humor. Necesitaba una intriga para sus movimientos internos, un acto, dos actos y la moraleja de la historia para quitar o dar la razón a los protagonistas. Es decir, para quitarle la razón a Matthieu y dársela a ella. Hélène tenía que zanjar los conflictos antes de olvidarlos.

—No tan tarde —dijo—. No he llegado realmente tarde.

—¿Acaso has aceptado otra cena aparte de la de los Jacy (que aceptaste hace tres semanas, te lo recuerdo)? Además, me encontré con ella anteayer y me dijo: «¡Hasta el doce!», así que…

—¿Y hoy es doce? —preguntó Matthieu bruscamente interesado —. ¿Qué es hoy?…, ¿jueves?

—Hoy es martes doce —corrigió Hélène después de haberse quedado por unos segundos desconcertada—. ¿Por qué? ¿Tenías otra cena?

—No, pero mañana habría sido viernes trece y eso me hubiera divertido —respondió sentándose en la banqueta de la entrada donde les había detenido su mutua hostilidad. Su primitiva compasión se derrumbó ante la perspectiva de una cena en casa de los Jacy, hecho que ya era demasiado duro gozando de buena salud.

—Escucha, tengo que hablarte. Olvida esa cena.

—¿Y lo que vas a decirme es lo suficientemente importante como para justificar *nuestra* grosería? ¿Estás seguro?

Ella también palideció. Pensaba en alguna amenaza precisa. No la acertada, por supuesto, sino en otra. Quizás el divorcio. ¿Querría ella seguir con él a pesar de lo absurdo de su vida? ¿Seguiría

aferrada a él? Toda una serie de preguntas vanidosas se presentaron ante el trono donde reinaba el orgullo de Matthieu, pero con tal ausencia de encanto y de calor, que inmediatamente las rechazó.

—No —dijo—. En fin, sí. Estoy seguro de que esa cena carece de importancia. Esta mañana, he ido a ver…, ¿cómo se llama?…, al hámster que sustituye a Jouffroy.

Hélène le miró con una inquietud sincera. Es cierto que jamás había visto a Jouffroy, ni oído hablar de Jouffroy, porque la salud de Matthieu era un tópico entre sus allegados. Nadie habría dicho nunca, ni siquiera pensado: «¡Qué mal aspecto tiene Matthieu!». ¡Pues se iban a enterar, los pobres! O a alegrarse, en algunos casos.

—Mi médico —dijo Matthieu—. Me ha hecho unos análisis, unos escáners…, en una palabra, al parecer tengo algo en el pulmón y me moriré menos viejo de lo que estaba previsto.

No conseguía decir: «Seis meses. Me quedan seis meses», cosa que sin embargo había anunciado a los demás. Pero temía más su reacción que la de las dos personas que lo querían, o que pretendían quererlo, o que lo creían. Como si ella hubiera sido más frágil que las otras, la bella Hélène, la sádica, la altiva, la puritana Hélène. Era ella quien más pena le daba, como si precisamente su indiferencia, su orgullo, la despojaran de toda coraza, esa coraza que protege a las personas vulnerables y les deja traducir en sollozos, en desesperación y en gritos el inadmisible horror de la muerte de la persona amada. Hélène no había tenido más que desgracias muy aceptables, es decir, causadas por personas idóneas, si es que la desgracia puede ser idónea: un tío más poético que los demás tíos, pero por ello mismo, abocado al fracaso y a una debilidad cardiaca, una condiscípula en la Sorbona, superdotada y mala, incapaz de soportar la mediocridad de su existencia, un pretendiente demasiado apasionado, incluso al volante. Desgracias, en fin, que ella consideraba que podían ser expresadas tanto en público como en privado. ¿Pero que podía hacer ella con él, Matthieu, el marido infiel, el mentiroso patológico, ese extraño tan íntimo al que había creído amar, cegada por su juventud y su encanto? Por supuesto, ante el mundo, sería una viuda admirable, ejemplar, tranquila, decente, sin exageraciones ni mal gusto. Pero una vez sola, ¿qué haría contra los golpes bajos de la memoria, los recuerdos ardientes y alegres, la musiquilla de una canción inoportuna y todos aquellos

instantes felices que a pesar de todo contenía su relación y que ella intentaría borrar de su memoria? ¿A cuál de sus queridas amigas, de sus esnobs, de sus esclavos, o todos juntos, podría telefonear a las cuatro de la mañana para quejarse o para sollozar? Entonces ella «comprendería su dolor», como dice el pueblo con su infalible dominio del idioma.

Hélène se dirigió a él.

—Estoy aquí, sabes. Estoy aquí —le dijo.

Se acercó a él y le colocó la mano en la chaqueta. Y la mirada devota, compasiva y dolorosa que le dirigió le hizo temblar. Matthieu se sentó precipitadamente en el sofá. Decididamente, tampoco ella tenía dificultad para verlo muerto. Todas las mujeres creían en la muerte. Al instante. Mientras que los hombres la rechazan. Como también la vida: un hombre se queda estupefacto y estupidizado ante una mujer a la que ha dejado embarazada, y sin embargo ella sólo ve en ello un complemento feliz o una molestia pasajera.

Hélène se sentó junto a él en el sofá y lo miró. Le acarició los cabellos lentamente. Matthieu reconoció su perfume, el contacto de su mano, y se turbó. «¡Ah!», pensó bruscamente, con una grosería que era poco frecuente en él. «¡Lo que faltaba! ¡Entre Mathilde, Sonia y ahora Hélène van a arruinarme la salud!», y le dio un pequeño ataque de risa que le obligó a desviar la mirada de su compañera.

—Te ayudaré —dijo ella—, con todas mis fuerzas. Para empezar, ya no me voy.

—¿Que ya no te vas?

—No. Saberte enfermo aquí o donde sea…, no, moralmente no podría marcharme… Se lo explicaré a Philippe, que lo comprenderá. Y si no lo comprende, tanto peor.

—¡Ah! —dijo Matthieu—. ¡Ah, sí!, es verdad: ibas a marcharte a un crucero, o a algún viaje, con Philippe.

Philippe Guérand, agregado de embajada, un hombre muy conveniente. Tan conveniente que Matthieu olvidaba regularmente su existencia, la existencia de otro pobre diablo en la vida de su mujer. ¡Pero teñían que marcharse!, ¡por supuesto! Sería como una luna de miel y un ensayo indispensable.

—Quiero que te vayas —agregó Matthieu—. Voy a estar bien

por lo menos durante cuatro meses. No necesitaré a nadie.

—Claro que sí, mi pobre Matthieu. Aunque todavía te niegues a admitirlo, aunque esta circunstancia especial no te alarme, necesitarás a alguien. ¿Qué piensas que significa el matrimonio?

Matthieu la miró y leyó en sus ojos una suerte de excitación, de ímpetu, que le repugnó.

—Porque tú te has casado conmigo para lo bueno y para lo malo, ¿no es eso? —dijo Matthieu.

Aunque ella no se diera cuenta, alguien dentro de ella se alegraba. Ese alguien que había estado esperando ocho años, sin pensarlo siquiera. Matthieu se imaginó moribundo en aquel piso siniestro, con una enfermera cualificada, las frases de piedad de algunas mujeres, las amigas de su mujer, al haber sido sus propios amigos rechazados implacablemente. Y la soledad, la tristeza, la abyección, la obediente aceptación de su agonía, ¡Ah, Mathilde, Mathilde! La verdad es que no entendía cómo podía haber dudado, ni siquiera un segundo, en invadir la vida de Mathilde. Sonia ya no estaba en sus ensoñaciones, Sonia conocía a Hélène y hablaba de ella como de una arpía, pero sobre todo como de una gran dama. ¿Podría escaparse de Hélène? La respuesta le vino al punto, dada por Mathilde. «Me ocuparé de ti.» Ni siquiera Hélène podría oponerse a Mathilde, a la energía tranquila de Mathilde. A lo mejor moriría en el pequeño apartamento de la Rue de Toumon, pero moriría mimado. Daría dinero a Mathilde para que pudiera dejar ese trabajo absorbente que la fastidiaba. Tenía que habérselo dicho ya. Que Mathilde hubiera sido muy despreocupada a los treinta y cinco años no quería decir que lo siguiera siendo a los cuarenta y cinco, sobre todo con un inglés soñador y con un oficio difícil. Ella no tenía dinero, y el precio de las lavanderías explicaba aquella mancha en el cuello de su albornoz, imposible en Hélène porque Matthieu pagaba para eso, para no verlas, para que no las hubiera. Retiraría sus bienes del estudio de arquitecto mañana mismo. Iría a casa de Mathilde con un cheque en la mano para garantizarle un futuro tranquilo. Le confiaría algo más que el amor, y que también le sería beneficioso. Mathilde abandonaría por sí misma ese lirismo en la cama que le había molestado algo, hacía un rato: porque era lo suficientemente fina para eso. Además, dentro de dos o tres meses Matthieu ya no le haría el amor: tan pronto, tan lejos, tan

imposible, tan irrevocable…

—Tengo que telefonear —dijo Matthieu.

Pero Hélène le detuvo.

—Primero lo haré yo. Tengo que llamar a los Jacy para excusarnos. Haré una sopa y unos espaguetis si estás demasiado cansado para salir.

Hélène había recuperado el *nosotros* con un ímpetu temible. Matthieu se levantó.

—Es inútil —dijo—. Vete a esa cena y di a los Jacy que me reventaba ir. No me esperes, ¿quieres, Hélène? Y en cuanto a ese viaje con Philippe, mantenlo a toda costa.

Con un último esfuerzo de cortesía y de memoria recordó el nombre del desdichado amigo de Hélène:

—Philippe Guérand no tendrá que esperarte veinte años.

—¿Porque irás a dormir a casa de alguna de tus amiguitas, verdad? —dijo Hélène furiosa—. Te encuentres como te encuentres. Aunque ya no puedas…, aunque ya no puedas…

El teléfono sonó.

—Son ellos —dijo Hélène—, que estarán preocupados.

—O el soufflé que se ha estropeado —dijo Matthieu amablemente.

Hélène le lanzó una mirada gélida y pasó al salón. Matthieu volvió a ponerse el abrigo, comprobó que tenía sus llaves.

—Es para ti —dijo Hélène saliendo del salón.

Matthieu cogió el teléfono y tardó un poco en reconocer la voz del hámster. ¡El hámster! ¡Lo que le faltaba! ¡Seguro que ya le había pedido alguna cita con sus coleguillas de toda confianza!… El soberbio y vigoroso carcinoma de Matthieu habrá dado la vuelta a todos los hospitales en medio de la consideración general… ¡Seguro que se lo quitaban de las manos! En la mesa, los niños de los grandes popes pedirían a Dios que confiaran ese carcinoma a su papá…

El hámster parecía menos seguro de sí mismo que esta mañana. Incluso farfullaba algunas excusas:

—Ya sabe, el desorden de nuestro amigo Jouffroy… En cuanto a las deficiencias de algunos laboratorios franceses… —¡Esperaba que Matthieu no hubiera pasado un día demasiado malo y total por nada!…

¿Por nada? ¡POR NADA…! la rabia inundó a Matthieu, mucho antes que el alivio.

—Pero…, dígame doctor Hámster…, ¿va a dejarme en paz alguna vez? Paso unas horas de pesadilla porque el doctor Hámster no sabe leer una foto y… ¿Qué dice? ¡Me importa un bledo cómo se llame usted! ¡Quiero olvidarle y que usted me olvide! ¡Eso es todo!

Y colgó, temblando de cólera y maravillado.

Había debido de aullar porque Hélène tosía en la habitación de al lado, con su tosecita de mujer asustada…

Se iría por la cocina y buscaría una habitación en aquel viejo hotel tan encantador, en la Rue de Fleurus, adonde llevaba meses sin ir. Y se dormiría atravesado en la cama; sin mujer, sin hámster y sin carcinoma…

Algo nacía dentro de él, una especie de felicidad. Algo triunfante y modesto a la vez. Matthieu se levantó de la silla, se tambaleó ligeramente. Era la primera vez, se dijo mientras atravesaba silenciosamente la cocina, era la primera vez que la soledad le inspiraba cierta ebriedad…

Françoise Sagan, (seudónimo extraído del libro *Remembrance of Things Past* de Marcel Proust) cuyo nombre real era Françoise Quoirez (Cajarc, Lot, 21 de junio de 1935-Honfleur, Calvados, 24 de septiembre de 2004), fue una escritora francesa, a menudo considerada como integrante de la Nouvelle Vague, pues también dirigió varias películas.

Icono entre los intelectuales de los años cincuenta y sesenta. Su primera novela, *Bonjour tristesse* (1954), adaptada a la gran pantalla por Otto Preminger y posiblemente, su obra más conocida la, la hizo famosa en pocas semanas y por ella obtuvo el codiciado Prix des Critiques.

Comenzó su carrera como reportera de la Revista Elle, la cual le encargó una serie artículos sobre Italia. El titulo semanal de sus reportajes *Buenos días, Nápoles; Buenos días, Capri; Buenos días, Venecia*; se convirtieron en su marca de autor.

Las siguientes novelas de la autora siguen la línea de habilidad estilística que hallamos en *Buenos días, tristeza*, pero también siguen conformes con un esquema narrativo convencional. Su segunda novela, *Cierta sonrisa*, se publicó en 1956. Redactado en primera persona, parece la continuación de *Buenos días, tristeza*, trasladado al ambiente de Saint-Germain-des-Prés. En 1957 aparece *Dentro de*

un mes, dentro de un año, novela que narra la complicación de cierta melancolía sentimental. Con *¿Le gusta Brahms?* replantea una situación muy común a la narrativa francesa. La de la mujer madura que cede al amor de un hombre joven para acabar volviendo a su antiguo amigo. Las maravillosas nubes es una variación sobre el mismo tema: la dificultad del amor entre los jóvenes viciosos, corrompidos y egoístas de la burguesía. Françoise Sagan representa a los primeros «rebeldes» franceses que con su juicio negativo intentan manifestar una disconformidad con respecto a ciertas tradiciones.

Su prosa sofisticada pero simple al mismo tiempo, rica de significados existencialistas, combinaba magistralmente una mezcla de cinismo, de sensualidad, de indiferencia y de ociosidad.

Françoise Sagan estuvo casada dos veces, una con el editor Guy Schoeller y la otra con el artista norteamericano Robert Westhoff, con quien tuvo un hijo, Denis. Tuvo también dos compañeras: Peggy Roche, con la que vivió 15 años; y la millonaria Ingrid Mechoulam, quien la salvó de la miseria pero la aisló del mundo. Sagan contó su vida en la novela autobiográfica *Con mi mejor recuerdo* de 1984.

Esta prolífica autora (publicó más de 50 obras entre novelas, obras teatrales, entrevistas y otros textos), a pesar del éxito y la estima obtenida en más de 40 años de carrera, transcurrió sus últimos años en la soledad y miseria, falleciendo a causa de una embolia pulmonar en una clínica de Honfleur (Normandía), el 24 de setiembre de 2004.

Notas

[1] «Ahora caminas solo entre la multitud…» <<

[2]

«… Los rebaños de buses ruedan mugientes a tu lado
La angustia del amor te oprime la garganta
Como si nunca más fueras a ser amado…»,

traducción de Susana Constante y Alberto Cousté en *Zona. Antología poética*, Tusquets Editores, Barcelona, 1980. < <

[3] Hace unos años, en Francia, los números de teléfono iban precedidos de las primeras letras del distrito al que pertenecían sus abonados. La autora menciona a continuación varios de ellos. *(N. de la T.)* <<

[4] En español en el original. *(N. de la T.)* <<